

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios de Asia y Africa

SOCIEDAD TRADICIONAL Y TRANSFORMACION
MODERNA EN HEYAZ

Tesis que presenta
HERNAN G.H. TABOADA

para optar al grado de

**Maestría en Estudios de Asia y Africa
Especialidad Medio Oriente**

México D.F. 1993

Indice

Capítulo 1, Introducción.....	p. 1
Capítulo 2, Las estructuras tradicionales de Heyaz.....	p. 8
Capítulo 3, Decadencia otomana, presencia europea y autonomía heyazí.....	p. 29
Capítulo 4, Europeos y wahabíes.....	p. 49
Capítulo 5, Muhammad Ali en Heyaz.....	p. 63
Capítulo 6, El fin del aislamiento.....	p. 75
Capítulo 7, Recortes de la autonomía.....	p. 95
Capítulo 8, El nuevo compromiso.....	p. 112
Capítulo 9, La Revuelta Árabe.....	p. 137
Bibliografía.....	p. 164

Capítulo 1 Introducción

I

La peculiaridad heyazí.

Varios autores han subrayado una interrelación de factores geográficos, demográficos y sociales como constante en la historia de los países árabes; sus observaciones constituyen un útil punto de partida para nuestro tema.

Dos peculiaridades corográficas son dominantes en la región: la pobreza del suelo cultivable y la posición sobre grandes vías de comunicación.

Excepto los grandes bolsones egipcio e iraquí, y regiones menores en Yemen, Marruecos o Líbano, los países árabes son franjas angostas atrapadas entre el mar y los desiertos. El agotamiento de la tierra cultivable ha impuesto a sus habitantes, periódicamente, diversas soluciones: la emigración, la especialización nomádica, la conquista de otros territorios o el avance de cultivos sobre el desierto mediante técnicas, organización y capital.

La solución más exitosa, sin embargo, ha sido el aprovechamiento de la segunda peculiaridad. La ubicación sobre las grandes vías de comunicación, terrestres, marítimas y fluviales, ha permitido a sectores importantes de las sociedades árabes especializarse en el comercio intermediario entre las grandes áreas agrícolas que las rodean: China, India, Europa y África subsahariana.

Numerosos corolarios se deducen de las anteriores consideraciones, pero aquí me interesa subrayar las que hacen a las bases del poder político. La pobreza del suelo y las fabulosas

ganancias que el excedente comercial representaba en el mundo preindustrial resultan en formaciones sociales en las que el sector agrícola, terratenientes o pequeños propietarios, rara vez ha logrado la hegemonía social. Esta suele pertenecer a los grupos comerciantes urbanos.

Sin embargo, ninguno de estos grupos a lo largo de la historia árabe ha logrado crear un poder político extenso y duradero. La variedad de centros urbanos, su divorcio de la campaña y la escasa población han hecho que las regiones árabes sean periódicamente presa de otros dos grandes protagonistas: los jefes nómadas y las formaciones imperiales favorecidas por una extensa base de reclutamiento y tributación campesina; estas formaciones suelen ser externas a la región, pero en ocasiones están centradas en Egipto.

En el caso de Heyaz, las características arriba señaladas, la pobreza del suelo y la posición comercial favorable, se manifiestan con la mayor evidencia; además, existen dos factores adicionales que han resultado en una historia característica y hasta privilegiada. Heyaz se halla en un aislamiento pronunciado, gracias a los desiertos y al mar, aislamiento semejante al que permitió la evolución peculiar de las regiones del Golfo Pérsico; al mismo tiempo, el carácter sagrado de Meca y Medina y la peregrinación anual significaron una fuente de ingresos y prestigio. Todo ello moldeó hasta el detalle todos los aspectos de la vida heyazi; en el terreno político resultó en una cómoda posición de los grupos dominantes urbanos, que pudieron conservar autonomía notable durante siglos, poco o nada interrumpida por

Intrusiones nomádicas o imperiales. Secreto de un poder tan longevo fue el equilibrio que los gobernantes de Heyaz mantuvieron entre la utilización de una base de poder propia (los recursos que el comercio y la peregrinación allegaban) y el aprovechamiento pasivo de los privilegios de la región (aislamiento y prestigio).

II

Fuentes.

Varios tipos de documentos permiten conocer la realidad heyazi. En primer lugar, documentos locales: existen crónicas cuya información utilizaron Snouck Hurgronje, Gerald de Gaury y Muhammad al Amr; estos documentos no son abundantes, al parecer son poco enjundiosos y actualmente son poco accesibles: quienes se ocupan del tema suelen utilizar de segunda mano estos documentos, especialmente por intermedio de De Gaury; este autor, por carecer del don de la sindéresis, resulta útil en su indiscriminada recopilación de datos. Algunas otras historias escritas en nuestro siglo, en árabe, también aportan valiosos datos provenientes de la tradición oral. De todos modos, no son fuentes que he consultado.

Existen en segundo lugar documentos consulares y burocráticos provenientes de los archivos de Estambul, Londres y París, así como impresos oficiales del gobierno otomano o, ya en nuestro siglo, la prensa heyazí. Este material ha sido más trabajado que el anterior e incluido en las síntesis de al Amr y de Ochsenwald.

Por último, tenemos el grupo de fuentes más consultadas: los escritos de los que visitaron la región. El motivo principal de las

visitas era la necesidad de llevar a cabo la peregrinación; miles de peregrinos durante siglos han dejado su huella en las Ciudades Santas. Sin embargo, a juzgar por las experiencias contemporáneas, este viaje, para muchos el único en la vida, tiene las características de un sueño del que se despierta al regreso; los relatos de peregrinos suelen concentrarse en los aspectos espirituales del mismo, tienden a repetir fórmulas y rara vez se ocupan de la dimensión material. Existen excepciones, como el relato de viaje de Ibn Jubayr, pero puede decirse que solo en los siglos xix y xx viajeros egipcios, turcos, persas e indios dejaron libros y artículos con material valioso para el historiador.

La cosecha principal proviene de otro tipo de viajeros, los espías o aventureros europeos que en distintas épocas arribaron a Heyaz. Por varias razones, tales viajeros han hecho nacer un subgénero literario, el dedicado a sus aventuras y escritos, género que comienza con The Penetration of Arabia de Hogarth (1904), y que cuenta con no menos de diez títulos. Hogarth y sus sucesores se ocupan sólo de los nombres más famosos, como Burckhardt y Burton, pero existen también otros visitantes que dejaron su testimonio esparcido entre artículos de viejas revistas, o en un capítulo de una memoria de viajes más extensa.

Variada es la excelencia de estas últimas fuentes: son de consulta cómoda, tratándose de impresos relativamente accesibles, que brindan la información en forma sistemática y atractiva; muchos de los autores se caracterizan por la pericia descriptiva y agudeza de visión. Su uso requiere, por supuesto, de todos los recaudos del

caso: los viajeros solían visitar por muy corto tiempo Heyaz, y además sus descripciones suelen estar viciadas por etnocentrismo, vanidad personal, recursos literarios, fallas de apreciación, transmisión de errores. Todos ellos son escollos frecuentes para una comprensión cabal. Algunas regiones y periodos resultan mejor documentados que otros.

III

Historiografía moderna sobre Heyaz.

Resulta extraño el poco interés que Heyaz suscitó entre sociólogos e historiadores. La peculiaridad material de las ciudades de peregrinación es tema atractivo, pero no existe, que yo sepa, un tratamiento satisfactorio de este tipo de fenómenos: las páginas que Arnold Toynbee dedica a las ciudades sagradas en su Ciudades en marcha están repletas de analogías vagas; los capítulos enciclopédicos consagrados a los sitios de peregrinación se ocupan sobre todo de las dimensiones religiosas. En un lugar inesperado se encuentran unas reflexiones interesantes: E.-F. Gautier dedicó al territorio heyazí un capítulo de su libro sobre las costumbres de los musulmanes, libro, como toda su obra, que combina intuiciones y cerrazón; una breve estada en Yedda y el recuerdo de unas páginas antaño leídas en Burckhardt, cuyo resumen conservaba, revelaron a Gautier la extrañeza de una región sagrada donde las fuerzas religiosas dominan los imperativos del entorno físico

Una síntesis histórica fue producida en el siglo pasado por Alphonse d'Avril, en la estela del interés del Segundo Imperio por

Arabia. D'Avril resumió el material conocido entonces en Europa, que era poco, y al parecer también comentarios del medio diplomático al que pertenecía. La escasez de material no impidió la elaboración de una obra interesante (1868), aún citada, que revela la mente lúcida de este hombre, quien entre otras cosas mereció la amistad del conde de Gobineau.

En nuestro siglo, tras los espías relatores decimonónicos, aparece en Arabia el tipo del agente inglés dedicado a historiar la península: junto a Philby, cronista de los saudies, produjo su obra De Gaury (1951), ya mencionado y comentado. Los historiadores académicos se ocuparon poco de Heyaz hasta la aparición de la obra de Saleh Muhammad al Amr, cuya tesis de doctorado, traducida luego en libro, constituye obra básica para la región (1978). Al Amr consultó el material documental arriba mencionado, en residencias por las capitales europeas, por Estambul y su nativa Arabia Saudita. Su obra recoge los datos dispersos sobre geografía, organización militar, carácter de los jerifes, reformas otomanas y muchas otras cosas: empresa valiosa, aunque la cantidad de material primario, y la falta de antecedentes hace extrañar la falta de un eje central en la obra.

Tras al Amr, William Ochsenwald produjo un libro (1984), que aspira a la realización de una historia total braudeliana; la parte descriptiva es por ello abundante; la refundición en su obra de artículos escritos previamente hace perder de vista el propósito esbozado en el prefacio: revelar el papel de la religión como condicionante de la historia heyazi.

La investigación que emprendí quiso ceñir el estudio de la realidad heyazi a los siguientes aspectos: las modificaciones de una sociedad peculiarmente aislada sufrió como consecuencia del gran fenómeno de los tiempos modernos, la expansión mundial europea. Esta levantó una triple amenaza al equilibrio heyazi. En primer lugar, el peligro de una ocupación europea directa; temida por décadas, la amenaza no se concretó por varios motivos. Más graves fueron las consecuencias indirectas de la presencia europea, desde la introducción de nuevos medios de comunicación que terminaron con el aislamiento, hasta la emergencia de poderes estatales fuertes entre wahabíes, egipcios y otomanos; todo ello constituyó una amenaza más seria y resultó en recortes de autonomía, pero al final llevó, a comienzos del siglo xx, a una reconstitución del equilibrio tradicional.

La amenaza que se reveló más efectiva fue la más indirecta, cuando, en el desorden de dos guerras europeas, la napoleónica y la primera Mundial, los gobernantes de Heyaz se vieron inducidos a desechar el equilibrio como basamento de su poder y a lanzarse a una política de autoafirmación apoyada en sus recursos y prestigio. La primera de estas aventuras resultó en la derrota y humillación, la segunda en la aniquilación de la dinastía jerifial y de un estado de cosas milenario.

Tal es la interpretación de la historia heyazi que intento exponer en los capítulos que siguen.

Capítulo 2
Las estructuras tradicionales de Heyaz.
I
Aislamiento y defensa.

El acceso marino a las costas de Heyaz es difícil, debido a vientos, escollos de roca y coral, corrientes submarinas que hacen difícil la navegación del Mar Rojo. Faltan buenos puertos, y los existentes no solían recibir en el pasado ningún cuidado; faltan aguadas y mercados.

A estas desventajas se suman las derivadas de la organización naviera. Si la costa oriental de Arabia dio origen a un tráfico muy activo, no sucedió lo mismo con la orilla del Mar Rojo. Los astilleros eran pocos, en Aden, Mukalla, Hodeida; los barcos contruidos eran livianos, cosidos y no clavados, su jarciería era de corteza. Los capitanes sacaban el máximo provecho de ellos, sobrecargándolos, con lo cual retrasaban la partida y hacían peligrar más aun la navegación. La mayoría de los viajeros que tuvieron que soportar las penurias anteriores al vapor señalan la impericia de los marineros, muchos de ellos esclavos, y algunos víctimas del mareo durante las tormentas; sin embargo, debe más bien hablarse de una adaptación a las dificultades el Mar Rojo con instrumentos primitivos: se navegaba con suma precaución; los barcos atracaban todas las noches y eran llevados a tierra, donde nadie montaba guardia. Si había viento buscaban refugio en tierra y esperaban a que amainara. Para el siglo xix se había perdido el arte de orientarse por las estrellas; se navegaba con una brújula grosera que además era poco consultada. Ocasionalmente se habla de piratas, pero el peligro mayor provenía de los beduinos que a veces

se lanzaban audazmente sobre los barcos cercanos para saquearlos¹.

Las rutas terrestres no eran más seguras: los obstáculos físicos cedían el paso a los humanos. Las rutas que llevaban al Heyaz atravesaban el desierto, con lo cual se debía enfrentar la penuria de agua y alimentos y la hostilidad de los beduinos. El primer obstáculo podía ser superado mediante una buena organización; el segundo viajando en caravanas: las mismas, que partían anualmente de El Cairo, Damasco o Bagdad, implicaban una cuidadosa organización financiera, logística y defensiva, que requería meses; el shaik al hayy, funcionario encargado de los preparativos, debía recurrir al secuestro frecuente de dinero, bienes y animales; contaba con manuales, escritos por algunos jeques experimentados, y tenía poder de vida y muerte durante el viaje. Las caravanas servían también para conducir un cuantioso comercio, con los beduinos, los peregrinos mismos y los habitantes de las Ciudades Santas².

Lo anterior quiso subrayar el carácter aislado de la región, que paradójicamente coincide con el privilegio de ser corazón del Islam, y con la realidad de un flujo continuo de peregrinos. Este último significó ventajas económicas y de prestigio. Al mismo tiempo, el aislamiento y el prestigio constituían la única protección eficaz; en todos los tiempos, Heyaz se reveló una región indefensa. Faltaban verdaderas murallas en Meca y Medina, aunque las montañas circundantes permitían alguna defensa; las murallas de

Yedda, erigidas al llegar de los portugueses, eran inadecuadas. En estas condiciones, se sabía que toda defensa era inútil, y cualquier fuerza armada entraba fácilmente a la zona.

Tal facilidad quedaba neutralizada por los grandes problemas logísticos que significaba el transporte y la permanencia de tropas extranjeras. Inclusive en el siglo xix, Muhammad Ali debió empeñar todos sus medios y voluntad para permanecer en la región. Todo esto fue percibido ya en el siglo xiv por el imam Qatadah, fundador de la dinastía destronada en 1925; en unos versos muy citados, expresó que "Dios ha otorgado seguridad para vosotros (los jerifes) y vuestro país con su aislamiento y haciendo su acceso imposible salvo con un gran esfuerzo"³.

II

La economía heyazi.

a). La pobreza del suelo.

Heyaz no dejaba de tener alguna producción: había ricos cultivos en Medina, Taif, Yanbo al Najl y otros oasis; la ganadería era la ocupación principal de los nómadas; existían en la costa aldeas de pescadores, despreciados por todos; había algunos productos de la región que se exportaban: índigo, bálsamo de Meca, alheña del Wadi Fatima, dátiles, miel de exquisito aroma y blancura, arak para cepillos de dientes, una variedad de piedra, coral negro, monos del monte Karah, caballos.

Esta producción podía alcanzar para mantener una población aislada, como la de otras regiones árabes, habitadas hasta nuestro siglo por individuos misérrimos y casi desnudos. Pero en Heyaz

había ciudades y no se podía alimentar a su población: hay frecuentes menciones de hambrunas; los peregrinos, por lo menos en época de Pitts, debían llevar consigo grandes cantidades de viveres. Esta insuficiencia obligaba a importar abundante trigo y arroz; leña, forraje y madera de construcción también provenían de afuera, así como a veces el agua misma.

Tampoco había otro tipo de producción: existían artesanías, cuyo recuento y descripción realizó Snouck Hurgronje cuando estaban por desaparecer ante la invasión de manufacturas europeas; sin embargo, estas artesanías eran escasas y de baja calidad, por varios motivos: falta de materias primas y mano de obra; poca seguridad para la propiedad privada, debida a a las confiscaciones frecuentes; desinversión constante; competencia extranjera.

Heyaz vivía del gran comercio y de la santidad de su suelo.

b). El comercio heyazí⁴.

Desde tiempos preislámicos, había en la región un importante comercio. El internacional, el más rentable, aprovechaba la posición favorable entre el Indico y el Mediterráneo, el hecho que Yedda y Yanbo fueran casi los únicos puertos aprovechables entre Yemen y Suez, y los grandes capitales reunidos por comerciantes con base en Heyaz o Egipto; había grandes sumas invertidas en la compra de mercancías, la construcción de barcos, la contratación de tripulaciones. Las ganancias también eran enormes y el carácter del comercio era monopolístico, controlado por distintos grupos a través de los siglos: para limitarnos a la época islámica, mencionemos a los coreichies, a los karimi y a los grupos que en el siglo xix

conoció Burckhardt. Varió también el tipo de mercancías en auge: las especias, luego el café, más tarde los productos indios; en todo momento manufacturas y esclavos.

Habia también un importante tráfico relacionado con la peregrinación, fenómeno religioso que significaba una afluencia enorme de musulmanes (y también de quienes no lo eran) de variadas regiones. Ya fuere para cubrir sus necesidades vitales, ya por el valor especial, religioso o recordatorio, que algunos productos provenientes en las Ciudades Santas tenían, o porque el tráfico internacional ofrecía oportunidades de compra mejores que las de sus regiones, los comerciantes de Heyaz vendían en abundancia a los peregrinos, y el hayy era ocasión de grandes ferias anuales. También los peregrinos vendían sus productos: el Islam no prohíbe aprovechar la santa visita para comerciar, y una mercancía tan usual como los esclavos era un antecedente de los cheques de viajero.

Por fin, los comerciantes de Heyaz eran los intermediarios entre los beduinos y el exterior. El equipo de los beduinos dependió desde épocas muy alejadas del suministro de manufacturas y alimentos provenientes del exterior, hasta llegar a una dependencia casi completa en el siglo xx, y estas importaciones eran pagadas con productos ganaderos.

c). La peregrinación y sus resultados económicos.

Alguna peculiaridad física, además de circunstancias históricas, determinó los lugares de peregrinación⁵. La

peregrinación, a su vez, modificó profundamente aquellas humanidades premodernas, pobres, asentadas en los lugares privilegiados.

El Islam ordena a cada fiel visitar los Santos Lugares por lo menos una vez en su vida. Es sabido que sólo una minoría cumple con la obligación: los más carecen de dinero y coraje para hacerlo; la ley islámica, siempre razonable, toma en cuenta las dificultades prácticas que existen y hace fácil la excepción; además existían, de acuerdo con la creencia popular, lugares de peregrinación más accesibles, cuya visita podía sustituir la de los Santos Lugares. A pesar de esto, y de disminuciones estacionales, originadas por guerras, epidemias o crisis económicas, las Ciudades Santas contaban con una afluencia anual considerable de peregrinos.

Existía una extensa actividad económica ligada a su explotación. Las autoridades percibían derechos; los ricos poseían inmuebles que alquilaban. El resto de la población tenía múltiples funciones: había custodios de santuarios, a veces particulares, había guías, divididos en gremios, cada uno con sus funciones propias y sus tradiciones; varios testimonian que sus conocimientos del ritual no siempre eran extensos; que su afán de ganancias los hacía odiosos. Sin embargo, el recurso a ellos era indispensable: la mayoría de los peregrinos ignoraban los complicados ritos y oraciones necesarios; todo era difícil, especialmente para los que no hablaban árabe, sin los guías. Además, estos dejaban creer que los ritos realizados sin su ayuda eran nulos.

Al margen de los guías reunidos en gremios existían otros,

marginales y más baratos; así como carniceros que guiaban la mano de los de ánimo impresionable en los sacrificios de Mina; vendedores de comida para las palomas que revoloteaban sobre la Kaaba, de agua del Zemzem embotellada, de trozos de la kiswa del año anterior. Sin relación con la religión, abundaban los escribas, que redactaban cartas en árabe, los vendedores de productos locales, o de comida, sorbetes, café, shishas; en Yedda se vendía también el agua, y todo era caro. Asediaban a los visitantes turbas de mendigos, muchos de los cuales habían acumulado grandes riquezas. Había también varias gradaciones de sinvergüenzas: desde los que vendían a incautos peregrinos un auténtico nombre árabe (los malayos con el malsonante nombre de Kusuma eran clientes asiduos) hasta los que estafaban en comercios y los que hábilmente cortaban los cordones de las bolsas o robaban los zapatos depositados en la entrada de las mezquitas. Aun muertos, los peregrinos servían al pueblo heyazí ya que sus bienes, que heredaba el shaik al hayy, eran rematados en un bazar de Meca dos veces por día.

d). Los privilegios de la región.

Los habitantes de al-Haramain estaban exentos de impuestos y servicio militar. Recibían asimismo subsidios de vario origen. A lo largo de los siglos, se habían establecido waqfs, cuyo producto se destinaba a algún sector: los empleados de la administración, los guardianes de la Kaaba, los conservadores de bibliotecas, los encargados de la limpieza, los guardianes de los pozos. Hay que agregar a esto sueldos, emolumentos y regalos; distribuciones en

especie de víveres, incienso y ropa, así como presentes excepcionales, sorteados cada año entre los habitantes de la región. Por supuesto, las regalías no alcanzaban a todos por igual: había una clasificación de la población de acuerdo con su posición social; jefes y dignatarios religiosos ocupaban el primer lugar, le seguían los notables y los servidores del Haram el Sharif, las personas nacidas en los Santos Lugares y por fin los extranjeros residentes.

III

Una población heterogénea.

a). Distintos orígenes de los heyazíes.

Como todos los centros de peregrinación, Heyaz se caracterizaba por el origen foráneo de la mayoría de sus habitantes. Sus ciudades, como en regla las ciudades premodernas, eran cementerios urbanos necesitados de continuo repoblamiento. Muchos peregrinos llegaban y se quedaban, sea por motivos piadosos o de estudio, por negocios o porque encontraban alguna ocupación.

Otros eran retenidos por la miseria. Eran muchos los que emprendían el sagrado viaje sin recursos, confiando en la benevolencia divina, en la caridad o en trabajos temporarios por el camino. Había fieles que caminaban por años desde alguna remota región de Africa; cuando estaban cansados o flacos, se detenían para trabajar en algún sitio y, una vez repuestos, continuaban. A veces eran capturados y vendidos como esclavos. Otros llegaban; su pobreza los hacía arrojar sobre los animales muertos en el camino

de las caravanas o sacrificados en Mina, cuya carne troceaban y se llevaban; o seguían trabajando duramente en Heyaz, a veces por toda la vida.

Había también quienes llegaban con el propósito de morir en la peregrinación, lo que equivalía al martirio y a un ingreso seguro al Paraíso. Pero muchas veces no lo lograban: viejos y enfermos ocupaban entonces los barrios miserables, y vivían de la caridad pública.

Los beduinos también acudían al lugar. Las condiciones de vida en el desierto eran precarias, y una sequía o plaga de langostas condenaba al hambre a familias y tribus; el aislamiento impedía que se expandieran las epidemias que en otros lugares restablecían el equilibrio demográfico, y la población crecía y en parte se volcaba a las ciudades. Por último, en Heyaz abundaban los esclavos y libertos. Su posesión era una tradición social arraigada. Había en Meca un importante mercado de esclavos, blancos y negros.

Como consecuencia de lo anterior, los extranjeros, libres o esclavos, realizaban la mayoría de las tareas y ocupaban la mayoría de los cargos públicos; un episodio, ocurrido hacia 1730, es significativo: el imam decidió expulsar a todos los extranjeros de Meca, la mayoría empleados del gobierno, para que dejaran sus puestos a los mequíes. Se da la orden y los marroquíes, turcos y egipcios parten con las caravanas de la peregrinación; por el contrario, los indios, uzbekos, cachemires y persas intentan quedarse, y sólo ceden ante una continua presión. "La ciudad, relata el cronista, quedó visiblemente más vacía y todo se puso

barato y de fácil adquisición"⁶. La anécdota no sólo nos ilustra sobre la variedad de comunidades existentes en Meca y la presión contra ellas, sino también sobre la inutilidad de estos esfuerzos: la presencia de extranjeros siguió siendo un rasgo típico.

b). Privilegiados y marginados.

La fortuna de la región se repartía entre muy pocos: comerciantes riquísimos, que realizaban enormes ganancias con el tráfico internacional y la especulación, y un sector de gente acomodada, que ocupaban empleos públicos o cargos relacionados con la peregrinación.

Estos sectores estaban servidos por la abundante mano de obra esclava. El elogio repetido que encontramos de la lenidad con que era tratada (y que conoce excepciones, como la paliza que recibió un esclavo y que no dejó de anotar Badía) traduce la concepción islámica de la esclavitud, distinta de la europea, pero sobre todo la realidad de una amplia esclavitud doméstica; junto a ella vemos un vasto sector de esclavos que se desempeñaban en el sector público y privado como soldados, funcionarios, marinos y comerciantes; estos últimos llevaban a la noche el resultado de sus ganancias a sus amos; cuando viejos, muchos esclavos eran expulsados para vivir de la caridad pública.

Una amplia población de gentes miserables coexistía con los privilegiados y sus esclavos, habitando los suburbios; el espectáculo no era terrible en Medina, pero sí en Yedda, en cuyas

afueras empezaba, junto con el desierto, una vasta zona de chozas paupérrimas, o en Meca. Esta gente vivía magramente de lo que la temporada de peregrinación les dejaba y de la caridad oficial: eran los guías, mendigos y ladrones arriba mencionados. Otros trabajaban en los puertos.

Muchas tribus gravitaban en torno a las ciudades para vender, comprar y realizar ritos, entre ellos un hayy con características preislámicas que escandalizó a generaciones de faquies. También los beduinos se beneficiaban con la peregrinación: todos los años, la caravana siria, la egipcia y la iraquí debían llevar el dinero y los regalos que cada tribu o cada individuo reclamaba, alegando derechos sobre el territorio por el que se pasaba o simplemente el hecho que antaño se habían recibido tales regalos, y se habían así creado prerogativas transmisibles a la posteridad. El paso de la caravana, además, permitía vender víveres o agua; ocasionalmente, robar a algún viajero distraído o alejado del resto.

Privilegiados y marginados coexistían en el común disfrute de regalías, la común explotación de los peregrinos y el común desprecio hacia los mismos. Era una comunidad cuyos ingresos y expectativas dependían del extranjero; también del extranjero provenía la mano de obra, libre o esclava, los alimentos y los medios de defensa, en forma de ayuda militar de los imperios o de esclavos soldados. Faltaban los lazos que en otras sociedades crean las necesidades de producción, defensa o identidad grupal; esta

realidad se traducía en una sociedad muy segmentada; cada ciudad tenía costumbres e idiosincrasia propias; los que explotaban a los peregrinos estaban agrupados en gremios con jerarquías particulares; había diferencias entre los barrios de una ciudad, que albergaban sendas comunidades extranjeras: en Meca y Medina se enlazaban en guerras que duraban años, con heridos, a veces muertos y precios de la sangre establecidos, sin que nadie interviniera en las mismas. El origen heterogéneo de los comerciantes les quitaba toda posibilidad de convertirse en elemento de fuerza, y los hacía vulnerables a confiscaciones y atropellos; los pobres dirigían su espíritu de revuelta en ocasiones contra extranjeros, pero rara vez contra la clase dominante.

IIII

La vida en Heyaz.

Las condiciones excepcionales de la región habían creado una sociedad sui géneris, de parásitos orgullosos, poco creyentes y viciosos. Burton apenas entrevió sus costumbres: una gran afición a la limpieza personal y los perfumes, así como a las ceremonias, casamientos y entretenimientos. Snouck Hurgronje en cambio vivió desde dentro los meses posteriores a la peregrinación y describió las numerosas fiestas que amenizaban una población por lo demás desocupada. Los mequíes gastaban en ello lo que ganaban con facilidad en el hayy, y hasta solían endeudarse de por vida.

Los mequíes parecían tener un espíritu cosmopolita, gracias a

su trato frecuente con extranjeros: bonhomía, sentido del humor, una relativa tolerancia religiosa y conocimientos generales eran el resultado de tales contactos; el orgullo, el lenguaje áspero, la ambición y la ostentación eran formaban su lado menos amable.

Los yeddies son descritos como turbulentos y sanguinarios, los medineses, más aislados, solían llevar una vida más austera, y merecieron elogios de quienes los compararon con los mequíes, pero ello se aparejaba con mayor orgullo, soberbia hacia los extranjeros, mala disposición al trabajo, considerado poco honroso, hipocresía, ignorancia.

Un inmenso desprecio por los extranjeros que explotaban dominaba todas las clases. Tresse recogió en nuestro siglo la tradición oral damasquina, con sabrosas anécdotas acerca de las bromas a las que eran sometidos los peregrinos, los epitetos injuriosos que recibían y la imitación que de la tonada de cada cual hacían con habilidad los heyazíes⁷. Estos dirigían los ritos, pero se mantenían aparte: vestidos magníficamente, montados en sus camellos, miraban con suficiencia a la turba de peregrinos en ihram, y no se mezclaban con ellos.

La cercanía de los lugares de culto no había hecho mejores a sus habitantes. Tenían fama de disolutos, sintetizada en proverbios y juegos de palabras: "Circunambulad y corred /referencia a las ceremonias del hayy / y cometed los Siete Pecados"; "Al haram fi-l Haramain" (Lo prohibido en las Dos Ciudades). Se aconsejaba a los peregrinos no permanecer en al ciudad para no quedar desmoralizados. En cuestiones de dinero su fama era mala; también

se notaba la presencia de herejes en el mismo corazón del Islam: los najawali, considerados como hermanos por los chiitas; el mismo imam era a veces sospechoso de heterodoxia.

No imperaba el recato. "Una cloaca de vicios", dice Palgrave y supone que de Heyaz la sífilis se había propagado al resto de Arabia. No se trata de otra información tendenciosa del jesuita: como todo puerto, Yedda tenía gran cantidad de cafés, abundaban el licor y las prostitutas; en Meca la situación no era mucho mejor, y medraban mediadores que intentaban engañar a Dios arreglando matrimonios temporales que duraban el tiempo de la peregrinación. Noticias de origen más antiguo señalan también prostitución masculina, sobre la cual se había querido imponer una tasa, desvelo burocrático que revela cierta abundancia de material imponible.

No sólo los profesionales del vicio merecían reproche: se comentaba con escándalo de la liviandad de las mujeres heyazies, que en las Mil y Una Noches aparecen utilizando la ciencia de la tradición para sus propósitos poco castos. En Medina abundaba la burla misógina; el celibato forzoso al que muchas eran obligadas no era sinónimo de castidad. Cuando Hurgronje fue a residir a Heyaz pensó hacerse más aceptable a la sociedad local casándose con una mequí; más tarde describiría en detalle, quizás por experiencia personal, las infinitas añagazas que se utilizaban para sonsacar a los maridos dinero, regalos y permiso para asistir a fiestas femeninas. No faltaban las relaciones ilícitas ni las lésbicas, favorecidas por un lenguaje gestual muy desarrollado. Los viajeros mencionan a veces las coqueterías de las que fueron objeto durante

la peregrinación.

Las circunstancias excepcionales que rodeaban el peregrinaje cambiaban las reglas tradicionales de relación entre los sexos; las mujeres no podían ocultarse como era debido: podía vérselas sin velo e incluso completamente desnudas, como vieron Niebuhr y sus compañeros a través de un hendidura hábilmente practicada en el camarote de su barco. En el amontonamiento de los ritos, individuos lascivos olvidaban todo decoro, e incluso lo festejaban en versos⁸.

Para acabar, Lawrence y otros notaron la frecuencia de la homosexualidad, la ligereza con que era considerada, la gran afición a las conversaciones obscenas, a las drogas y a la literatura pornográfica.

V

La organización política heyazí.

a). Los jerifes.

El comercio, la pequeña industria de la peregrinación y los empleos públicos estaban en manos de extranjeros, pero las posiciones de poder se reservaban a los miembros de algunas familias muy antiguas del lugar: una de ellas conservaba desde época preislámica las llaves de la Kaaba, los sayyids descendientes del Profeta se ocupaban de las leyes, las letras y el culto, había también descendientes de los ansar y de los coreichíes que ocupaban algunos reductos. El grupo más significativo era el de los jerifes, también descendientes del Profeta y abocados a las armas y al gobierno. La ciencia genealógica árabe agregaba muchos detalles a este cuadro, que probablemente deba explicarse por un juego

complejo de acomodamientos sociales seculares, y no por la simple sucesión biológica.

Los jerifes, tal como llegan a época moderna, son una casta de base extensa: unos dos o tres mil individuos a principios del siglo xix, cuyos nombres estaban insertos en un árbol genealógico custodiado celosamente. Algunas familias de jerifes no figuraban en él, siendo su dignidad sólo reconocida por el pueblo, mientras la de otros, muy pobres, sólo era reconocida por ellos mismos. Son al parecer las víctimas de un proceso de exclusión de aquellas familias que, perdido el poder político, perdían también la dignidad jerifial.

Quienes la conservaban se veían tributar gran respeto y variados privilegios: en la guerra era raro que un extraño dirigiera sus armas contra los jerifes; el precio de la sangre de estos y de sus esclavos era doble o triple que el de cualquier otro musulmán. Todo esto redundaba en el gran orgullo, ambición y espíritu de casta que los caracterizaba, virtudes que eran fomentadas por una educación permisiva: Burton describió las malas maneras, el gusto por las armas y el lenguaje procaz de los hijos de una distinguida familia medinesa: sus padres, aclara, fomentan esta conducta; también existía la costumbre de enviar a los niños a criarse en el desierto, donde la educación beduina fomentaba sistemáticamente el orgullo. Muchos jerifes preferían casarse con esclavas o mujeres beduinas antes que con alguien por debajo de su nobleza, y también obligaban a sus hermanas al celibato. La historia de la región es una continua sucesión de luchas entre los

jerifes, y de sus abusos contra los peregrinos. Siempre se los encontraba en todas las fechorías, prosigue Burton: un jerife arrió el pabellón inglés en Moca, otro mató al capitán Mylne cerca de Lahey.

b). El gobierno de los jerifes.

Los jerifes estaban divididos en grandes familias, las principales de ellas rivalizaban entre sí por el poder. La familia triunfadora encumbraba a su jefe como imam o jerife de Meca (los europeos solían referirse al Gran Jerife) y las ramas perdedoras sufrían destierros, confiscaciones y desgracia que podía llegar a la muerte, aunque se trataba de evitar este último recurso; había gobernantes que detentaban el poder en varias ocasiones, interrumpidas por expulsiones. Pese a tales luchas incesantes, los jerifes han gozado de una continuidad milenaria, lo cual lleva a pensar que poseían alguna fórmula de sobrevivencia política desconocida en otras regiones.

Tal secreto no hay que buscarlo en el origen venerable, ya que hubo otras dinastías con la misma pretensión genealógica y menor longevidad; además, los musulmanes veían claramente la escasa santidad de los jerifes, e incluso el carácter herético de algunos de ellos. Tampoco se observa una habilidad especial en su política interna, caracterizada por las incesantes luchas civiles y el descuido: las obras públicas solían provenir de la iniciativa de gentes piadosas, que veían meritorio elevar caravanserrallos para los peregrinos, o construir cisternas o caminos; alcanzar este

mérito no siempre era gratuito: sabemos que se cobraba. No existían servicios municipales en Heyaz, ni siquiera se impedían las guerras internas entre barrios.

Es cierto que la legitimidad de la dinastía estaba asegurada por su origen, y su hegemonía interna no podía ser amenazada por grupos o coaliciones rivales, en una sociedad muy heterogénea, pero la clave de la fuerza y la permanencia de los jerifes residía en su mantenimiento del equilibrio entre la cerrazón del país y la obtención de recursos del extranjero. Por varios motivos, los jerifes eran los únicos que podían mantener este equilibrio; a través de los siglos habían establecido un monopolio de las relaciones internacionales que otros grupos no podía disputarles. Como el pueblo que gobernaban, los descendientes del Profeta miraban continuamente hacia el exterior, hacia los distintos centros de poder fuera de sus fronteras: los beduinos y los distintos poderes imperiales.

VI

Los jerifes y el mundo exterior.

El problema beduino atormentó por siglos todas las regiones cercanas al desierto. Los jerifes no siempre tenían contra ellos la fuerza, ni la querían usar: preferían un trabajo de conciliación continuo, y a través de los años habían logrado un status quo, sustentado en las variadas relaciones de conveniencia mutua entre los beduinos y las ciudades.

Los hijos de los ciudadanos eran enviados a recibir una educación beduina al desierto, lo que era el origen de alianzas;

había jefes beduinos que tenían casas en la ciudad y vivían ahí por temporadas; otros alegaban la propiedad de los cultivos de los oasis, y anualmente se dirigían a recoger la cosecha o el tributo sobre la misma.

Estas relaciones seculares habían entrelazado los intereses de ciudadanos y nómadas, sobre todo los de las cercanías de las Ciudades Santas, los de peor reputación: mientras otros respetaban la palabra dada en el momento de comprar el derecho de paso, los vecinos de la Meca eran famosos por su infidencia. Sólo los jerifes eran capaces de tratar con ellos y asegurar así el paso de las caravanas; los habitantes de Meca y Medina rara vez eran atacados por los beduinos. El movimiento wahabí conllevó la primera conquista de las Ciudades Santas por enemigos provenientes del desierto.

Heyaz dependía en varia medida de los estados musulmanes. De algunos recibía donaciones; en otros casos existía el interés por ofrecer seguridad a los peregrinos. Había estados deseosos de afirmar su soberanía sobre las Ciudades Santas, deseo que materializó en el envío de un mahmal, símbolo de poder enviado anualmente con la caravana de peregrinos; el origen del mahmal, un baldaquín lujoso montado sobre un camello, no es seguro, pero representa sin duda pretensiones de soberanía. Egipto fue el primer país que envió el suyo, y luego otros Estados adoptaron la costumbre, de forma que en el siglo xx enviaban sendos mahmal los otomanos, los yemeníes, los saudíes, los rashidíes, y los príncipes

de Darfur e Hyderabad⁹.

Las pretensiones imperiales encontraban una defensa muy débil; según se dijo antes, Heyaz era una región incapaz de resistir militarmente, carecía de fortificaciones, flota y artillería, así como de una fuente segura de reclutamiento: los jerifes podían luchar entre sí gracias al apoyo que cada bando recibía de los beduinos o de Egipto, o de los mamelucos y negros que podían comprarse, pero eran apoyos muy aleatorios y por ello los jerifes nunca intentaron defenderse militarmente de los conquistadores, que fueron siempre recibidos con honores. Al mismo tiempo, los jerifes sabían que su aislamiento hacía difícil una afirmación prolongada de los agentes imperiales, que se limitaban a ver reconocida su autoridad, o a mediar en las disputas jerifiales, o intervenían en el caso de agresiones a las Ciudades Santas, por parte de los Cruzados o de los portugueses.

El aislamiento no era el único motivo de impunidad; la realización de cada peregrinación, empresa enorme en el mundo preindustrial, requería de una gran organización por parte de los poderes imperiales, pero sobre todo del concurso de los jerifes, indispensables para lograr el paso por las regiones beduinas, el abastecimiento de los peregrinos y la correcta realización de los ritos.

El resultado de esta situación era el compromiso constantemente formulado entre los poderes imperiales y los jerifes. Por siglos, funcionarios abbasíes, ayyubíes, mamelucos u otomanos habían negociado con la autoridades locales en torno a las

esferas de poder, la adjudicación de las rentas aduaneras, el nombramiento de funcionarios, etc; hubo en ocasiones choques y batallas, pero seguidos siempre por un restablecimiento del equilibrio de poder.

Sólo los grandes cambios derivados de la expansión europea a partir del siglo xviii alteraron este equilibrio de varia forma.

Notas

1. Observaciones sobre la navegación en el Mar Rojo abundan en las fuentes, las resumen y explican útilmente Kammerer(1929), cap.4; Raymond(1973-4), p.108ss; Malécot(1990).
2. Las rutas terrestres han sido estudiadas por Tresse(1935) y Jomier(1953).
3. Hurgronje (1922), cita los versos e interpreta a su luz la política de los jerifes.
4. Raymond (1973-4); Malécot (1990).
5. La bibliografía sobre la peregrinación es amplia, aunque rara vez se ocupa de sus aspectos socioeconómicos. Una excepción son los libros de Tresse(1937) y Jomier(1953).
6. De Gaury (1951), pp.167-8.
7. Seleccioneo dos: "Un mekkois attache une longue corde aux testicules d'un nègre complice. Passe un Damascaïn, la victime attendue: Abou cham, aie la complaisance de me ramasser cette corde. Le Damascaïn s'exécute, tire la corde, le nègre pousse des cris. Le Damascaïn comprend qu'il est joué... Un Syrien marchandait des bagues dans la boutique d'un bijoutier. Desireux d'amuser la galerie, celui-ci l'invite d'un ton engageant a en voire de plus belles dans le fond du magasin. Le marchand exhibe ses testicules au client... et revient a son négoce aux applaudissements des spectateurs..." Tresse(1937), p.242, n.1.
8. Que reproduce Gaudefroy:
 "Vive le mausim! Quelle rendez-vous!
 Vive le Kaaba! Quelle lieu d'assemblée!
 Vivent celles qui nous pressent a l'envi
 au moment de toucher la pierre noire".
 Gaudefroy-Demombynes(1923), p.221 y n.
9. El libro de Jomier(1953) se dedica al significado del mahma; resume sus conclusiones en el art. de E]. V.también Robinson(1931).

Capítulo 3 Decadencia otomana, presencia europea y autonomía heyazí.

I Conquista otomana.

El dominio mameluco sobre Heyaz era débil y disputado; este hecho hizo más grave la aparición en el Indico de los portugueses, para los cuales el Mar Rojo se convirtió pronto en objetivo principal; el gran plan de Alfonso de Albuquerque fue robar, junto con todos los tesoros de Meca el cuerpo del "mao profeta" Mahoma y con él rescatar los Santos Lugares de Jerusalén; también creía Albuquerque que podía desviar el curso del Nilo y hambrear así a los egipcios. Con más agudeza, descubrió el portugués las cuatro llaves que abrían el Indico: Aden, Hormuz, Diu y Goa¹. Tanto esta visión certera como las anteriores fantasías lo llevaron a operaciones militares contra Adén y otros puntos de la costa del Mar Rojo. Los mequies, así como otros príncipes asiáticos, pidieron ayuda a los mamelucos, pero la reacción de estos no fue efectiva: se fortificó Yedda, se construyó una flota, se tomaron medidas contra los europeos residentes en Egipto y Siria, pero no se logró detener el avance enemigo; si bien no hubo ninguna ocupación duradera, como se dio en el Golfo Pérsico, si lograron los portugueses bloquear la ruta del Mar Rojo. Ibn Iyas, que cuenta estas desgraciadas circunstancias, señala que era imposible encontrar turbantes y velos de muselina en El Cairo, y que corría el rumor de los francos habían logrado practicar una brecha en la muralla, construída por Alejandro Magno, que separaba al Mediterráneo del Mar de China².

La intervención de los otomanos fue mucho más firme. Tras derrotar a los mamelucos construyeron una poderosa flota, que hizo de ellos por algún tiempo una de las primeras potencias navales. Este hecho y los inconvenientes de la ruta atlántica, que los portugueses intentaban imponer, hizo que el comercio tradicional del Indico floreciera nuevamente. Hacia 1550, piensa Braudel, pocas décadas después de establecerse el dominio otomano³.

Ludovico di Varthema, John Jourdain y Van den Broecke conocieron directamente ese dominio y describen la situación de esos primeros años: oficiales otomanos, que podían ser de origen húngaro o griego, dominaban hasta Yemen, apoyados en fuertes guarniciones, armas de fuego, y la flota que disputaba a los portugueses el dominio del Indico. Nadie osaba mirar un turco al rostro, casas de diseño italiano y un despotismo ilimitado mostraban a heyazies y yemenies que el estilo constantinopolitano se había fuertemente asentado en su región⁴.

II

El dominio otomano.

El dominio de Estambul significó el establecimiento de un compromiso entre la Puerta y los jerifes. Heyaz no fue un elayet más, conservó su autonomía reconociendo la autoridad del padisha, y ello implicaba alguna injerencia externa: la aceptación de una autoridad paralela, el alineamiento a la posición internacional de los otomanos (y el consiguiente alejamiento de los peregrinos persas); el padisha también se reservó ciertos privilegios honoríficos: el envío de un mahmal, la mención de su nombre en la

jotba de los viernes. Junto a ello, su dominio significó importantes ventajas. Hubo mayor seguridad en las rutas de la peregrinación: se organizó una caravana desde Yemen y las rutas del hayy sirio y egipcio fueron definidas entonces de la manera que duró hasta el siglo xx⁵. El hecho debe de haber influido en el aumento del número de peregrinos, que creció también por la expansión del Islam tras las conquistas otomanas, safavies y mogolas; acudió gran cantidad de conversos (para los cuales el hayy significa un remate a su entrada al Islam) y de musulmanes que veían en el imperio otomano un freno a la agresión europea: desde el peregrino de Puey Monzón, que viajó desde la España ya cristiana a comienzos del siglo xvii, a los indonesios esperanzados de encontrar en el padisha un aliado contra los portugueses. También acudieron a las Ciudades Santas cantidad de mercenarios y comerciantes, no todos musulmanes. La organización de la caravana siria, que era financiada por el pachalik de Damasco, recibió cada vez más atención del gobierno central.

De manera directa, el padisha contribuyó a reforzar la autoridad local de los gobernantes de Meca, algunos de ellos (Hassan, Barakat, Ahmad) pudieron ejercer una fuerte autoridad sobre los beduinos, apoyados en soldados turcos. También continuó la Puerta la tradición de construir obras públicas y de realizar donativos a los heyazies, y una sección especial de su cancillería se encargó de la administración de los waqfs⁶.

La navegación del Mar Rojo se benefició con la retirada de posibles competidores: los europeos se alejaron por la vigilancia

de la flota otomana, y luego por el hecho que sus nuevos barcos, de mayor tamaño después de la utilización de las carabelas, veían aumentar las dificultades de la navegación del Mar Rojo, ante la imposibilidad de utilizar los mismos canales que sus rivales árabes; les faltaba también un aliciente: las Indias orientales y occidentales proveían la mayoría de los productos requeridos, y hacían innecesario afrontar el peligro humano y marino de la región. Los etíopes también fueron cortados del Mar Rojo, e inclusive sus peregrinaciones cristianas a Palestina cesaron⁷.

El comercio floreció: la ruta entre el Indico y Suez siguió siendo la más conveniente aun después de Vasco de Gama, y las ciudades del imperio otomano proveían una abundante clientela para los artículos suntuarios provenientes del Indico⁸. El auge del café compensó la decadencia del comercio de las especias. La conquista otomana significó una división de esferas de influencia, por la cual los navegantes provenientes del Indico no podían remontar más allá de Yedla, mientras los comerciantes que llegaban de Suez tampoco seguían hacia el sur.

La vida cultural tuvo un fuerte impulso: Meca, donde muchos intelectuales de varias regiones islámicas buscaban refugio, se igualó a los otros centros del Islam; Brockelmann menciona abundantes nombres de poetas, filólogos, historiadores, tradicionistas e inclusive filósofos, astrónomos, geógrafos y un polígrafo de amplia obra⁹.

La decadencia otomana.

En el siglo xviii, los imperios islámicos de la pólvora sufren un deterioro serio, y con ello sufre su posición en Arabia. Los persas sólo ejercieron un dominio esporádico en el Golfo. Los otomanos conservaron una posición, pero precaria; tuvieron que retirarse de Yemen y en vano intentaron hacer pesar ahí sus regulaciones respecto al comercio del café. En el norte, las guarniciones de Anna e Hit se desorganizaron, la ruta se hizo peligrosa por los ataques de los desertores de dichas guarniciones, que acabaron siendo retiradas; también desapareció el sistema de palomas mensajeras¹⁰.

Las caravanas de la peregrinación se vieron cada vez más sometidas al saqueo de los beduinos; los jenizaros, que debían defender los depósitos de provisiones de la ruta, en realidad comerciaban con los beduinos, vendiéndoles parte de dichas provisiones¹¹. El sistema de cisternas y refugios para los peregrinos se deterioró¹². En 1793 se dio el hecho inédito que, tras la negativa a pagar la protección tradicional, los beduinos hicieran pedazos el mahmal. El número de peregrinos, naturalmente, decayó; por la inseguridad, por el nuevo peligro que el wahabismo significaba para los peregrinos chiitas, y por la decadencia general del Islam en el siglo xviii, decadencia que motivó la aparición de movimientos de reforma.

La situación tuvo su reflejo en Heyaz. En 1700 dos viajeros europeos señalan el desprecio y prepotencia con que los jerifes

tratan a un bajá del sultán, y cómo llaman a este ebon mamluk, "hijo de esclava"¹³. Niebuhr anota las pocas prerogativas que aún quedaban al sultán: llevaba anualmente sus caravanas armadas a los Santos Lugares, y durante el hayy su bajá podía sustituir al jerife en el gobierno de La Meca; tenía un bajá en Yedda que debía viajar con las caravanas, no atreviéndose a hacerlo solo; una parte de la guarnición de la Meca, Medina y Yanbo estaba compuesta por soldados turcos, que también custodiaban los pozos del camino hacia el norte¹⁴. También se seguía pronunciando el nombre del padisha en la jotba de los viernes; el cargo de bajá de Yedda era poco codiciado.

IIII

El comercio de Arabia.

Como otras regiones del mundo, Arabia vio que en el siglo xviii algunas de sus producciones locales desaparecían mientras otras adquirían creciente valor. Las artesanías en general se arruinaron, pero otros objetos fueron requeridos en cantidades mayores; desde las regiones del interior llegaban a los puertos plumas de avestruz, lana, algunos productos agrícolas, algún oro en polvo; el Golfo era rico en perlas; el café fue la producción de mayor interés para los extranjeros. En la segunda mitad del siglo xvii, las ciudades europeas vieron aparecer pequeñas tiendas donde se preparaba la infusión (Londres 1652, Marsella 1671, París 1672...) así como libros sobre su origen y consumo. Pronto los europeos dejaron de comprar el producto a los intermediarios

otomanos y fueron a buscarlo a su lugar de origen: en 1616 una misión comercial holandesa, obtuvo del imam de Sana' términos favorables para la compra de café, con gran alarma de los comerciantes árabes, persas e indios establecidos. Desde 1660 hubo un comercio regular de café a través de la ruta del Cabo, por obra de ingleses y holandeses. A comienzos del siglo xviii atrajo también la atención francesa; dos expediciones fueron enviadas desde St.Malo y concluyeron tratados con el gobierno de Moka, en 1709 y 1711. Hasta el siglo xix el café sería objeto de consideración en la gran política¹⁵.

La peregrinación había sido un canal tradicional de comercio; en el siglo xviii, la caravana que acompañaba el mahmal egipcio ya no cobró a los comerciantes una tarifa para que la acompañaran y sus operaciones aumentaron. Un poco más de la mitad de las mercancías transportadas a fines del siglo eran de origen europeo; al llegar la temporada del hayy, los franceses establecidos en El Cairo vendían su mercancía; varias enumeraciones tenemos de ellas, como esta del botánico Hasselquist: telas, cochinilla, especias, plomo, cobre, perlas falsas; una mención de Burckhardt permite descubrir también productos ingleses: relojes, agujas, dedales, tijeras. También objetos de la India eran requeridos y suscitaban la codicia de los beduinos, que las compraban o las robaban a las caravanas: telas, azúcar, té, ferretería, etc¹⁶.

La falta de circulante fue un obstáculo para el desarrollo del comercio en el imperio otomano; la acuñación reducida y de mala calidad de las cecas turcas y el hábito de enterrar tesoros dan cuenta de la escasez; en Arabia tenían curso monedas de origen otomano, persa, egipcio o local, pero la más codiciada era de origen europeo y americano; el siglo xvii fue el del cequí veneciano de oro y del escudo holandés de plata, en el siglo xviii se afirmó el doblón español, acuñado en Sevilla, Perú o México; a partir de 1751 otra moneda, también de origen habsbúrgico, entró en circulación: el tálero de Maria Teresa. El auge del café llevó monedas habsbúrgicas en abundancia a Arabia; aunque algo inferiores en calidad que las destinadas a Europa, por varios motivos se convirtieron en el principal circulante: la escasa acuñación de las otras cecas, el conservadurismo de los árabes, apegados a las monedas habsbúrgicas, no sólo por su valor monetario, sino también el ornamental y apotropaico¹⁷.

V

Ausencia de rivales en la zona.

De este modo, Arabia entró en el siglo xviii en circuitos comerciales que rebasaban ampliamente la zona agrícola circundante. El hecho beneficiaba a los comerciantes locales siempre y cuando los contactos comerciales no arrastraran tras de sí rivales extranjeros o la injerencia militar europea; en Yemen el auge del café había llevado a estas complicaciones: se había establecido una colonia numerosa de banianos, los europeos y norteamericanos

frecuentaban los puertos yemeníes; tras los comerciantes se asentaron misioneros y en 1737 el gobierno francés amenazó, bombardeó y tomó por asalto el fuerte de Moka. Tales peligros fueron evitados en los puertos del norte debido a varias circunstancias.

El comercio del café no atrajo hacia a los europeos más allá de Hodeida; aun durante el siglo xix, los norteamericanos rara vez entraban al Mar Rojo. Luego, el café yemení fue perdiendo importancia en el siglo xviii; los holandeses lograron producirlo en Ceilán y Java, retirándose de la competencia; ingleses y franceses los siguieron, tras el éxito del cultivo en el Caribe y Sudamérica.

A los obstáculos naturales del Mar Rojo se sumaba la mejor defensa: de alguna manera, Heyaz seguía siendo parte del imperio otomano, y contaba con la protección de su diplomacia y sus guarniciones. Desde Colbert, hubo varias Memorias y pedidos a las autoridades otomanas para que permitieran la navegación por la zona, pero la Puerta se mostró consecuente en el rechazo. El pretexto era la cercanía de los Santos Lugares: como a los holandeses en el siglo xvii, a los expedicionarios franceses de 1711 se les advirtió que no debían acercarse a los puertos del norte.

Otros rivales, los indios, desaparecieron del Mar Rojo durante la segunda mitad del siglo xviii; las razones son variadas, pero se relacionan de alguna manera con la decadencia del imperio mogol y las conquistas inglesas; estos hechos significaron desórdenes

políticos que arruinaron el comercio, la desaparición de la clase comerciante muuslmana india y sus fuertes lazos con el mundo árabe, la preferencia del tráfico indio hacia las rutas de Asia oriental, la imposición de las condiciones de la Compañía inglesa¹⁸.

Había también medios efectivos, tradicionalmente usados contra los intrusos: arbitrariedades, malos tratos o, como último recurso, masacres organizadas por los comerciantes y ejecutadas por el populacho; hay noticia de una dirigida contra indios y europeos en 1722, otra en 1743.

En la segunda mitad del siglo, los ingleses mostraron un mayor interés en la región; su posición en India hacía necesarias comunicaciones rápidas con Londres; hasta entonces se habían utilizado dos rutas incómodas: a través del Cabo y a través de Iraq. La primera era larga, la segunda insegura; la correspondencia debía confiarse a correos beduinos, a oficiales turcos, a la posta imperial habsbúrgica; las cartas se perdían, eran robadas, eran leídas. Existía también otra ruta, por el Mar Rojo, que se había usado esporádicamente desde comienzos de siglo; su uso al azar permitía que la correspondencia cayera en manos del cónsul francés, que la devolvía tras atenta lectura. La experiencia posterior mostraría que el Mar Rojo era la más conveniente; en 1698 Henry Tistew hizo el primer esfuerzo para abrirla; era prematuro, pero a partir del viaje a Egipto de James Bruce (1768), se multiplicaron las gestiones, que dieron como resultado el tratado con Ali Bey el Grande de Egipto.

Ali Bey y la apertura del Mar Rojo.

La presencia egipcia en Heyaz se reavivó por momentos en el siglo xviii, en consonancia con el debilitamiento otomano. El emir el hayy dejó de ser nombrado por la Puerta, y pasó a ser instrumento de la fracción de mamelucos en el poder¹⁹. En 1739 asistimos a la peregrinación el emir Sulaiman al Qazdugli, personaje importante del régimen memeluco, cuyo viaje significó un despliegue abundante de tropas, barcos y equipo, y una cuantiosa inversión en mercancías²⁰. Tales expediciones, junto al envío anual del mahmal y de granos, y junto a los intereses comerciales egipcios en Yedda, reafirmaban las pretensiones mamelucas en la región. Un intento más serio se dio en relación con Ali Bey al Kabir.

Egipto experimentó en el siglo xviii un interesante intento de centralización del poder e independencia, precursor del movimiento de Muhammad Ali en el siglo siguiente. De alguna forma, este fenómeno también se relaciona con la expansión europea: una serie de complejos procesos habían llevado a mamelucos y grandes comerciantes a una dependencia cada vez mayor del suministro de artículos suntuarios y armas europeas. Para pagarlas, dirigieron la economía del país hacia la exportación de materias primas, alimentos y algodón. Paralelamente, Egipto recibía un gran flujo de cristianos melquitas de Siria, que pronto se transformaron en rivales comerciales de los musulmanes, dominaron el comercio del Mar Rojo y establecieron lazos empresariales y personales con

Europeos. Como minoría, los melquitas eran más fáciles de controlar, y encontraron un protector en Ali Bey al Kabir, que ejerció el poder intermitentemente entre 1757 y 1772²¹.

Ali Bey tenía un proyecto global que comprendía la independencia de Egipto y el control de las rutas comerciales. Su política lo llevó naturalmente a acercarse a los poderes europeos: Rusia halló en él un aliado que aún conservaba relaciones con su lugar de origen, en el Cáucaso; el almirante Alexis Orloff puso a su disposición oficiales, tropa y cañones. Carlo Rossetti, aventurero veneciano, comerciante y cónsul de Austria se mostró muy influyente en la política egipcia.

Como todos los gobernantes fuertes en Egipto, Ali Bey aspiró al control sobre el Mar Rojo, para lo cual llevó a cabo una expedición a Heyaz, que contó con el apoyo activo de Rossetti. La presencia de Ali Bey en Heyaz favoreció a los europeos: en 1773 los ingleses consiguieron autorización para navegar hasta Suez; en 1775 algunos barcos ingleses descargaron mercancías en ese puerto, y volvieron los años siguientes, realizando grandes ganancias. El paso de barcos europeos se convirtió en cosa común²². En esos años de buenas relaciones tuvo lugar la expedición científica de 1761-1762, de la que sobrevivió sólo Niebuhr; las motivaciones científicas de la misma no deben hacer olvidar que estuvo financiada por Dinamarca, potencia menor pero cuya Compañía de las Indias Orientales conoció, en el vacío de poder entre holandeses e ingleses, una época de oro y el control de los emporios de

Tranquebar, Serampur, Fredericksnagor y las islas Nicobaras²³.

Esta irrupción europea fue breve: en 1773 Ali Bey el Grande era derrotado por un rival y moría poco después. La Puerta emitió inmediatamente un firman prohibiendo la presencia inglesa.

Los historiadores nos informan -dice el firman- que los cristianos, raza emprendedora y artera, han hecho uso del engaño y la violencia para realizar sus ambiciosos fines. Bajo el disfraz de mercaderes se han introducido en Damasco y Jerusalén; del mismo modo han puesto un pie en Hindustán, donde han reducido a la esclavitud a los habitantes; ahora alientan a los beys, sin duda con el propósito de levantar mapas de la región y de sus fortificaciones, e intentar después su conquista²⁴.

La oposición de la Puerta tenía el respaldo de otros grupos: comerciantes locales, miembros de la Compañía Inglesa interesados en mantener la ruta del Cabo y de políticos ansiosos por no perder la amistad turca y por impedir el acceso francés al Indico. De este modo, la Puerta tuvo éxito en cerrar el Mar Rojo, impidiendo la navegación entre Yedda y Suez. Ante las protestas inglesas, argumentó, como de costumbre, que debía proteger los santuarios del Islam; flaca respuesta, ya que se permitía el acceso a Yedda; el interés principal era conservar para el comercio tradicional la navegación hasta Suez²⁵. Lo conservó, y no sólo gracias a la prohibición: una vez más, unos comerciantes ingleses que se

aventuraron a desafiarla (1774) fueron cortados a pedazos, y abandonados para morir de sed y hambre en el desierto²⁶.

Después de 1780, muy pocos barcos europeos osaron aventurarse en el Mar Rojo, cuyas rutas se seguían conociendo por las viejas cartas portuguesas. El comercio no daba los resultados esperados: puede verse esto en el hecho que los franceses obtuvieran, en 1785, un tratado comercial semejante al de 1773, pero no lo aprovecharan. La opinión pública atribuía el fracaso comercial al empobrecimiento motivado por el despotismo de las autoridades yeddíes; en realidad, se trataba del mantenimiento exitoso del monopolio árabe sobre la navegación del Mar Rojo; los europeos sólo pudieron responder con represalias en las aguas del Indico: los malos tratos que recibían los ingleses en Heyaz tenía su correlato en idéntico trato a los comerciantes heyazíes en la India, y en la negativa inglesa de seguir pagando las donaciones que Surate acostumbraba a los Santos Lugares²⁷. En su memoria destinada a promover la ruta del Mar Rojo (1783), James Capper propone que el comercio se deje en manos de los musulmanes, y que Gran Bretaña utilice la ruta únicamente para la correspondencia.

VII

Creciente autonomía heyazi.

En este contexto de debilitamiento imperial, reavivamiento comercial y relativo alejamiento de los indios y europeos, asistimos a la afirmación de dos poderosos gobernantes en Heyaz: Serur (1773-1788) y su hermano Galib (1788-1813), cuyas largos reinados deben confrontarse con los de sus efímeros trece

predecesores. Ambos pudieron afirmar su poder luchando contra jefes rivales y contra los representantes de la autoridad otomana, que se les sometieron o desaparecieron. Serur ocupó Kufuda en 1772²⁸ y se casó en 1778 con la hija del sultán de Marruecos, parentesco que revela el poder acrecentado de la dinastía. Galib se apoderó de las aduanas de Yedda y Yambo y de las ciudades de la costa africana, Suakin y Masaua, así como de algunas islas, enviando guarniciones y un visir. Badia, que conoció el reinado de Galib en su ocaso, señala la presencia de un envenenador oficial y de mercenarios negros abundantes, encargados de funciones administrativas y de la vigilancia, altaneros y vestidos con lujo refinado²⁹. Esta presencia mercenaria revela la mayor abundancia de negros en Arabia, después de las conquistas africanas de los omaníes, pero sobre todo la mayor riqueza de los príncipes de Meca.

En efecto, varios indicios señalan una mayor abundancia en la segunda mitad del siglo xviii. Uno de los motivos que impulsó a Muhammad Ali a la conquista de Heyaz fue apoderarse de las riquezas del imam de Meca, aunque al parecer no encontró lo que esperaba; en época de Didier, los jefes de Taif le aseguraron que habían encontrado un pozo lleno de oro, enterrado por Mesaed, padre de Serur y Galib³⁰. Este último llevó a cabo una gran actividad constructora: fundó dos madrassas, tras siglos de descuido de los jefes en este campo³¹. Burckhardt describe numerosas obras debidas a Galib: palacios, parques con búfalos egipcios, torres, fuertes y murallas. También señala que nutridas guarniciones defendían la región³².

El origen de esta riqueza era sobre todo comercial. Galib realizaba grandes operaciones, influyendo sobre la demanda; expulsó a los judíos de Yedda, acto típico de gobernantes centralizadores; tenía el monopolio de la importación de granos de Yemen y Neyd y de la venta de sal; tenía barcos que enviaba a Moca y de ahí a Mascate y Surat; de la India recibía cargamentos de arroz y legumbres, el comercio intermediario proporcionaba gran cantidad de las preciosas monedas europeas. Cuando Galib fue exiliado, muchos sospechaban que había remitido sumas considerables a la India, especialmente a Bombay, puerto con el que mantenía estrechas relaciones, con vistas a refugiarse ahí en caso de peligro; el cuidado que puso en fortificarse en Meca parece desmentir esta versión, pero la misma es indicativa de los contactos y los medios que se atribuían al imam¹³.

La estrategia de Galib comprendía una alianza con los comerciantes de Heyaz. Burckhardt conoció la opulencia de estos: de origen magrebi, hadrami o indio, reunían grandes fortunas, poseían casas y barcos, realizaban abultadas operaciones en el comercio del café y de las producciones de la India, como intermediarios entre el Indico y Suez. Estaban protegidos por Galib, que mantenía con ellos una relación cordial: los impuestos no eran arbitrarios, los préstamos que se tomaban se devolvían, no había contribuciones extraordinarias de los individuos (aunque sí de la comunidad); cuando el imam necesitaba dinero, discutía con los comerciantes el monto de los impuestos a fijar. Todo ello creaba un clima de seguridad y permitía el espectáculo, inusual en tierra islámica, de

un rico comerciante que exhibía toda su riqueza ante el gobernante sin temor a confiscaciones.

La importancia del comercio heyazí de esta época también puede verse en la gran agilidad y rapidez de las transacciones, la facilidad del crédito, la existencia de un sistema eficiente de correos; todos ellos fenómenos desconocidos en los países cercanos y en el Heyaz de las décadas posteriores³⁴.

La afirmación de Galib se apoyaba en los aumentados recursos comerciales pero también en el alejamiento de egipcios y otomanos. Las guerras internas entre mamelucos que siguieron a la muerte de Ali Bey impidieron una afirmación en Heyaz; la cuantía creciente de los impuestos sobre el café que de Yedda llegaba a Suez hizo que los comerciantes eligieran como puerta de entrada Cosseir, sin que los mamelucos pudieran impedirlo. El dinero de los wagfs destinado a la caravana del hayy fue absorbido cada vez más por los mamelucos, resultando en mayor pobreza del hayy y en una kiswa cada vez más raída³⁵.

Los otomanos sufrieron el mayor aislamiento terrestre. Mientras las comunicaciones marítimas y el comercio con el sur continuaron fluidamente, no sucedió lo mismo con los contactos terrestres y marítimos con Estambul. La inseguridad de las caravanas del hayy redujo la importancia de la reconquista anual de las Ciudades Santas por un bajá enviado por Estambul, la decadencia de la flota otomana y la creciente independencia de Egipto hacían difícil la comunicación por el Mar Rojo; todo ello resultó en la ya mencionada decadencia del gobierno turco. El aislamiento también

resultó en el opacamiento del brillo cultural de épocas anteriores, brillo que se debía a la afluencia de hombres de letras de variadas regiones. Las nuevas condiciones redujeron tal afluencia; otra ojeada a Brockelmann muestra que las grandes figuras desaparecen casi completamente durante la segunda mitad del siglo xviii³⁶. Los ulama de la importante tarigah neosufi de Ibrahim al Kurani (movimiento reformista análogo al wahabismo) fueron muriendo y sólo continuó su enseñanza hasta el siglo xix Salih al Fullani (1752-1803)³⁷. Los testimonios de Badia y Burckhardt sobre la esterilidad literaria de Heyaz, que viajeros posteriores desmintieron, debe referirse a la época de Galib. A ella también hay que atribuir el escaso brillo arquitectónico atestiguado. La música siguió ocupando un lugar secundario³⁸.

Serur y sobre todo Galib llevaron a cabo en Heyaz un proyecto político basado no en el compromiso con el poder imperial, sino en el desarrollo de un poder autónomo. La base material de este poder la constituían los ingresos mayores que el comercio proporcionó en la segunda mitad del siglo xviii, y que coincidió con la decadencia otomana. Ambos fenómenos se relacionan de alguna manera con el primer momento de la expansión europea. Cuando esta expansión tocó más de cerca las regiones del Mar Rojo, dejó de ser favorable a los jerifes y resultó en la destrucción de su experimento

Notas.

1. Albuquerque (1923), p.241-2; p. 233.

2. Ibn Iyas (1955), vol.1, p.106.
3. Braudel (1976) t.1, pp.770 ss; Hess (1970).
4. Jourdain, apud Pirenne (1958), p.55; Van den Broecke, apud Beckingham (1951),p.74.
5. Grant(1937), p.223.
6. Sobre la administración otomana de los magfs, además de la bibliografía general, v.Lewis[£].
7. Pankhurst(1961), pp.332 ss.
8. Raymond(1973-4) y (1979) desarrolla la idea del auge comercial del Mar Rojo aún después de la circunnavegación de Africa, idea que también apuntaba Braudel(1976), contra una tradición muy persistente. Issami(1970) trata el periodo de 1100 a 1850 como una unidad, caracterizada por una decadencia continua, lo cual hace muy poco útil su trabajo para la época que trato.
9. Brockelmann(1949), vol.2, pp.495-523.
10. Grant(1937), pp.199, 213, 241ss.
11. Fresse(1937).
12. Hogarth (1905) p.156-7, que cita al peregrino Abd al Karim (1741).
13. William Daniel y Jacques Poucet, citados en De Caury (1951), p.161.
14. Niebuhr (1772), p.350.
15. Sobre el café y su política, Rocque (1716); Labrousse (1964); Boxhall (1974); Chaudhuri [£].
16. Sobre el comercio de objetos europeos hacia Meyaz en el siglo xviii, Jomier (1953), apéndice; Raymond (1973-1974), pp.107 ss.
17. Sobre la circulación, Raymond (1973-4), pp.17 ss.
18. Sobre este eclipse de los indios en el siglo xviii, Das Gupta (1970).
19. Cezzar (1962), p.12 n.1.
20. Tuchscherer (1988).
21. Sobre Ali Bey, v. Al-Sayyid Marsot (1984), pp.10-16 y (1985), pp.45-49; Miet [£].
22. Raymond (1973-4), p.130.
23. Sobre esta expedición: Niebuhr (1772); Hansen (1964); Chelhed (1974).
24. Capper (1783), p.viii.
25. Abir (1971), p.190.
26. Capper (1783), p.viii.
27. Abir (1971), pp.189-190.
28. Grohmann [£].

29. Badia (1943), p.283, 292, 338.
30. Didier (1857), p.243.
31. Según puede deducirse de la lista de madrasas de Dohaish (1978), p.29, aunque no se dan fechas precisas.
32. Burckhardt (1829), cap.1.
33. De Gaury (1951), p.207.
34. Burckhardt (1829), cap.1.
35. Cezzar (1962), p.41 n.1.
36. Brockelmann (1949), vol.7, pp.495-523.
37. Voll (1980); Hunnwick (1984).
38. Farmer (1929).

Capítulo 4 Europeos y wahabíes.

El proyecto heyazí empezó a hacer agua ya en la última década del siglo xviii como resultado de grandes cambios en la situación mundial y regional. Mientras Galib fundaba su pequeña monarquía, otro monarca era decapitado en Francia y con ello iniciaba una serie de guerras cuyo efecto se hizo sentir hasta Arabia. La peregrinación y el comercio con la India sufrieron por las acciones bélicas en el Mediterráneo y el Indico, que incluyeron acciones de los corsarios franceses de Mauricio; el hostigamiento de los wahabíes agregó otros motivos de preocupación; al hambre por los bloqueos se agregaron las primeras manifestaciones del cólera. A partir de 1790 la situación financiera heyazí empeoró; Galib se vio obligado a abandonar su mansedumbre fiscal, aumentó los derechos de aduana, realizó ventas forzadas a los comerciantes locales con las mercancías que no había logrado colocar, impuso contribuciones extraordinarias y recurrió a confiscaciones¹. La situación se deterioró hasta conformar el panorama que describió Badía en 1807: pobreza general, despoblamiento de Meca, carestía de vida, individuos extraordinariamente flacos. La intromisión directa europea en la zona y la invasión wahabí habían para entonces empeorado la posición de Galib.

I

Las guerras napoleónicas en el Mar Rojo.

La campaña de Egipto tuvo su origen en intereses inmediatos y en concepciones geopolíticas más vastas². Durante el siglo xviii,

Francia se había transformado en el principal proveedor de artículos suntuarios a Egipto y este país a su vez en uno de los pilares del abastecimiento de granos, necesarios dado el crecimiento de la población francesa y la migración hacia las ciudades. La expedición napoleónica miraba a asegurar esa fuente de suministro. Existió también la intención de eliminar la dominación inglesa en el Indico, aunque al parecer los proyectos en este sentido se basaban en información deficiente; por fin, la ambición personal de Bonaparte tuvo su importancia.

Una vez dueños de Egipto, los franceses se vieron envueltos en el juego de los intereses del Mar Rojo e iniciaron una política destinada a volverlos a su favor; bajaron los impuestos aduanales en Suez y nombraron a un oficial francés para que se encargara de ellos; ofrecieron su protección a los comerciantes con intereses en Yedda y Yanbo, así como a los peregrinos; empezaron a construir una pequeña flota en Bulaq con la intención de trasladarla a Suez para dominar el Mar Rojo y capturar Cosseir, puerto al que se envió una misión. Se planeó una vez más un canal que comunicara el Mediterráneo y el Mar Rojo; se mejoró el puerto de Suez y se realizó un relevamiento hidrográfico de la zona.

En su estrategia antibritánica, Bonaparte mantuvo correspondencia con varios gobernantes musulmanes: los valis de Edirne y Trípoli, el bajá de Damasco, el sultán de Darfur, al Yazzar de Akka; también con los príncipes asomados al Indico: el imam de Mascate, el rava de Mysore, y el imam Galib de Meca. Los franceses parecen haber sobreestimado la importancia religiosa del

imam, y haberlo considerado un apoyo importante en la estrategia de presentarse como amigos de los musulmanes, e inclusive sus correligionarios. Bonaparte siguió enviando a Meca la surra tradicional, aseguró la protección de los peregrinos y el comercio mequí; algunos emisarios franceses llegaron a Heyaz.

Los ingleses acudieron, enviaron naves, ocuparon Perim, organizaron misiones diplomáticas. Las maniobras en el Mar Rojo fueron complicadas y muy indicativas del desacuerdo existente entre Londres y Calcuta así como de la ignorancia reinante acerca de Arabia y sus gobernantes; implicaron algún despliegue naval inglés, modesto pero desconocido en el Mar Rojo después de Albuquerque, y que sirvió para evitar un avance francés. Después de la retirada de Bonaparte de Egipto, la presencia inglesa disminuyó, consecuencia del pragmatismo de Calcuta³.

Hubo por algunos años alguna continuación del interés en Heyaz por parte de las cancillerías europeas, que motivó algunas misiones de espionaje: entre 1805 y 1811 visita Arabia Ulrich Jaspas Seetzen, botánico frisio al servicio de Rusia. Seetzen es el primero de una serie de viajeros, a la vez espías y eruditos, atraídos por Arabia. Su misión habrá tenido alguna relación con los planes de conquista del zar Alejandro, pero poco sabemos de ella, ya que sólo dejó tres cartas con noticias sobre su viaje, antes de morir en Taiz, quizás envenenado por un príncipe local⁴.

Por la misma época se sitúa la acción del español Domingo Badía y Leblich, que viajó por el Islam con el nombre de Ali Bey el

Abbasi y llegó a Yedda en 1807. Poco es sabido sobre su misión en Arabia: prácticamente lo que él mismo relata en su viaje. Es seguro que Badia comenzó su carrera en el Islam como espía al servicio de Godoy, en Marruecos; también es seguro de sus posteriores relaciones con Bonaparte y que estaba al servicio de Francia cuando su muerte en Damasco, en 1822, muerte que algunos atribuyen a la acción inglesa. Esta evidencia externa y algunas alusiones de su obra a los contactos que mantenía con los cónsules franceses permiten aceptar la difundida versión que lo presenta como espía al servicio del emperador, en momentos de fuerte presencia francesa en Egipto, a pesar del fracaso de la expedición de 1798⁵.

Otro enviado francés fue Lascaris, quien a partir de 1809 recorrió el norte de Arabia. Sabemos de la existencia de su misión por el apéndice del Voyage en Orient de Lamartine, que dice reproducir el manuscrito del compañero árabe de Lascaris. Es difícil discriminar la parte de realidad de tales noticias; si los objetivos que se atribuyen a la misión existieron realmente en la mente de algún funcionario francés (unir a los beduinos contra el gobierno turco), se trata de un prueba más del desconocimiento del mundo árabe entre tales funcionarios⁶.

Los ingleses, por su parte, enviaron al suizo Ludwig Burckhardt, cuyos viajes fueron financiados por la Sociedad Geográfica inglesa. Burckhardt visitó Heyaz en 1814-15, bajo la protección de Muhammad Ali, a quien poco le importaba que el suizo fuera un espía inglés, como insistían los franceses de El Cairo, que mostraron al bajá la edición reciente de los viajes de Badia

para convencerlo que prohibiera el viaje.

Con Burckhardt termina el periodo de espionaje de las Ciudades Santas. Las potencias europeas ya habían visto la poca utilidad que Heyaz tenía para cualquier proyecto en el área; se habían asomado a Arabia muy brevemente, y el interés que mostraron fue secundario: se tradujo sólo en algún apoyo brindado a personajes oscuros, que actuaron en gran medida por cuenta propia. La presencia europea tuvo de este modo escasas consecuencias directas: una serie de opiniones desenfocadas que continuarían influyendo en las cancillerías europeas hasta la primera Guerra Mundial, algunos roces entre comerciantes árabes y europeos. Más relevantes fueron las consecuencias indirectas: el colapso total del dominio otomano, y con él la intromisión wahabí y egipcia.

II

Roces con los europeos.

Galib parece haber jugado con habilidad entre otomanos, ingleses y franceses: tuvo comunicación con todos y extrajo algunas ventajas; en 1800 obligó a retirarse al último representante del padisha. Al mismo tiempo evitó hacer concesiones a los europeos: los ingleses solicitaron en 1801 abrir un emporio en Yedda, solicitud que les fue negada⁷; otros incidentes son significativos: alrededor de 1805, un capitán inglés lleva arroz a Yedda y, viendo su bajo precio, no lo quiere vender; el imam le exige de todos modos el pago de derechos, y al capitán sólo le queda la fuga como

recurso. En el mismo año, un barco propiedad de M. Petrucci, vicecónsul inglés en Rosetta, encalló en una roca; de acuerdo con antiguos privilegios, los habitantes de las cercanías, incluyendo al gobernador de Yanbo, se arrojaron sobre la carga, sin que el capitán pudiera obtener más satisfacción que un certificado de su desgracia, que tuvo que redactar el mismo Badía, porque los heyazies rehusaron con sorna hacerlo⁸.

Hubo algunos choques con los franceses. En torno a 1805, estos se apoderaron de algunos barcos del imam y de otros comerciantes heyazies, suscitando la ira de todos; lo mismo hicieron los franceses en la India con el cargamento de dos barcos de Galib, en represalia por una medida semejante del este, quien escribió una queja dirigida al gobernador de la Isla de Francia, ya que temía entrar en relaciones directas con Paris; su carta quedó sin respuesta¹⁰. Sin embargo, se trató de no llegar a un conflicto con el imam: los corsarios franceses del Indico respetaban sus barcos y Galib aprovechó de ello para ofrecer a comerciantes angloindios un transporte seguro para su dinero¹¹.

Los nuevos acontecimientos habían convulsionado las relaciones tradicionales en la zona, facilitando la iniciativa de individuos audaces. Es el caso del sayyid Muhammad Aqil, rico comerciante de Yedda que se convirtió en la punta de lanza francesa en el Indico. Miembro de una respetable familia yeddi que simpatizaba con los wahabíes, tenía propiedades e intereses en Mascate, Yedda, Mirbat y Moca y era dueño de navíos de construcción europea, tripulados por franceses, portugueses y daneses. Más tarde, entró en

relaciones con los franceses y de acuerdo con ellos inició sus actividades en el Mar Rojo, mezcla de comercio, diplomacia y piratería.

En 1805, Muhammad Aqil compró la isla de Kamaran del gobernador de Abu Arish, se trasladó ahí con tres oficiales franceses y planeó llevar albañiles de Mauricio para construir edificios. Al mismo tiempo compró casas en Hodeida y Luhayya y calló la boca a los gobernadores locales con grandes sumas.

Desde su base en Kamaran, Muhammad Aqil inició sus actividades piráticas: un navio norteamericano y otros de la India inglesa fueron sus víctimas; antes, habían llegado rumores de ataques a la tierra firme, hundimiento de dhows e incendio de aldeas. Las relaciones de Aqil con los wahabíes hacían de él un lazo entre estos y los franceses, alianza sumamente peligrosa para Gran Bretaña. El gobierno de Bombay se alarmó, hubo misiones diplomáticas para conseguir una acción contra el dueño de Kamaran, y por fin se decidió el envío de fuerzas navales. Estas llegaron tarde: los wahabíes, irritados con Muhammad Aqil porque no les había pagado el quinto de su botín, habían ordenado al gobernador de Abu Arish que ocupara la isla, capturara al mal vasallo y destruyera las fortificaciones por él construidas. Aqil huyó a Mauricio y no volvió al Mar Rojo (1806)¹².

Los wahabíes en Heyaz.a). Expansión de los wahabíes¹³.

Según M.Cook, el Estado wahabí nace, como otros en la época, en el contexto del despertar comercial, modesto pero real, entre el interior árabe y la costa. Ello proporcionó la base material de la expansión de los monarcas de Neyd. Varias consideraciones deben matizar la importancia de esta base: no vemos en las conquistas saudíes un aparato militar impresionante, sus victorias solían ser contra nómadas, o contra las Ciudades Santas, indefensas; la estrategia preferida era una de continuo desgaste económico, mediante algazúas, robos y corte de los palmerales, hasta que las víctimas accedían a ser parte del Estado wahabí; más tarde, contribuyeron a su independencia el aislamiento del desierto y la táctica de repliegue ante enemigos externos¹⁴.

Todos estos hechos nos hablan de un gran debilidad material en la base del reino saudí, materializada en el palacio de tierra apisonada que albergaba a los soberanos en Riyad hasta este siglo; de esta debilidad deriva la desintegración fácil que asechaba al reino bajo un monarca débil, y que obligaba a los miembros de la casa reinante a suplicar hospitalidad entre otros gobernantes. En este caso, cobra importancia la religión como elemento compensador de esta realidad, elemento creador y mantenedor del Estado, opuesto a las lealtades tribales, y que permite explicar un fenómeno tan insólito como la reinstalación, en varias ocasiones, de los saudíes en Riyad; probablemente también da cuenta de la victoria final de

estos contra los rashidies, wahabíes también pero de observancia más laxa.

El wahabismo nace en el doble contexto del debilitamiento del radicalismo chiita en el siglo xviii y del surgimiento de una serie de movimientos de reafirmación islámica: junto al más famoso, precisamente el wahabismo, encontramos el movimiento sanusi, las nuevas escuelas sufíes (Muhammadiya, Naqshbandiya, Jalwatiya, etc), y movimientos en Africa, Indonesia, Persia, etc. Entre las causas externas del fenómeno debe señalarse la situación del Islam, cuyos grandes imperios estaban retrocediendo ante el embate europeo, pero que al mismo tiempo continuaba expandiéndose como religión, y el intercambio de ideas entre jeques itinerantes de distintas regiones; sin duda hay muchas otras razones, y también deben considerarse tradiciones de reforma de época medieval, pero estos movimientos han sido poco estudiados, lo que limita la enumeración de las características comunes a todos ellos: rechazo de innovaciones, rescate de la tradición de Ibn Taimiya, formulación de un programa político, proselitismo en las campañas etc¹⁵.

b). La conquista wahabí de Heyaz¹⁶.

En el contexto de este renacimiento, el wahabismo representó una auténtica revolución que debía chocar con la herencia histórica de la región: el paganismo, el dominio turco y la penetración europea; los santuarios iraquíes y el sistema sociopolítico de las Ciudades Santas.

El wahabismo fue recibido en Heyaz con sentimientos mezclados:

mientras afectara a los beduinos y los pacificara, no era mal visto; tampoco su doctrina causó escándalo: el wahabismo tenía raíces comunes con algunas escuelas renovadoras heyazies, y más adelante se encuentran entre sus adherentes ulama mequies¹⁷. Sin embargo, la prédica wahabi, con su prohibición de innovaciones como el culto de santos y reliquias, conllevaba serios cambios que afectaban los medios de vida de todos; además, siglos de convivencia con lo sagrado habían hecho de los heyazies un pueblo poco amante de los rigorismos. Los predicadores wahabíes fueron rechazados y la consecuencia fue el enfrentamiento: a partir de 1790, se dieron innumerables choques entre ambas partes; en esta confrontación, los jerifes eran mucho más vulnerables: las caravanas de peregrinos eran sometidas a impuestos, lo que provocó una disminución en su número; los combatientes wahabíes combatían por recompensas celestiales, mientras que las tropas de los jerifes debían ser pagadas ahí mismo; las luchas internas entre los jerifes hicieron que elementos heyazies se unieran al enemigo, incluyendo miembros de la familia jerifial; los wahabíes no sólo carecían de respeto hacia los jerifes, sino que los consideraban herejes. Por fin, la intervención europea había introducido confusión, a partir de 1804 y 1810 sequías y hambre azotaron toda Arabia, y por primera vez hizo su aparición el cólera: Nayd pudo sobrellevar mejor esta situación, gracias al abastecimiento marino, mientras Heyaz quedó más vulnerable que nunca a un bloqueo.

Todo esto permitió a los invasores entrar en mayo de 1803 a

Meca; al año siguiente fue ocupada Medina y la tumba del Profeta fue saqueada; en 1806, los wahabíes volvieron a Heyaz para quedarse hasta ser expulsados por los egipcios. No era mucha la fuerza wahabí: les era posible efectuar algazúas continuas para fatigar al enemigo y ocupar ciudades indefensas, pero no tomar por asalto las mediocres murallas de Yedda (que fueron reparadas en ocasión de estos ataques), defendidas por un par de cañones y algunos soldados, ni mantener una posición: Meca fue recuperada dos meses después de su ocupación, tras la rendición de su débil guarnición, y Galib pudo obtener algunas victorias gracias a 150 soldados que le cedió el jeque de la caravana siria y un número de armas de fuego superior al de los wahabíes¹⁸; además, los saudíes tenían frentes más peligrosos entre las tribus del norte, que les impedían prestar plena atención a Heyaz; como consecuencia, el imam Galib pudo desplegar la tradicional flexibilidad de su familia, conservar su posición bajo el nuevo gobierno y mantener su autoridad en Suakin y Masaua, así como relaciones con los mamelucos y los otomanos.

A pesar de ello, el dominio wahabí no era fácil de sobrellevar: representaba la prohibición de vestidos de seda, música y sobre todo tabaco (el mismo imam fumaba a hurtadillas), así como la observación estricta de las obligaciones religiosas y la eliminación de los perros de Yedda; más grave, implicaba el cobro de impuestos en un territorio tradicionalmente exento y una amenaza a los medios de vida tradicionales: las rentas del tabaco, las actividades ligadas a las tumbas y reliquias, la fabricación y

venta de rosarios y el embotellamiento comercial del agua del Zemzem debieron desaparecer; el tráfico caravanero fue interrumpido, y las acciones bélicas implicaron el saqueo de santuarios (cuyo botín en parte rescató Galib mediante pagos a Ibn Saud)¹⁹ y del puesto aduanero de Qizan, que atesoraba grandes cantidades de café; los peregrinos disminuyeron debido al peligro de las rutas y al severo control de los wahabíes: estos alejaron a quienes no guardaban la conducta debida, y a grupos de "mujeres", tal como señala Badia con su pudor habitual²⁰. Ante la inseguridad, el transporte del mahmal egipcio se hizo por primera por mar en 1804; en 1806 los wahabíes, que lo consideraban acertadamente símbolo de una soberanía extranjera, lo quemaron; las sumas enviadas del extranjero fueron menores a las habituales. Todos los años, el piadoso Saud ibn Saud realizaba la peregrinación, lo que representaba una reafirmación de su dominio.

La presencia wahabí significó el naufragio completo del proyecto de Galib. Desde la aparición del peligro, este había buscado desesperadamente apoyos: en 1793 y 1798 envió embajadas al padisha, sólo para recibir en la última ocasión el ridículo aviso que temiera una posible incursión francesa: la supervivencia propia ocupaba más a la Puerta; Galib recurrió a los jeques de la caravana de peregrinos siria y egipcia, que colaboraron sólo al principio con algunos soldados turcos y marroquíes; Galib solicitó también el auxilio de dos barcos ingleses anclados en Yedda. Es visible en esto la precariedad de las defensas de Galib; Burckhardt menciona

varias veces al pasar cómo las guarniciones que el imam había establecido en sus fuertes huyeron ante el avance de los wahabíes. Frente a estos, sólo quedó el recurso al bajá de Egipto: el imam le escribió explicando cómo su apoyo a los wahabíes era forzado, y suministrándole información sobre las fuerzas enemigas. Terminaba así el primer proyecto de una monarquía heyazi autónoma.

Notas.

1. Badía (1943), pp.335-6; Burckhardt (1829), cap.1.
2. Los argumentos geopolíticos y el entorno francés de la expedición están expuestos en Silvera (1974). Las motivaciones inmediatas en Sayyid Marsot (1984 y 1985) y Gran (1979), cap.1.
3. Sobre las guerras napoleónicas en el Mar Rojo, Northcote Parkinson (1938); Abir (1965 y 1971); Ingram (1973 y 1978); Baldry (1980).
4. Las historias de la exploración dan noticias de la actividad de Seetzen: Hogarth (1905); Kiernan (1938); Pirenne (1958).
5. Sobre Badía dicen muy poco las historias de la exploración. Se le atribuye a menudo, no sé con qué fundamento, origen judío. El artículo de la EJ es breve hasta la ofensa. Instructivas son las noticias preliminares de Guillermo Díaz-Plaja y de J.Goytisolo a las eds. españolas de los Viajes, y la biografía de Casas (1943).
6. Lamartine (1850) expone los motivos de su viaje en p.328. Tengo muchas dudas sobre la mayoría de los detalles de este apéndice.
7. Abir(1971), p.195.
8. Badía (1943), p.336.
9. Badía (1943), p.285.
10. Badía (1943), pp.336-7.
11. Abir (1956), p.42 n.2.
12. Sobre Muhammad Aqil, Baldry (1980).
13. En general, sobre la historia saudí, Philby (1955); Winder (1965).
14. Cook (1989), que cita la tesis doctoral de Juhay sobre Neyd premanabí.
15. Levtzion & Voll (1987).

16. Para la historia de los mahabíes en Heyaz, Hurgronje (1888), pp. 138ss; De Gaury (1951), pp.191 ss; Philby (1955), pp.101 ss; Jomier (1953), pp.142 ss.
17. Brockelmann (1949), vol 2, pp.649-652; Hunnicks (1984).
18. Shaafy (1969-1973) menciona que tras la toma de Yedda se capturaron 2.500 armas de fuego del imam.
19. Burton (1893), t. I, p.369.
20. Badía (1943), p.299.

Capítulo 5
Muhammad Ali en Heyaz.

T
Motivos de la expedición de Muhammad Ali¹.

Los heyazíes no fueron los únicos afectados por la invasión wahabí; había sufrido el comercio del Mar Rojo y el que se desarrollaba a través del desierto. En el norte, las regiones sirias estaban sufriendo por la doble competencia de los ingleses en la India, que habían terminado con la exportación de artículos suntuarios sirios al subcontinente, y de los franceses, apoyados en cristianos locales, en los puertos de Levante; los wahabíes, que bloqueaban Arabia del norte y obligaban al pago de tributo a las caravanas, significaban un nuevo obstáculo, pero de parte de un enemigo más fácil de derrotar². Para la Puerta, representaba un grave desprestigio el hecho que unos beduinos hubieran prohibido la invocación del nombre del padisha en las Ciudades Santas. El sentimiento de las potencias europeas estaba dividido, como siempre lo estuvo respecto al movimiento wahabí: se lo veía con cierta admiración y se tomaban en cuenta las posibilidades de una alianza, pero al mismo tiempo se temía el carácter explosivo de su expansión.

El padisha veía útil la expedición, que en último caso le serviría para deshacerse de los wahabíes y/o Muhammad Ali; este, a su vez, podría ocupar a sus mercenarios albaneses molestos. Además, Arabia jugaba un papel en el proyecto dinástico de Muhammad Ali. Sus miserables poblaciones no constituían por cierto un mercado cautivo apreciable como el sirio, pero la península ofrecía alguna

posibilidad de botín y tenía una elevada importancia comercial, militar y estratégica. El botín consistía en las grandes riquezas que se suponía atesoraban el imam de Meca y el jefe saudí; había también riquezas reales, como las pesquerías de perlas de Bahrein y hombres reclutables; Muhammad Ali estaba familiarizado con un sistema militar en que los soldados eran esclavos provenientes de los territorios cristianos de Crimea y el Cáucaso, mercenarios curdos, albaneses o magrebies. En su época, el flujo de esclavos cristianos estaba cesando y los mercenarios albaneses se habían mostrado peligrosos; se planteaba el grave problema del suministro de soldados para los planes imperiales. Aunque Ibrahim creía en el valor militar de los egipcios, un ejército de fellahin no entraba en las concepciones de su padre; además, el campesino egipcio contaba con milenarias tretas para escapar a la conscripción: los informes consulares europeos señalan a menudo el gran número de individuos incapacitados para el servicio militar, porque han sido mutilados, por obra propia o de sus madres, o por ostentar el fraudulento tatuaje de una cruz copta; también señalan los cónsules la permanente penuria de hombres en el ejército egipcio. Muhammad Ali expresó claramente, en una carta a su hijo, los motivos que lo llevaban a la conquista del Sudán: lo que quiero es oro y negros para mi ejército, decía. Como Sudán, Arabia constituía otra posible fuente de reclutamiento³; además, la península contaba con regiones ricas en camellos y caballos, elemento importante en las batallas y que los beduinos suministraban de mala gana⁴.

Existían en la zona intereses egipcios tradicionales, amenazados de varia manera: el abandono de Suez en beneficio de Cosseir y la competencia europea y norteamericanas. Las casas egipcias ligadas al Mar Rojo estaban retrocediendo frente a las del Mediterráneo y la intervención estatal miraba a asegurar el equilibrio⁵. La expedición de 1811 fue confiada a Sayyid Muhammad al Mahruki, el principal comerciante del Mar Rojo, dueño de grandes inversiones en Meca: debía ocuparse de los aspectos políticos de la expedición y tratar con los beduinos de la costa del Mar Rojo; la alianza entre el bajá y los comerciantes se dirigía a mantener en sus manos el monopolio del comercio en el Mar Rojo, que peligraba, y a ampliar su alcance, extendiendo el comercio de manufacturas egipcias al Indico y sometiendo a monopolio el café yemení; en una carta a Neguib Effendi, su embajador ante la Puerta, Muhammad Ali expuso las líneas generales de un plan destinado a aislar el Mar Rojo de las vicisitudes bélicas: en caso de hostilidad entre Londres y Estambul, las naves comerciales en el Mar Rojo gozarían de neutralidad, Egipto pasaría del status de provincia al de Estado autónomo con lo cual podría abastecer sin problemas a Estambul y asegurar la peregrinación; después de la guerra, recuperaría su status de provincia⁶.

Todas estas motivaciones, y la dinámica interna de los grupos sociales egipcios que las percibían entraron de alguna manera en la hechura de la expedición.

Fracasos y éxitos.

El bajá de Egipto se enfrentó a los enormes problemas logísticos de los conquistadores que abordaban Arabia, y los acometió con empeño; organizó, con gran esfuerzo y la requisación de barcos de los comerciantes, una flota para el transporte de viveres y tropa; se hicieron necesarias cantidades de camellos y el terreno de Heyaz se vio incapaz de alimentarlos: treinta mil murieron entre 1811 y 1814 mientras las rutas de Heyaz quedaban sin una brizna de hierba al paso de los ejércitos, y cubiertas de camellos muertos; hubo que comprar más animales a Siria. El suministro de viveres también fue difícil, el arribo del ejército provocó la suba extraordinaria de precios que sufrió Burckhardt, y hubo que buscar viveres hasta el Sudán para embarcarlos en los puertos del Mar Rojo. La pequeña flota reunida debió trasladarse a Bombay para realizar reparaciones, ya que en Suez no había instalaciones adecuadas⁷. La primera expedición sufrió reveses; los beduinos recibieron dinero egipcio y después traicionaron; además, el bajá ordenó la captura de Galib, lo que hizo temer a los jerifes, que huyeron refugiándose entre las tribus. Frente a los wahabíes, el objetivo buscado fue el de destruir la unidad cimentada por ellos en el medio siglo anterior: triste es la descripción que hace Philby de la situación, basado en fuentes saudíes: se fomentó la discordia tribal y se trató de aterrorizar a las poblaciones, el ejército impuso todo tipo de contribuciones para vivir del país, y el despotismo empleado llevó por doquier la

ruina, la inseguridad y la desconfianza mutua. Las tropas turcas se mostraron descontentas: se les pagaba en piastras egipcias, cuyo valor disminuía un tercio en Heyaz, y se les prohibió volver a El Cairo para hacer valer su dinero, se vieron obligados a vender armas y ropa, a desertar; la noticia de las dificultades de Arabia hizo que los mercenarios albaneses, bosnios y turcos rehuyeran el envío a esa región.

De esta manera, dificultades, gastos, descontento y pérdida de prestigio fueron los primeros frutos de la expedición árabe, sin embargo Muhammad Ali persistió en sus propósitos; vio la necesidad de europeizar y aumentar su ejército; compró armas y recurrió a los oficiales y soldados desocupados que abundaban por el mundo tras las guerras napoleónicas⁸; envió también beduinos libios, acostumbrados a la guerra en el desierto; se ocupó personalmente de los asuntos de Arabia y más tarde envió a Ibrahim, que se reveló el verdadero artífice de las conquistas de su familia. Ibn Saud había muerto en 1814 y su hijo Abdallah no siguió el consejo dado en el lecho de muerte de no combatir a los turcos en el llano, fue derrotado y hubo luchas internas entre los saudíes.

Tras la victoria, gobernadores egipcios fueron instalados en Yanbo, Yedda, Meca y Medina; la guerra con el padisha y la ocupación de Siria reforzaron más aun a los bajáes y sus ambiciones se ampliaron: en la costa oriental pretendieron la soberanía de los territorios que antes habían pertenecido, aunque fuera sólo formalmente, a los saudíes, planearon incorporar Iraq para facilitar la comunicación entre las distintas regiones del imperio;

también hubo planes de un avance hacia Yemen de acuerdo con los turcos⁹. Los ocupantes disminuyeron su rapacidad y hubo mayor preocupación por asegurar la lealtad de poblaciones que se esperaba continuarían bajo el dominio de El Cairo. El poder de Muhammad Ali fue reconocido: el imam de Mascate le ofreció su alianza, el sha de Persia le envió una representación diplomática, un príncipe indio le nombró heredero de todas sus riquezas, como al único hombre capaz de salvar al Islam¹⁰. Del lado europeo, inclusive un crítico como Lamartine llegó a considerar al bajá como el misionero armado de la civilización occidental en Arabia¹¹.

III

Muhammad Ali y los heyazies.

Al mismo tiempo, Muhammad Ali trató de ganarse la adhesión heyazí: soportó con buen humor el trato familiar que los beduinos no tenían empacho en usar con aquel potentado turco. En Heyaz, si bien no introdujo grandes reformas, por ejemplo en la educación¹², impidió los abusos de los soldados, realizó reparaciones, distribuyó pieles, grano y dinero, suprimió pequeños impuestos, sobre todo el que gravaba el café y ayudó a los pobres implantando la costumbre, que se mantuvo en las décadas posteriores, de distribuciones de comida; ayudó a los ulama y, a pesar de su tibieza religiosa, realizó el havy, cosa que ninguno de los sultanes de Estambul había hecho, acompañado de su mujer. En todo se preocupó por crear un discurso oficial que versaba sobre su sentido de justicia y equidad.

La situación económica mejoró bajo el dominio egipcio. Las

peregrinaciones se reanudaron, así como el comercio, ahora aumentado debido a la necesidad de pertrechar a los ejércitos de ocupación; las descripciones que nos han llegado de distintos momentos de la ocupación egipcia subrayan el auge comercial: en 1814 Burckhardt asistió a las grandes operaciones de los negociantes de Yedda¹³; hacia 1826, Descoudray señala que desde la conquista egipcia Cosseir comercia con Yedda y existen en este puerto bazares con productos de Saba, Hadramaut, India, abundan los esclavos de Abisinia y Dongola, odaliscas de Georgia y Grecia¹⁴.

Esto no fue suficiente para ganar a Muhammad Ali un apoyo general en Heyaz; aunque su presencia significó la expulsión de los wahabíes y cierta prosperidad comercial, sus métodos chocaban con costumbres establecidas. La antigua familiaridad con el imam Galib, que hacía que los contribuyentes discutieran con él los impuestos a fijar, o que exhibieran sus riquezas sin temor a la codicia oficial, debieron ceder ante métodos más despóticos. Aunque se impidió que la soldadesca cometiera brutalidades, no se pudo impedir que engañara a los mozos de café; arquitectos egipcios reconstruyeron lo destruido por los wahabíes, pero con un gusto ajeno a la región. El monopolio de la importación de granos, que bajo Galib llegaban de Yemen y Neyd, pasó a manos de Muhammad Ali, quien hizo depender casi todo el suministro heyazí de los granos egipcios (el trigo y la avena, el arroz preferido siguió siendo el indio, y la durra se siguió importando de Yemen); con ello realizó grandes ganancias y tenía, según el rumor, una arma para el control de los beduinos, que solían abastecerse en las ciudades. Dio curso

obligatorio a su moneda, por lo menos en las ciudades, introdujo tasas arbitrarias y compras forzosas, y su gobernador Jursid tuvo la novedosa idea de contar y tasar las palmeras¹⁵. Compró los awqaf que las Ciudades Santas poseían en Egipto, pagando un tercio de su valor real (y aun este tercio, mal pagado)¹⁶.

Los jerifes poco podían hacer frente a un protector tan poderoso, que carecía de los miramientos del padisha y que sabía desplegar la mayor brutalidad en el momento necesario. El imam Galib intentó contemporizar, enfrentar a egipcios y wahabíes; retaceó su apoyo a Muhammad Ali y rápidamente se enfrentó con él; como el albanés no tenía tiempo para contemplaciones, sustituyó a Galib por Yahya ibn Serur, miembro de una rama rival de los jerifes, rama que se instaló desde entonces en el poder, con una excepción, hasta la caída del régimen jerifial. Los individuos peligrosos eran enviados a Estambul o a El Cairo, donde recibían un trato honorable; las rentas de Yedda pasaron directamente a la caja del bajá y Meca contó con un gobernador y una guarnición de Egipto. Los jerifes intentaron durante todo el periodo de la dominación egipcia recuperar espacios de poder, intrigando, organizando sublevaciones o interfiriendo con la expedición egipcia a Asir. Sin embargo, sólo la intervención de las potencias europeas pudo alejar a Muhammad Ali de Heyaz.

IIII

Muhammad Ali y los europeos.

El proyecto global de Muhammad Ali comprendía la utilización intensiva de militares y técnicos europeos, y estos hicieron su

aparición en Heyaz; los franceses Sève, organizador militar, y Chédoufau, cirujano en jefe de los ejércitos; varios italianos como Giovanni Finati, dictador de unas memorias a su regreso, ya que se había olvidado de escribir, el escocés Thomas Keith, que llegó a ser gobernador de Medina; el artillero Atkins; un ruso decabrista que, temeroso de la longa manus del zar, había renegado y se había construido en Hada una casa de estilo europeo, o los personajes encontrados por Descoudray en su viaje a Meca en 1826: Scotto, médico genovés constructor de un hospital militar; Dussap, médico y arquitecto francés, Giotti, tesorero corso que goza more turcico de un harem con seis regordetas mujeres. La mayoría de estos europeos eran conversos musulmanes y vestían al uso local, por lo que no se notaba especialmente su presencia, tanto más que la figura del renegado aún era común en las rutas del Islam; sin embargo, otros no lo eran y recibieron igualmente privilegios, como el de montar a caballo, e inclusive causó escándalo un médico italiano cristiano que había permanecido en Medina cuatro meses bajo la protección de Muhammad Ali; en cuanto a los otros, sus costumbres y afición al licor no parecían afectadas por su conversión.

La presencia de estos europeos no significó que sus gobiernos tuvieran injerencia en la región; las relaciones con Gran Bretaña estuvieron caracterizadas por un recelo mutuo: los ingleses impidieron que en 1811 una fragata egipcia (que constituía toda la flota en ese momento) se trasladara del Mediterráneo al Mar Rojo; la misión de George Forster Sadleir (1819) fue recibida con

hostilidad por Ibrahim Bajá¹⁷; en el sur, el peligro contribuyó a reavivar un viejo plan inglés de asentamiento, y llevó a la ocupación de Adén, que se pensaba utilizar, entre otras cosas, como baluarte contra una presencia egipcia en el Indico; en Yemen, Muhammad Ali no pudo hacerse del monopolio del café, ya que la importancia de esta región como productora cafetalera estaba declinando, y los yemeníes preferían de todas formas vender su cosecha a los barcos ingleses y norteamericanos; en el Pérsico, las pretensiones del bajá también chocaron con la protección británica a los pequeños jeques locales; por fin, la retirada de Heyaz fue un diktat de los ingleses temerosos de las consecuencias del proyecto global de Muhammad Ali.

Como contraparte, el bajá mantuvo el cierre del Mar Rojo: algunos barcos ingleses siguieron navegando las costas, estableciendo mapas y haciendo que sus oficiales descendieran para buscar curiosidades; la región fue relativamente segura para viajeros europeos. Sin embargo, las rutas del Indico tenían un papel importante en la estrategia de Muhammad Ali y los comerciantes egipcios que lo apoyaron; se trataba de cobrar costos de protección altos a los navíos europeos y de mantener los monopolios tradicionales. De este modo, la navegación europea estaba sujeta a la fiscalización inglesa; por otro lado, hacia 1830 los navíos del bajá llegaban a Arabia, Persia e India cargados de tejidos de las manufacturas estatales egipcias, acaparando el interés y relegando los productos de los ingleses; estos no podían reaccionar con violencia, ya que el bajá amenazaba con vender su

algodón únicamente a los franceses¹⁸. Burckhardt relata indignado la desventura de un barco inglés que en 1815 parte de Bombay rumbo a Suez, confiado en las promesas de Muhammad Ali a Gran Bretaña; en Yedda, el bajá local lo detiene y obliga al capitán a vender su cargamento. Los impuestos sobre los barcos fueron aumentados. Muhammad Ali se opuso de todas formas a los intentos ingleses de abrir una ruta por el Eufrates.

Fue la última reafirmación de una potencia regional sobre la navegación del Mar Rojo. La retirada egipcia, paralela a importantes desarrollos técnicos, significó el fin de la exclusión de los europeos.

Notas.

1. En general, sobre Muhammad Ali en Heyaz, Hurgronje (1888), pp.153 ss.; Sabry (1930); Roux (1936); Cattauí (1950); De Gaury (1951), pp.190ss; Philby (1955); Jamier (1953), pp.146 ss.
2. Gran (1979), pp.100-102.
3. Sobre las preocupaciones militares de Muhammad Ali proporcionan datos los informes consulares reunidos en Cattauí (1931) t. I, pte.1.
4. Cattauí (1931), I, pte.1, p.443.
5. Lamson (1992), cap.2 realiza un análisis de la dinámica social egipcia que habría llevado a la expedición. Utilizo de este análisis algunos datos, ya que su tesis general me parece muy hipotética.
6. Carta de M.Ali, reproducida en Sabry (1930), p.37, cf.p.36.
7. Farhi (1972).
8. Sobre las reformas militares de Muhammad Ali, Farhi (1972).
9. Sobre la estrategia de Muhammad Ali en Arabia, Kelly (1965); Farah (1990).
10. Roux (1936), p.100.
11. Hay que notar que Lamartine llama Arabia a todos los territorios habitados por beduinos, hasta las puertas de Siria.
12. Dohaish (1978), p.37.
13. Burckhardt (1829), cap.1.

14. Descourray (1829).
15. Burckhardt (1829), cap.1; Fresnel (1871), pp.115-6, 152
16. Burton (1893), t.I, p.359, n.1.
17. Edwards (1936).
18. Batou (1991), p.415, quien cita a M.Russel (1832) y a la revista alemana Ausland (1831).

Capítulo 6 El fin del aislamiento.

Junto al dominio egipcio, Arabia conoció a partir del segundo tercio del siglo xix grandes cambios cuyas manifestaciones son multiformes: el tráfico acrecentado de caballos, la difusión del arroz y las armas de fuego entre los beduinos; la formación de Estados; en conjunto, la vida material, social y espiritual de la península sufrió alteraciones que aún han sido poco estudiadas. De estas, el texto siguiente resume las que tuvieron significación para el área del Mar Rojo y de Heyaz en particular.

I

Comunicaciones.

Los cambios en la vida material y social eran ante todo función de la revolución en las comunicaciones que estaba llegando también al Mar Rojo, aunada al interés por esta ruta que produjo la ya irreversible hegemonía inglesa en la India.

Por varias décadas, las tres posibles pasajes entre Europa y el Indico contaron con defensores y detractores: la ruta del Cabo era defendida por grupos basados en Calcuta, puerto que, a diferencia de Bombay, no se beneficiaba con el atajo del Mar Rojo; el pasaje por el Golfo Pérsico y a lo largo del Eufrates fue el preferido por comerciantes parsis o políticos preocupados por el avance ruso. A pesar de ello, y de la voluntad de los gobiernos ingleses de mantener en uso todas las rutas, fue una tercera alternativa, el cruce por el Mar Rojo, la que fue ganando importancia a lo largo del siglo, especialmente tras el intento

fracasado de Chesney por abrir a la navegación de vapor el Eufrates, entre 1835 y 1837¹.

Las comunicaciones por la ruta del Mar Rojo fueron desde entonces incesantemente mejoradas; se introdujeron barcos protegidos por planchas de cobre e impulsados por vapor. En 1827, Mounstuart Elphinstone fue el primer gobernador de Bombay que regresó a Londres en un barco de vapor a través del Mar Rojo; los viajes se hicieron cada vez más comunes en los años siguientes; la poca autonomía inicial hizo necesarios depósitos de carbón intermedios, lo que llevó a la ocupación de Socotra (1834-5); pronto se comprobó la mediocridad de sus puertos y la abundancia de malaria, hecho que influyó sobre una nueva ocupación: Adén (1838). Para evitar los inconvenientes del último tramo, se solía navegar hasta Cosseir, luego atravesar el desierto, remontar el Nilo y proseguir la navegación desde Alejandría.

Los ingleses se ocuparon por hacer esta ruta segura: cavaron o repararon pozos, construyeron una serie de hoteles y casas cada una con ocho cuartos y un baño; además de prever el envío de coches, desde 1840 la Peninsular and Oriental Steam Navigation Company aseguró un servicio regular, que fomentó otros cambios: en 1840 se estableció un servicio de diligencias entre Suez y El Cairo, que fue sustituido por un ferrocarril en 1852; en 1859 se tendió un cable telegráfico entre Suez y Adén, que los corales y el calor inutilizaron pronto, pero fue sustituido en 1870; entre 1862 y 1863 el Mar Rojo tuvo sus primeros faros ².

Paralelamente avanzaba el conocimiento geográfico; tras las indicaciones muy aproximadas de Niebuhr (que un siglo después Palgrave aún tomaba en cuenta), el alemán Berghaus publicó una carta de Arabia más satisfactoria (1835) y el francés Jomard elaboró un Tratado Geográfico (1839), basado en noticias europeas y en una publicación turca de 1750, traducida al latín en 1815, que contenía información de primera mano sobre Arabia central; en 1841 la marina inglesa elaboró el primer mapa moderno del Mar Rojo.

En 1869 fue abierto el Canal de Suez, tras varias décadas de discusiones técnicas y políticas, y proyectos alternativos. Ibn Bishr, el historiador saudí, tuvo noticia de esta empresa, terminada, dice, en 1874; nos informa que ya Harun al Rashid había concebido un proyecto semejante, pero Yahya el Barmaki lo disuadió, ya que el canal habría permitido a los francos expulsar a los musulmanes de la Meca; se trata, evidentemente, de una interpretación nacida del incremento de la presencia europea en torno a esos años³. Suez representó, efectivamente, el comienzo de una nueva era en la que los europeos barrieron con la última defensa del aislamiento del Mar Rojo.

II

Intrusiones europeas.

A partir de Suez crecientes cantidades de barcos, de las más distintas nacionalidades, pasaron frente a las costas árabes; se abrieron numerosos consulados en sus puertos. Sobre todo a partir

del Tratado de Constantinopla de 1888, que permitía el paso de tropas por el Canal, las potencias europeas fueron capaces de una gran amplitud de maniobra. Ocuparon puntos en la costa, tras conquistas o compras de territorio a los señores locales; de este modo los ingleses, dueños de Adén, también poseyeron la costa sudanesa africana con Gordon y con Kitchener; lograron mantener hasta la primera Guerra Mundial el control de la navegación del Mar Rojo, pero debieron permitir que otros europeos intervinieran. Los franceses se asentaron en Obock y Yibuti y reivindicaron Sheij Said; la política francesa fue errática, destinada más a mantener una posición que a ocupar efectivamente. Los italianos iniciaron una activa labor de penetración, apoyada al principio en la compañía Rubattino & Florio, que compró la bahía de Assab, convertida en la base de la expansión al interior; los alemanes bregaron por conseguir depósitos de carbón e inclusive los rusos proyectaron la creación de una Nueva Moscú en la bahía de Tajura. Las rivalidades de los europeos se reflejaban en la amenaza de enfrentamientos en los mares árabes, por lo que eran frecuentes las medidas de defensa: envíos de buques y soldados, reforzamiento de las fortificaciones. Se perdió la impunidad de antaño: la expedición inglesa contra Teodoro de Etiopía en 1868 mostró las posibilidades militares de una potencia industrial que era capaz de transportar elefantes a Africa, así como la guerra ítalo-turca de 1911 dejó en claro la vulnerabilidad musulmana.

La actividad en el Mar Rojo era sólo una de las dimensiones del cerco europeo al Hejaz. La presión diplomática sobre la Puerta, la protección a las minorías cristianas en Siria, los tratados ingleses con los gobiernos del Golfo Pérsico completan el cuadro. No hay que ser profeta, señala Burton, para adivinar que en pocos años Gran Bretaña se verá obligada a ocupar la cuna del Islam⁴. Su misión en la zona era una misión de espionaje, aunque el Foreign Office y el gobierno de Calcuta se mostraron cautos y el financiamiento del Personal Pilgrimage provino de la Royal Geographic Society. En Francia, por el contrario, se ventilaban planes tremebundos; entre 1859 y 1861 Alejandro Dumas publicó una serie de relatos más o menos novelados sobre aventuras en Arabia, el material para los mismos provenía de algunos allegados a las operaciones de Muhammad Ali y encubrían un proyecto diabólico de alianza entre los franceses, un pretendiente saudita prisionero en El Cairo, los abisinios y el emir Abd el Kader, alianza que declarararía la guerra a los otomanos cuando estos, embarazados por los jefecillos de Tihama (también en la cruzada antiturca) se vieran en la imposibilidad de pagar sus cuentas a los franceses; esta hazaña compensaría la inacción de Luis Felipe⁵. Un eco de tales fantasías se encuentra en la misión de Palgrave (1862-3), jesuíta de familia judía pasada al anglicanismo, que respondía a un oscuro plan de (re?)conversión de los árabes al cristianismo e imposición sobre ellos el protectorado del Segundo Imperio⁶; en 1864 Carlo Guarmani, italiano al servicio de las Messagéries Impériales realiza otro viaje por el norte de la península.

Pese a lo anterior, y a recomendaciones periódicas de los cónsules, no se dio ninguna ocupación europea; los ingleses rehuían compromisos en Arabia: en el Golfo preferían el sistema de tratados, en el sur no se aventuraron fuera de las murallas de Adén hasta la primera posguerra. En Heyaz, las potencias europeas se hicieron visibles por su control de la trata y del cólera, por la penetración comercial creciente y por la presencia abultada de no musulmanes.

III

La trata.

La presencia africana en Arabia es antiquísima, pero parece haberse ampliado en época moderna debido a la conquista de territorios en Africa por parte de Omán y la mayor cantidad y concentración de riqueza; quizás también la apertura del Canal de Suez influyó, cuando la enorme cantidad de mano de obra requerida quitó brazos a la agricultura⁷. Muchos negros llegaban a Arabia desde el sur, y Palgrave notó cómo el color de la población se oscurecía progresivamente desde Neyd hacia Omán; desde la costa etiope provenían especímenes selectos: esclavas de piel permanentemente fresca y jovencitos transformados en eunucos con técnicas refinadas, cuyo detalle recogió Henry de Monfreid de labios de un esclavo galla salvado de la castración⁸.

La campaña abolicionista inglesa logró algunos éxitos en Omán, tras décadas de hipocresía de los agentes antiesclavistas locales. En Meca, el otro gran centro, el combate era más difícil; los esclavos blancos desaparecieron en el curso del siglo, aunque

Hurgronje vio aún ejemplares circasianos en la década de los ochenta; en cuanto a los negros, el abastecimiento era de control arduo, había una trata importante encubierta en la peregrinación: esclavos llevados para ser vendidos y pagar los gastos de viaje; negros libres que eran atraídos con engaños y se convertían no en hayvis sino en mercancía; respetables padres de familia que acudían a las Ciudades Santas y declaraban en los puertos de embarque el acompañamiento de sus esposas e hijos negros; luego vendían a sus presuntos hijos y embarazaban a sus esposas para volver con el mismo número de acompañantes, amparados en la vaguedad de los controles. Además, la inaccesibilidad de Meca para los europeos convertía su mercado en el último reducto de la venta de esclavos.

Hubo por ello una repetida intervención inglesa. En 1855 la Puerta prohibió la trata en todo el imperio, lo cual condujo a una rebelión en Yedda y a la necesidad de la intervención de Estambul. Por varios motivos, la acción inglesa resultaba odiosa e incomprensible: con sinceridad preguntó un árabe a los Blunt qué relación podía haber entre la filantropía y la campaña antiesclavista, que se pensaba estaba destinada a arruinar el Islam. Como en otras regiones, la campaña fomentó la corrupción de parte de los encargados locales de impedir la esclavitud, y piratería encubierta por parte de los barcos ingleses. Los negreros mostraron gran variedad de recursos para eludir el control: el desembarco de esclavos en costas alejadas sobre el desierto y su transporte en caravana a Heyaz; en los barcos sometidos a inspección, los negros eran ocultados y para que no revelaran su

presencia se les decía que los blancos leprosos los buscaban para devorarlos; si bien hubo una reducción gradual de los esclavos, el mercado de Meca siguió floreciendo hasta el siglo xx⁹.

LIIL

El cólera.

En la primera mitad del siglo xix el cólera, una enfermedad hasta entonces endémica en Bengala, empezó a extenderse por el mundo, sobre todo gracias a las mayores facilidades de comunicación. Por varias razones, Heyaz fue vista como una región clave en el desarrollo de la epidemia.

El hecho es fácilmente comprensible hoy, gracias a los conocimientos sobre la naturaleza del cólera y su transmisión; las Ciudades Santas congregaban muchedumbres de individuos malnutridos que ignoraban precauciones higiénicas mínimas, en un espacio propicio al contagio: no satisfecha con tocar y besar la Piedra Negra, la grey piadosa solía lamberla, a pesar de la prohibición de los ulama; contribuían al contagio también las abluciones en una pila de agua mugrienta, situada en el camino hacia Mina; los sacrificios rituales en esta localidad, que conllevaban la rápida putrefacción, con el calor árabe, de esa carne que llegaba cansada al matadero; la falta de agua, de letrinas y de desagües; los entierros a ras del suelo de quienes morían en el camino, etc.

Si bien estas condiciones eran seculares, se revelaron especialmente dañinas en el siglo xix. Hubo entonces mayor afluencia de peregrinos, sobre todo provenientes de las regiones

del cólera. También la difusión de la enfermedad hacia el norte se vio facilitada por las novedades en el transporte: tradicionalmente, las largas caravanas servían como cuarentena, los portadores de la enfermedad morían por el camino y rara vez el contagio atravesaba las grandes distancias; desde el advenimiento del vapor, el cólera salía rápidamente de la India y de Arabia para recorrer el mundo.

Las potencias se alarmaron tanto por sus territorios europeos, como por sus posesiones coloniales, que englobaban varios millones de musulmanes. En 1851 se celebró en París una conferencia internacional sobre el cólera, a la que siguieron otras en 1866, 1892, 1894, 1897 y 1903, que aprobaron la adopción de varias medidas: exámenes médicos a los peregrinos, establecimiento de puestos cuarentenarios, esterilización del agua del Zemzem, etc.

Sin embargo, sólo en 1913 el cólera desapareció de Heyaz; como en el caso de la trata, la intervención europea causó recelos pero pocos resultados. Los culpables eran todos: el control del cólera era objeto de disputas entre el imperio otomano, las potencias europeas y el movimiento nacionalista egipcio. La Puerta unía a su habitual parsimonia mala disposición para acatar disposiciones de los europeos; los ingleses desconfiaban de las cuarentenas, tanto por motivos científicos (los sostenedores de la teoría que veía el origen del cólera en un miasma las ridiculizaban como rezago medieval y papista) como por la demora que hacía sufrir al comercio; los franceses, dueños de colonias musulmanas al norte de Suez, querían que todo barco fuera objeto de una cuarentena al entrar a este puerto. Los europeos lograron imponer el puesto

sanitario de Tor (bajo control angloegipcio) sobre el de Uey (bajo control otomano), pero ello no significó una mejor sanidad: los médicos de los puestos de cuarentena contaban escrupulosamente los peregrinos (porque cobraban en proporción a los mismos), pero se mostraban menos atentos en el control médico, despóticos en el trato y dispuestos a eximir, tras el pago de una propina, de exámenes molestos o humillantes a los humildes (ya que al parecer los pasajeros de primera clase eran inmunes al contagio y estaban exentos de cuarentena)¹⁰.

V

Comercio.

La penetración de manufacturas europeas en Arabia tenía una larga tradición, pero en la segunda mitad del siglo xix aumentó y fue consecuencia de un comercio directo, ya no debido al pequeño tráfico de los peregrinos o a intermediarios egipcios o sirios. La mayoría de los productos venían de Gran Bretaña y sus dominios indios, aunque para fines de siglo Austria-Hungría, Holanda e inclusive Italia y Francia entraran en competencia; se menciona la poca presencia de objetos alemanes, pero hay que recordar que el prestigio de las manufacturas inglesas hacía que los industriales alemanes hicieran pasar por tales sus productos. Es fácil encontrar listas de estas mercancías: telas y ropa, porcelanas, vidrio, cuchillería, armas, etc. provenían de Europa; de India llegaba arroz, té, azúcar, pero también textiles, armas, cuchillería y vidrio¹¹. Dada la idiosincrasia de la región, la mayor parte de los productos eran de consumo y de lujo; los ricos compraban gustosos

los artículos que les ofrecían los catálogos; las casas donde se alojó Didier en Taif contaban con muebles, vajilla y manjares europeos y había quien se vestía a la europea; los productos europeos llegaban hasta el desierto, el pobre beduino soñaba con comprar para él y su mujer la ropa y las armas de los francos; Burton aconsejaba llevar joyas de Birmingham para captar su benevolencia¹²; el jeque rashidí pudo deslumbrar con objetos del mismo origen a los esposos Blunt, que en Yebel Shammar vieron por primera vez un teléfono europeo.

Tal invasión de manufacturas afectó una producción local que ya era escasa; durante su estadía, Snouck Hurgronje redactó una lista de las artesanías de Meca que aún quedaban; predominaba la cerámica y había cesterías de los takruris, tejidos beduinos y shishas; todo era de consumo local y los pocos objetos exportados, peines y rosarios, lo eran por su valor religioso y no material. Cada vez más, concluye el autor, los productos indígenas son desplazados por los europeos, llamados localmente "turcos"¹³.

La inundación de productos extranjeros estuvo acompañada de la decadencia de la estructura comercial heyazi. En un principio, las nuevas condiciones favorecieron el puerto de Yedda: el tráfico importador de Moca había quedado absorbido por Adén, pero este puerto se hallaba fuera del Mar Rojo y era de acceso difícil, por lo cual Yedda y los puertos de Hodeida y Loheia, dependientes de aquel, se convirtieron en los centros de la importación del Mar Rojo¹⁴. En los comienzos del vapor, la necesidad de un abastecimiento frecuente de carbón hizo que los barcos siguieran

abordando Yedda regularmente en su marcha hacia el norte. Más tarde, sin embargo, se pudo evitar este anclaje: los vapores adquirieron mayor autonomía, su creciente maniobrabilidad permitía vencer las corrientes y bordear los escollos de coral, con lo cual se dio la posibilidad de abordar otros puertos.

Algunos sectores del comercio pudieron ser defendidos de la masiva competencia extranjera. Los comerciantes locales usaban de varias formas de hostilidad legal, y el comercio estaba regido por costumbres que lo entorpecían: "La prisa es de Satanás", rezaba uno de los proverbios favoritos y, de acuerdo con él, toda operación requería de un regateo de horas, interrumpido por ofrecimientos de café o tabaco; muchas ventas eran por subasta y, por lo menos para algunos gremios, existía supervisión de las autoridades. Todo esto, y la incomodidad de la región hacía imposible para un extranjero negociar sin el auxilio de intermediarios nativos, y los europeos se lamentaban de que imperara el fraude y de que los contratos no fueran respetados.

Los europeos pudieron dominar el gran comercio e introducir sus mercancías abundantemente mediante intermediarios, pero los capitales del comercio local siguieron siendo musulmanes; a mediados del siglo el comercio de Yedda estaba en manos de algunos individuos riquísimos, generalmente hadramíes de origen muy pobre; su influencia hacía que pudieran oponerse al bajá otomano; destacaba entre ellos Farek Yassir, hijo de una esclava, famoso por su tacañería, dueño de barcos de vela y vapor, que podía comprar cargamentos enteros para aplastar a la competencia¹⁵. En 1880 sólo

había en Yedda cuatro casas comerciales en manos de extranjeros, una española, una inglesa, una holandesa y otra austrohúngara¹⁶; el interior del país estaba prohibido. Del mismo modo los navegantes árabes pudieron competir ventajosamente en el tráfico local, practicado con barcos primitivos pero de bajísimo costo, con tripulación muy poco exigente y en parte esclava, que podían atracar en cualquier playa y pagaban poco por el uso del Canal, aunque lo usaban abundantemente desde el principio: en 1869 pasaron 940 barcos árabes frente a 145 europeos¹⁷.

VI

Residentes y cónsules europeos en Heyaz.

La mayor actividad de los europeos hizo necesaria una presencia consular en Heyaz. Para Gran Bretaña, la cuestión vital era conservar la libertad de circulación por el Mar Rojo y la defensa de los derechos de sus súbditos; controlar la trata negrera y el cólera; en la India había varios millones de musulmanes a los que había que garantizar un mínimo de protección y al mismo tiempo fiscalizar, ya que no se podía impedir, la peregrinación. Hacia 1835 hay actividad consular inglesa en Heyaz. También Francia en Magreb y Holanda en Indonesia controlaban una amplia población musulmana aunque mostraban poco interés por ella: cónsules franceses como Rochet d'Héricourt o Lostalot parecen haber sido ignorantes del medio y de su lengua y más dispuestos a buscar provecho o fama personal que a cumplir con sus funciones; en Holanda, sólo la prédica enérgica de Snouck Hurgronje consiguió que

se instalara un consulado en Yedda y que se dotara con personal capacitado, como él mismo y su discípulo y sucesor Van der Meulen. Con los años, la categoría de los puestos consulares de Yedda aumentó, así como el número de países representados, de modo que para 1880 había también representantes de Holanda, Suecia y Persia¹⁸; a principios del siglo xx se habían agregado los de Austria-Hungría, Italia, de Bélgica y de Rusia; estos últimos combinaban sus funciones consulares con las de agentes de compañías de navegación¹⁹. Yedda empezó a ser llamada la "ciudad de los cónsules", bilad al kanasil.

Junto con los cónsules aparecieron otros residentes europeos. Estos habían sido siempre escasos. Los ingleses usaban de agentes indios para sus operaciones; los colaboradores de Muhammad Ali pasaban inadvertidos debido a la adopción del traje local. Hasta las primeras décadas del siglo los europeos eran discriminados, estaban confinados a un islote contiguo al puerto, para no contaminar el territorio sagrado, y las mujeres que osaban tener relaciones con ellos eran rapadas, cubiertas de carbón y paseadas en burro por las calles.

Hubo paulatinamente mayor tolerancia, por lo menos en Yedda; se les permitió asentarse en la ciudad y más tarde pudieron salir de las murallas y llegar a Taif y al oriente de Meca sin correr el peligro de ser masacrados por los beduinos; consiguieron tener un cementerio común, al cuidado del representante francés y costado alternativamente por los otros cónsules, adquirieron el permiso de tener propiedades en Yedda; donde en 1855 se vio por primera pasear

a una europea, la esposa del conde de Gobineau²⁰. Hubo también, junto a las tabernas griegas tradicionales, dos o tres cafés europeos, uno de ellos con billar.

Esta mayor apertura no significó un flujo muy abundante de cristianos. La llegada de Didier a Taif fue un acontecimiento del que nadie recordaba antecedente; la bandera francesa era desconocida en los puertos del Mar Rojo a principios del siglo xx. Ejemplos de la ignorancia que reinaba sobre los países de los francos fueron recogidos en distintos momentos y lugares; entre otros, Hurgronje recuerda las creencias sobre esos seres de aspecto leproso, que no podían mirar al cielo a causa de su impiedad (y por eso usaban sombreros de ala ancha), y morían siempre en sábado y sin dolor, para entrar más fácilmente al infierno²¹. Aun en Yedda el número de cristianos era escaso: Batanuni en 1911 habla de unos cien, la mayoría armenios²²; otro autor eleva la cifra a doscientos. Yedda nunca dejó de ser un lugar de castigo; las descripciones señalan su suciedad, su carencia de agua, sus olores, clima horrible e incomodidad; no había bancos, en el sentido europeo del término, e imperaba la usura; música y cantos eran mal vistos; el espacio reducido dentro de las murallas obligaba a construir hacia arriba y encarecía la vivienda; los alimentos también eran carísimos.

VII

Indios, griegos y otros intrusos.

La presencia de indios en Heyaz es de antigua data²³. En el siglo xviii sufrió un eclipse, pero durante el xix aumentó como

parte de un fenómeno general en todo el Indico. Eran musulmanes, los khojas, o hinduístas, los banianos. Grupos importantes de comerciantes, prestamistas o artesanos indios se beneficiaron de la protección británica a sus personas y propiedades, de las tarifas aduaneras preferenciales de los súbditos británicos, de las mayores facilidades de comunicación y del auge que ciertos productos indios empezaron a tener, como telas, trigo y arroz, y sobre todo algodón durante la guerra de Secesión norteamericana. Los puertos del Golfo Pérsico y de la costa oriental africana, e inclusive ciudades del interior tuvieron comunidades indias cada vez más numerosas e influyentes, que monopolizaban las principales actividades económicas, como el comercio internacional, el tráfico con los beduinos o la pesca de perlas: Adén y su área, Berbera, Zeila, Tajura, las islas Dahlak, Massaua, Assab, Mascate, Bahrain, Kuwait, etc. Varias fueron las consecuencias: la extensión del área de la rupia, la difusión del hindustani y de comidas y costumbres indias. Yedda participó de este fenómeno general, pero también el interior: en Meca e inclusive Medina y Taif las menciones de indios abundan; el vicecónsul inglés era siempre un musulmán indio, e indios también eran otros empleados, los comerciantes más ricos e influyentes o paupérrimos mendigos; se abrieron escuelas indias en Meca; para 1910, la rupia era la moneda más usada en Yedda, y la mayoría de los productos vendidos en ese puerto provenían de la India. Los banianos, como suelen ser las minorías, eran mansos, eficaces y de estrecha solidaridad; rara vez residían en el lugar, preferían trasladarse para sus operaciones anuales y desplazaron a

los árabes en muchos terrenos; naturalmente, eran despreciados como politeístas; los musulmanes también, porque se consideraban de religiosidad superficial; T.E. Lawrence señala la falta de discriminación hacia los negros entre los árabes, que reservan su desprecio para los indios²⁴.

Los potentados griegos habían tenido un papel importante en la economía otomana; en el siglo xix desaparece la influencia griega sobre la gran política, pero al mismo tiempo hay una invasión de griegos dedicados a pequeñas actividades a lo largo del Mar Rojo²⁵: guardianes de faros, pescadores, dueños de tabernas infames, pequeños comerciantes, aventureros e inclusive un corsario durante la guerra de independencia griega. Badia encuentra a unos treinta en Suez, con su iglesia y su papa; el número ha crecido a mediados de siglo: uno de ellos es vicecónsul de Francia, sin saber francés, aunque sí árabe; la construcción del Canal los favoreció, aunque también significó la competencia con otros pobladores europeos; sin embargo, estos se fueron una vez finalizadas las obras, y los griegos quedaron dueños del campo. Otros viven en Tor, donde tienen una iglesia sucia y se muestran tan maleducados que hacen añorar a los árabes y aun a los turcos (eso dice Didier). El viejo monasterio de Santa Catalina se benefició con la mayor libertad y seguridad, así como con las mayores oportunidades económicas; lugar de visita obligada, cuenta con numerosas descripciones: siempre Didier, relata cómo los monjes obligaban a sus huéspedes a comprarles rosarios hechos con trozos de viejos hábitos, anillos,

etc; presentaban una detallada cuenta por los servicios prestados (abrir una puerta, mostrar los iconos, etc); además, era costumbre que los turistas dejaran una dádiva a la partida y parece que también era costumbre de los monjes estallar en gritos escandalizados, en italiano y con el dinero ya en el bolsillo, ante la supuesta pequeñez de la suma, cualquiera esta fuera. En Yedda los griegos abundaban, sus personas gozaban de la protección del cónsul francés, mientras sus negocios se amparan en el inglés; en mayor o menos número, había griegos en todos los puertos del Mar Rojo, y más allá, hasta Sudáfrica, constituyendo la clientela de los numerosos periódicos Jronos, Fotos o Jairós, que se publicaban en Alejandria o El Cairo²⁶.

El fenómeno hace parte de la diáspora general del proletariado mediterráneo expulsado por la modernización y atraído por las tierras de levante donde las restricciones hacia los cristianos habían desaparecido; también se había levantado la barrera de Suez, lo que permitió las incursiones de pequeños intérlopes y una migración de la rica fauna marítima del Mar Rojo hacia el Mediterráneo, en cuya persecución se acercaron cada año más al Mar Rojo pescadores italianos, malteses y griegos²⁷.

Hubo también otros visitantes no musulmanes: armenios, judíos europeos, o chinos como aquel Mr. Ki que conoció Monfreid, dueño de veinte barcas que vende a los árabes cerillos, tabaco o anzuelos, pero cuya principal actividad es la pesca del molusco afrodisíaco llamado en Asia oriental trepang, y en los mares de Arabia conocido con el nombre más ilustrativo de zobb al bahr.

Notas

1. Sobre las alternativas técnicas y políticas que llevaron a la utilización de la ruta del Mar Rojo y el abandono de la del Pérsico, Grant (1937), pp.245 ss.; Farnie (1969), cap.2; Yapp (1989).
2. Sobre estos cambios técnicos Farnie (1969), cap.2; sobre los trabajos de exploración ingleses, Bird (1835).
3. La evolución técnica y sus correlatos políticos están tratados en Farnie (1969); Yapp (1989) sobre la ruta alternativa por el Eufrates. La cita de Ibn Bishr en Philby (1955), p. 221; otros autores reproducen esta tradición sobre Harun al Rashid.
4. Rurton (1893), t.II, p.231, n.2.
5. Piranne (1958), pp.261-2.
6. Braude (1965).
7. Munzinger (1890), pp.15ss.
8. Monfreid (1932), pp.83 ss.
9. Ochsenwald (1980), más o menos repetido en Ochsenwald (1984); Hurgronje (1970), pp.11 ss. Hadji Khan (1905), pp.299 ss.
10. En general sobre la expansión del cólera McNeill (1976), pp.230 ss. Sobre el cólera en Meyaz se escribió mucho en el siglo pasado, material que resume Duguet (1932). La política sanitaria es objeto de los estudios de Roff (1982) y Essner (1992).
11. Las descripciones son comunes, cf. Issami (1966), cap.4, que reproduce dos informes consulares ingleses.
12. Burton (1893), t.II, p.115.
13. Hurgronje (1888).
14. Munzinger (1890), p.84.
15. Munzinger (1890), p.82.
16. Spamer (1876), s.v. "Dschidda".
17. Farnie (1969), p.102. La navegación tradicional árabe es la descrita en las novelas de Henry de Monfreid, y ha sido estudiada en nuestros días por A. Villiers.
18. Beccari (1880), p.42-3.
19. Kazem Zadeh (1912), p.171.
20. Gobineau (1923), p.68.
21. Hurgronje (1970), p.39.
22. Batanuni, cit. en Dohaish (1978), p.12.
23. Sobre la expansión india en el Indico, Pankhurst (1974). En el Golfo Pérsico, describe un proceso paralelo Landen (1967), pp.131-148.
24. Lawrence (1963), pp.120 y 658; este prejuicio parece haber contagiado a Lawrence, como manifestó durante su estada en Karachi, Aldington (1954), p.308.

25. El nombre de griegos simplifica la realidad: malteses, albaneses y eslavos de vario origen compartían esta denominación con individuos de las islas jónicas y egeas, de la península helénica y anatólica.

26. Radia (1943), p.275; Didier (1857), p.31, 79.

27. Farnie (1969), p.398.

Capítulo 7
Recortes de la autonomía

En 1840 el proyecto económico militar de Muhammad Ali debió ceder ante las fuerzas combinadas del imperio otomano y sus aliados europeos; ello significó la retirada del gobierno más fuerte que hasta entonces se había experimentado y el retorno al control de la Puerta; la debilidad en que esta se encontraba hacía prever un regreso al régimen privilegiado del siglo xviii; sin embargo, el entorno había cambiado y el regreso se reveló imposible; el aislamiento de Heyaz había sido superado por la técnica europea, y con ello el monopolio comercial mantenido por siglos desapareció; también las técnicas europeas permitieron el remozamiento del Estado otomano, el cual reforzó su presencia en aquellas áreas que habían escapado anteriormente a su control.

I

El vacío de poder.

La retirada egipcia de Heyaz se dio en un momento de graves convulsiones en el imperio otomano: guerras desgraciadas, crisis institucionales, dinásticas y económicas que llegaron a desorganizar todos los aspectos de la vida pública. Varios observadores señalaron la debilidad otomana a mediados de siglo: según Burton, Heyaz representa un pésimo negocio, continuado sólo por razones de prestigio; el cónsul francés comentaba que los turcos carecían de la mano fuerte de Muhammad Ali y habían dejado escapar el poder¹. Esto se tradujo en desorden interno, la recuperación del poder de los jefes y la intromisión extranjera, europea y egipcia.

Cierto grado de anarquía había caracterizado siempre la situación heyazí, pero la retirada del ejército egipcio agudizó el desorden; el poder de los jefes había sufrido, muchos europeos habían hollado el suelo sagrado; todo resultaba en la desorganización de las estructuras tradicionales de la vida heyazí. Los otomanos no pudieron restablecer el orden y una situación confusa reinó por algunos años; el primer contingente turco sólo llegó en 1845. La defensa de las caravanas, las rutas y las ciudades se revelaba insegura; tradicionalmente, las caravanas habían tenido una escolta de jenízaros, la desaparición de este cuerpo llevó a varios intentos de sustitución por reclutas de otras regiones del imperio, o mercenarios; los primeros, campesinos sirios o montañeses drusos, alavíes o metualíes, se revelaron inservibles o reacios; los bachibuzuk, mercenarios albaneses, bosnios, curdos o húngaros (náufragos estos del 48), estaban siempre dispuestos al motín y a surtirse en los comercios sin pagar; se decía inclusive que mataban impunemente por cualquier minucia, mientras sus jefes se enriquecían ilícitamente y mostraban la mayor ignorancia de la provincia que regían². Todos los soldados eran pagados muy irregularmente, lo que los obligaba a pedir limosna, cometer desmanes u ocupar los pozos de agua y hacer que los peregrinos pagaran por ella.

Todo ello era consecuencia de la bancarrota del Estado osmanlí, que no tenía dinero para comprar la paz y se veía obligado a medidas extremas, como un préstamo forzoso exigido a los comerciantes de Yedda en 1853, del cual el cónsul inglés logró

exceptuar a los indios³. Tampoco había fuerza militar; los otomanos eran incapaces de controlar a los beduinos que atacaban caravanas y poblados: Didier vio por el camino a un destacamento de soldados turcos que se dirigía a Medina a recoger una pieza de artillería solicitada por el imam al bajá de Yedda para castigar una tribu rebelde; tales trámites entorpecían la defensa, el aparato militar era inoperante y sólo cabía el esfuerzo de parlamentar⁴ o de emplear la traición invitando a los jeques a banquetes de los que no salían vivos; tales traiciones, y riñas entre soldados turcos y beduinos, llevaron en esos años a situaciones de guerra, donde los turcos salían malparados y obligados, así decían para ocultar su debilidad, a "arrojar un bocado al perro que ladra"⁵. En las ciudades, se desarrollaban guerras feroces entre los distintos barrios; durante la guerra de Crimea fue posible a un comerciante indio de Cabul armar un ejército particular, enrolando a mendigos y otros desesperados con la fortuna que había acumulado, y marchar con ellos a la guerra⁶.

Los jerifes no dejaron de beneficiarse con esta situación; el imam de la transición fue Muhammad ibn Awn, hombre hábil y valiente, al que sucedió Abd al Muttalib, monarca despiadado, pero de gran talla política, hijo de Galib. Los primeros gobernadores turcos dejaron en sus manos, como era costumbre, las cuestiones relativas a la peregrinación y al trato con los beduinos. Además el imam podía oponer a los turcos las otras potencias que habían ganado presencia en la zona, egipcios e ingleses. Estas circunstancias permitieron a los jerifes cierto papel

independiente; en los primeros años, recuperaron el dominio de su territorio; en el sur, recibieron de la Puerta el control de Tehama y utilizaron hábilmente su influencia y las fuerzas ajenas, turcas y egipcias, para realizar sus ambiciones y firmar un tratado con Asir delimitando los territorios. El prestigio de ibn Awn le permitió mediar entre los wahabíes y el emir de Abu Dabi, durante una corta visita que realizó al Golfo Pérsico⁷. Los emires de Meca ganaron a su dominio algunas tribus antaño wahabíes y en Hail alentaron la formación del emirato autónomo de los rashidíes. En lo interno ejercieron su rapacidad habitual sobre individuos o familias ricas⁸. También se los acusaba de hábiles intrigas: ocultamiento de la correspondencia entre Yemen y Estambul, y tratos con los europeos, que bajo el reinado de Hussein (1877-80) visitaron con frecuencia Taif⁹.

II

Presencia egipcia.

Por una disposición de los tratados de 1841, los bajáes de Egipto debían suministrar anualmente cuatrocientos hombres para servir en Arabia;; fuerzas armadas egipcias continuaron en la zona hasta 1892. Además, los egipcios conservaban alguna popularidad (alimentada con donaciones a los habitantes de las Ciudades Santas) y el control de los suministros de víveres. Abbas Hilmi I (1848-1854) tuvo una política árabe, basada en las dificultades de la Puerta con Rusia y destinada a obtener para su hijo, casado con la hija del padisha, el pachalik de las Ciudades Santas; tal objetivo lo llevó a favorecer la fuga de Feisal el saudí de su prisión

carretera y a reforzar la presencia egipcia en el Sinai, a través de la construcción de una ruta e instalaciones en las aguas termales; hubo también tratos con las tribus del interior, que comprendieron el envío de su hijo para que se educara entre los beduinos y distribución de dinero entre los jeques, incluidos los emires rashidíes, que vieron en él un útil contrapeso a los otomanos; en Heyaz también había un partido proegipcio. Hubo también descalabros: en 1853, unos cuerpos de negros enviados por Abbas Hilmi I se rebelaron contra el gobernador otomano y se refugiaron en las montañas; su política y sus subsidios en la península, según Palgrave, sólo suscitaban las burlas de los árabes. En 1858 se creó una compañía de vapores, la Meyidie, empresa mal ejecutada al principio, con barcos en mal estado, viajes irregulares y peligrosos; por ello, el gobierno de Said (1854-1863) se hizo cargo de la compañía, poniéndola en manos de oficiales egipcios, aunque más tarde el pilotaje de cada barco estaba a cargo de timoneles italianos y de un maquinista inglés; tenían un servicio regular hacia Yedda que desde 1861, año en que el bajá hizo la peregrinación, transportó el mahmal egipcio. Abbas y Said realizaron visitas a Heyaz y enviaron espías a la zona: quizás estuviera a su servicio el sueco Wallin (1845) y con seguridad lo estuvo el egipcio Muhammad Sadiq Bey (1861), militar ignorado por la historia de la exploración de Arabia, que dejó una descripción de su viaje con fotografías y mapas¹⁰ .

Ismail (1863-1882) tuvo planes más vastos. Continuó la presencia en Sinai, y su insaciable sed de dinero lo llevó a

financiar las expediciones de Burton a la tierra de Midian en busca de oro. Aunque su escepticismo le impidió realizar la peregrinación y lo llevó a descuidar todo lo relativo a su organización, planeó la creación de un "Gran Egipto" apoyado en asesores europeos y norteamericanos; parte de esta estrategia era el control del Mar Rojo: para lograrlo apoyó la empresa de Suez y después se esforzó por eliminar el poder de la Compañía; fomentó la navegación y en 1865, sobre diez vapores que transportaban peregrinos entre Suez y Yedda, siete eran egipcios y tres ingleses; se preocupó Ismail por mejorar las comunicaciones, por lo que construyó faros hasta el cabo Guardafui e instalaciones portuarias; nombró a gobernadores hábiles en Masaua: el suizo Munzinger, el egipcio Mujtar Bajá, el danés Arendrup; planeó la construcción de un ferrocarril entre Suez y Adén y la erección de fuertes, e hizo reconocer el desierto entre Ismailia y El Cairo. Si bien hubo en un principio buena inteligencia con los otomanos, manifestado en el apoyo militar y logístico de los bajás en la conquista de Asir y Yemen, y el acuerdo para la ocupación egipcia de Suakin y Massaua, pronto hubo rivalidades e Ismail apoyó la rebelión de Asir contra la Puerta, en 1870. Por fin, con el tratado turcoegipcio de 1872 se llegó a un arreglo, por el cual el Mar Rojo dividía dos esferas de influencia: Arabia para los otomanos y Africa para Egipto.

Paulatinamente, los egipcios fueron abandonando las escalas que aún conservaban sobre la costa oriental del Mar Rojo¹¹. Más tarde, el control europeo sobre la deuda egipcia se transformó en control sobre su política exterior, lo que debilitó la gran

estrategia de los jerifes hasta la ocupación inglesa en 1882. Aun en el exilio, el jedive Ismail siguió realizando planes resentido contra el sultán que lo había depuesto, fundó un periódico árabe en Nápoles, el Jilafa, contra las pretensiones califales de Abdul Hamid, y donde proponía como alternativa la idea de un califato encabezado por el imam de Meca bajo la protección del jedive de Egipto¹².

En su momento, Abbas Hilmi II (1892-1914) prosiguió en esta línea de ideas. El makmal de El Cairo era enviado todos los años, así como la kiswa y los dones en viveres y dinero; el jedive se señaló entre los principales contribuyentes en la empresa del Ferrocarril Heyazi, tanto mediante la organización para recolectar fondos como a través de la donación personal de materiales para la construcción¹³. En 1911 realizó la peregrinación, acompañado por Muhammad al Batanuni, que dejó un diario del viaje. Hubo entonces alguna alarma entre los turcos, que supusieron alguna colusión entre el jedive y los ingleses, pero la política egipcia en la región era ya fantasiosa: las relaciones dinásticas establecidas continuaron ejerciendo cierta influencia durante la primera Guerra Mundial: huésped de los turcos y aliado formalmente a los alemanes, Abbas Hilmi mediaría secretamente entre ellos y los jerifes, y recibiría apoyo de estos en sus pretensiones de recuperar sus bienes confiscados. Después de la guerra se dieron los intentos del rey Fuad por obtener de los jerifes su reconocimiento como califa.

Lo anterior habla de una influencia durable de los egipcios sobre Heyaz, pero fueron los otomanos quienes reafirmaron su poder.

Reafirmación otomana.a). Nueva presencia en Arabia⁴.

Varias circunstancias hicieron posible a partir de los años setenta la sumisión de Heyaz a un imperio otomano remozado. Algunos gobernantes turcos realizaron un esfuerzo sostenido por adoptar técnicas administrativas y militares europeas, apoyadas en préstamos internacionales; las derrotas en Europa volcaron crecientemente los esfuerzos de Estambul de los territorios balcánicos a los árabes, y de la flota al ejército. La apertura del canal de Suez tuvo resultados favorables a la Puerta que ya habían sido señalados por Ferdinand de Lesseps en sus folletos de propaganda; en 1914, la marina otomana ocupaba el noveno lugar entre los usuarios del canal. También hay que tener en cuenta la aparición de hombres notables del lado turco, el gobernador Midat Bajá o el padisha Abdul Hamid II; al mismo tiempo, morían dos de los más capaces gobernantes del interior de Arabia, Faisal el saudí (1865) y Talal el rashidí (1866), dejando sus dominios presa de guerras dinásticas.

El sur de Arabia, que había sido objeto de expediciones poco exitosas desde 1849, cayó rápidamente bajo el control turco entre 1870 y 1872; no se trató de ninguna hazaña: los enemigos avanzaban semidesnudos empuñando armas blancas y mostrando así que el verdadero problema había sido hasta entonces el transporte de las tropas; fueron aseguradas también comunicaciones telegráficas entre las provincias sirias y Yemen. En el golfo, el vali de Bagdad,

Midat Dajá, ocupaba la provincia saudí de al-Nasa y avanzaba pretensiones hasta Omán; en la frontera entre Siria y Arabia, la fuerza y la intriga otomana extendían cada vez más al sur el territorio tributario. La defensa de Mesopotamia, descuidada desde el siglo xviii, recibió nueva atención, y la Puerta tuvo un virtual monopolio de las comunicaciones tras la supresión del servicio postal inglés de dromedarios a través del desierto sirio, en 1886¹⁵. En Arabia central la victoria rashidí sobre los saudíes se realizó con ayuda de la Puerta; los otomanos supieron crear un sistema de subsidios en dinero, armas (que podían ser ametralladoras), municiones e inclusive coches y pequeñas atenciones como la dentadura postiza que lucía el héroe del desierto Auda abu Tayi y que destrozó cuando se unió a las fuerzas de Lawrence. El colapso de este sistema tras la primera Guerra Mundial tuvo efectos terribles sobre las tribus, lo que da la medida de la importancia alcanzada.

Tras la retirada egipcia, las tareas de financiamiento y organización de la caravana de Damasco fueron sustraídas al gobierno local y pasaron a depender de Estambul, lo que llevó a una mayor seguridad: el problema del reclutamiento fue parcialmente solucionado mediante magrebíes asentados en Damasco, que fueron instalados en las rutas caravaneras y con el tiempo, mediante matrimonios con las beduinas, trabaron lazos de sangre; en las últimas décadas del siglo hubo una escolta de tropas regulares montadas a caballo o mula; el suministro de camellos, problemático hasta entonces, fue asegurado mediante tratados con dos poblados

del desierto y, a partir de 1810, con comerciantes damascinos¹⁶. Los depositos de la ruta recibieron un mínimo de reparaciones por obra de albañiles cristianos¹⁷.

b). Gobernadores turcos en Heyaz.

En Heyaz, la reafirmación otomana significó un recorte de las libertades; Muhammad Ali había iniciado la práctica de nombrar y deponer al imam, así como la de retener prisioneros a los posibles candidatos y jugar con la rivalidad que oponía a las dos grandes ramas de los Zayds y los Awn; también había instalado en Meca un representante con tropas. La Puerta retomó esta política, cada vez con mayor firmeza.

Lentamente se llegó a imponer el aparato de Estado otomano. Los bachibuzuks fueron suprimidos; en 1869 se implantaron las nuevas leyes de organización municipal y de educación; esta última establecía un sistema escolar de tres niveles en que, junto al turco y el persa, se enseñaba el francés y materias técnicas¹⁸; en 1874 se introdujo el sistema métrico decimal, que tardó en difundirse. Personaje central en esta política otomana fue Osman Nuri Bajá, enviado de la Puerta entre 1883 y 1886; administrador capaz, Osman mostró, en un memorándum enviado a la Puerta, que tenía clara idea de la necesidad de disminuir el poder del imam; aconsejó quitar de sus manos nombramientos y fuerzas militares; el jerife Abd al Muttalib chocó con él y fue depuesto (1882) bajo el cargo de conspirar contra la Puerta aliado a los beduinos y Gran Bretaña; apoyaban estos cargos unas cartas del jerife a los

ingleses, probablemente fraguadas. Una vez en el poder, Osman Bajá depuso a otros oficiales turcos y se impuso a los beduinos; la centenaria cuestión de las rentas aduaneras de Yedda fue resuelta a favor del bajá otomano, que se hizo dueño de las mismas, otorgando al imam sólo el equivalente a un salario; el sueldo de la guardia jerifal dependió también del bajá; la jurisdicción judicial del imam fue limitada a sus familiares, a los beduinos y a los nacidos en la Meca, que no fueran turcos; las frecuentes discusiones sobre poderes eran resueltas también a favor del poder otomano; hubo mayor control de las donaciones y awqaf; se impuso una ley por la cual sólo los súbditos otomanos podían tener propiedades en Heyaz o a lo largo de la línea del Ferrocarril Heyazí¹⁹. El gobierno de Estambul realizó un mínimo de obras públicas, que los jerifes jamás habían considerado de su incumbencia: se reparó el acueducto de Zobeida, se erigieron oficinas de gobierno y cuarteles²⁰. Se tomaron medidas contra el cólera (con lo que se impedía el monopolio europeo) y durante la epidemia de 1893 el gobernador turco dio muestras de gran valor personal antes de morir contagiado²¹. A los envíos tradicionales de granos, desde Egipto, pudieron agregarse otros desde Iraq, gracias al mayor control otomano de la región, al impulso agrícola que se le dió y a la navegación de vapor²².

Todo esto resultó en una presencia mucho mayor de los símbolos del Estado otomano; la fotografía, uno de los medios predilectos de propaganda de Abdul Hamid II, da testimonio de ello con la abundancia de uniformes en las ceremonias oficiales²³; en ellas

también se oía música militar alemana. La reafirmación otomana y el desarrollo del nacionalismo llevaron a una agudización de la proverbial altanería turca; el relato de Dede Ibrahim Halil, alto dignatario religioso otomano que realizó su peregrinación en 1898, contiene una insólita frase de desprecio hacia Meca y Medina "lugares que no nos son necesarios"²⁴. Los turcos impusieron el nombre "Heyaz", hasta entonces poco usado en la región; el madhab oficial turco, el hanafí, fue beneficiado de varias maneras: sus ritos tendieron a sustituir a los de las otras escuelas, la mayor parte de los salarios de Meca estaban en manos de jeques hanafíes, que a veces no enseñaban, y los jefes más poderosos adoptaron ese madhab²⁵.

c). El Ferrocarril Heyazí²⁶.

A partir de 1900, el gobierno de Estambul inició una obra de gran envergadura destinada a hacer más accesibles las Ciudades Santas: el Ferrocarril Heyazí. Su construcción fue presentada como una gran empresa panislámica, que facilitaría la peregrinación a los musulmanes, y como tal gozó de gran apoyo: las donaciones voluntarias, junto a las forzadas, nunca faltaron; los círculos panislamistas, y una personalidad relevante como Rashid Rida, hablaron en favor de la obra; esta avanzó sin los inconvenientes que el Ferrocarril de Bagdad conoció, y para 1908 había alcanzado Medina.

Motivaciones estratégicas, junto con las religiosas llevaron a Abdul Hamid a emprender la obra: el ferrocarril alcanzaba 23

ción, con lo cual era posible enviar el gas y equipos de transporte a Medina en menos de 70 horas, contra enemigos externos o contra los beduinos. Por esta razón, los alemanes se encontraron entre los grandes impulsores de la obra y en la primera Guerra Mundial esta respondió a gran parte de sus expectativas. Algunos políticos también pensaron en un esquema de radicación de inmigrantes musulmanes en torno a las estaciones, lo que fomentaría el avance del sedentarismo contra los nómadas.

En Arabia, el ferrocarril benefició a algunos grupos; aunque no fue un fenómeno general, algunas localidades a lo largo de la línea crecieron, como Tebuk o Adriaat²⁷. Medina vio crecer su población y comercio considerablemente: ciudad provinciana desde hacía varios siglos, había sido muy arruinada por la invasión wahabí; además, desde la implantación del vapor y la decadencia de las caravanas que desde el norte atravesaban Medina para alcanzar Meca, un gran número de peregrinos arribaba a Yedda y no seguía hasta la segunda Ciudad Sagrada, cuya visita no es obligatoria; el ferrocarril permitió un nuevo auge, el jeque de la mezquita del Profeta encabezó la campaña para conseguir apoyo monetario en Heyaz para esta obra; veía sin duda lo que significaba para Medina: comercio activo con el norte y un flujo constante de peregrinos; la visita al santuario del Profeta, no obligatoria pero recomendable, puede realizarse en cualquier época del año, a diferencia del hayy. Sabemos que hubo una acción destinada a fomentar las visitas en el aniversario del nacimiento del Profeta, acción que incluía tarifas ferroviarias a mitad de precio²⁸. Las diferencias entre Meca y

Medina, que hasta entonces se habían manifestado en peculiaridades culturales, empezaron a adoptar un aspecto violento, con riñas a veces sangrientas²⁹. En 1910 Medina fue transformada en mutasarrig autónomo. La resistencia de Medina a la Revuelta Árabe durante la primera Guerra Mundial tuvo sin duda algunas de sus raíces en la prosperidad ferrocarrilera; como restos de la misma quedaban, en 1930, muchas casas en ruinas o abandonadas en construcción³⁰.

Los b. Shammar, aliados a los turcos, veían con buenos ojos la posibilidad de un suministro rápido de armas si había necesidad; otras tribus beduinas pudieron vender animales y víveres en cantidad entre los encargados de la construcción, y se beneficiaron con la mayor baratura de muchos productos sirios. De un comercio más vivaz con Siria habla la tradición oral damasquina, recogida por Grant y Tresse en la primera posguerra, que recordaba el periodo del Ferrocarril como de prosperidad sin precedentes³¹. Los grandes beneficiados fueron los peregrinos, que podían viajar desde Damasco al precio de dos libras, mientras que el viaje en caravana costaba cincuenta³².

Por otro lado, muchos otros sectores se perjudicaban: la mayoría de los beduinos veía desaparecer los últimos restos de sus ganancias derivadas de la venta de animales y víveres a los peregrinos, de la surra imperial y de los robos; nutrían variados temores: que el camello perdiera valor comercial y social, que el acceso a las reservas de agua se dificultara, que el poder central avanzara y que los cristianos lo siguieran. En la actual Jordania, la construcción del ferrocarril significó la tala indiscriminada de

árboles por parte de ingenieros necesitados de madera para combustible y vigas³³. Del lado de los jefes, el temor era sobre todo a la pérdida de su autonomía, aunque en sus comunicaciones hacen sobre todo referencia a la ruina de las actividades tradicionales; después de la independencia, el ferrocarril será usado sólo esporádicamente en sus tramos árabes.

d). Los Jóvenes Turcos.

Los intentos contra la autonomía heyazí continuaron en la última década de dominio otomano. Después de 1908, Medina fue separada de Meca, se reforzaron las guarniciones locales, se continuó la fundación de escuelas turcas y se planeó crear un Universidad en esa ciudad. Tras la caída de Abdul Hamid se establecieron en la región locales del Comité Unión y Progreso dirigidos, de manera típica, por el Director de Correos y Telégrafos, y se fundaron periódicos oficiales.

Otra medida que suscitó oposición fue la apertura de una sucursal de la Banca Otomana en Yedda, en 1913; durante el primer año realizó cuantiosas operaciones, pero se la consideraba otra artimaña turca, una de las causas de la decadencia otomana, un instrumento de Nuri Saddak, casado con la hermana del comandante turco de Taif; probablemente las razones de la oposición hayan sido más concretas, ya que el préstamo a intereses muy altos era una de las pocas salidas a la inversión de los excedentes heyazíes. Por último, los Jóvenes Turcos intentaron construir una ruta, con fines de control militar, entre Meca y Taif³⁴, así como extender la línea

del Ferrocarril Heyazí hasta Meca e introducir el servicio militar a Heyaz, hasta entonces exento.

Notas.

1. Tresse (1937), p.53; Didier (1857), p.294-5.
2. Didier (1857), p.151.
3. Burton (1893), t.II, p.150 n.3.
4. Didier (1857), p.289.
5. Avril (1868), p.82-3.
6. Didier (1857), p.159.
7. Hawley (1970), p.154.
8. Hurgronje (1888), p.172.
9. Hurgronje (1888), p.173.
10. Amer (1932).
11. Para detalles, Amr (1978), pp.214 ss.
12. Hourani (1962), p.268.
13. Ochsenwald (1973), p.143.
14. Ochsenwald (1973), (1985).
15. Grant (1937), pp.245 ss.
16. Tresse (1937), pp.160 ss.
17. Tresse (1937).
18. Alami (1975); Dohaish (1978).
19. Tresse (1937), p.322.
20. Abu-Mameh (1973).
21. Duguet (1932), cap.11.
22. Amr (1978), p.22
23. Véanse las fotos de época hamidiana que ilustran los artículos del National Geographic Magazine ("Damascus and Mecca Railway /1901/; Maunsell /1909/; Tweedy, 1934).
24. Findley (1989),p.487. El artículo es traducción de la parte de las Memorias de D.I.Halil relativas a su peregrinación.

25. Hurgronje (1970), p.180 ss.; Hurgronje (1888), p.159 n.3.
26. Sobre el Ferrocarril Heyazí, Blake & King (1972); Ochsenswald (1973); Philipp (1985); Zaidi (EJ).
27. Tebuk: Bonin (1909), p.426; Adriaat: Buhl-Elisséeff (EJ).
28. Tresse (1937), p.345.
29. Zwemer (1947). Este artículo es reelaboración de un escrito de 1900, ignoro a qué periodo se refiere la mención de riñas.
30. Dinet (1930), pp.58-9.
31. Grant (1937), pp.229 ss.; Tresse (1937).
32. Bonin (1909), p.431.
33. Morris (1959), p.110.
34. Amr (1978), p.39.

Capítulo 8 El nuevo compromiso.

I Rebeliones.

En sus formas directas o indirectas, las intromisiones otomanas y europeas suscitaban rencores que dieron origen a varios tipos de rebelión.

Estas podían ser cotidianas, como el insulto a los europeos o a la bandera francesa que se veían en Suez, o adquirirían dimensiones mayores; en 1851 el cónsul francés Fresnel fue víctima de un intento de asesinato en Yedda; en 1853 los extranjeros de Suez sufrieron ataques, sin consecuencias mortales, ante la impasibilidad del comandante local; en 1855 la orden de abolir el tráfico de esclavos llevó a disturbios y choques entre la población de Yedda y la guarnición turca, saqueos, intervención otomana y deposición del jerife; hubo otros desórdenes en los años siguientes que culminaron en la gran insurrección de 1858, que ocasionó la muerte de veintidós europeos o sus protegidos; como represalia, los ingleses bombardearon el puerto de Yedda, sin tocar el fuerte turco, que tampoco respondió al bombardeo; tras conversaciones con las autoridades otomanas hubo investigaciones que llevaron a la ejecución o remoción de comerciantes y autoridades locales¹.

Las medidas contra el cólera también provocaron reacciones. Para los peregrinos significaban retrasos y gastos, la desinfección resultaba a menudo en el deterioro de objetos; todas las precauciones, muchos pensaban, eran ridículas, nacidas de la falsa creencia que el mal llegaba de la infección y no de la voluntad de Dios, una infame maniobra de los europeos para sacar dinero a los

musulmanes, para despojarlos de los tapices llevados desde Meca o para manosear a sus mujeres. En 1881, los que estaban concentrados en el puesto de cuarentena de Uey se rebelaron, quemaron las instalaciones y avanzaron hacia Suez, intentando cruzar a nado el Canal bajo los disparos de la guarnición²; una iniciativa sanitaria de los turcos en Meca, la instalación de una autoclave para la desinfección de la ropa, provocó también el escándalo y la destrucción del edificio. En 1895 la destrucción de máquinas de desinfección estuvo acompañada de ataques, que resultaron en heridas y muerte, de integrantes del cuerpo consular. Más tarde conocemos la rebelión fracasada de Karak en 1910 y la exitosa de Meca en 1914³.

Contra el ferrocarril, los jefes contaron con el apoyo de grupos urbanos y beduinos que habían sido perjudicados por tal novedad, y que esgrimían argumentos religiosos: la Tradición no mencionaba el ferrocarril; sus 23 km/h. eran una velocidad diabólica; la peregrinación debía ser hecha a pie... La acción de los beduinos fue sumamente devastadora: robaban todo lo que podían, atacaban a grupos de obreros y empleados, a los edificios y al tren; había también un sabotaje continuo, entre guerrero y parasitario, de los postes de madera, usados como leña, y de los rieles, a los que se ataban decenas de camellos que al tirar descoyuntaban la línea; hubo enfrentamientos abiertos, batallas, treguas..., la obra de T.E. Lawrence suscitó entusiasmo por ser continuación de una práctica ya establecida⁴.

Los motivos circunstanciales de cada uno de estos movimientos son variados; en algunos casos, coinciden con algún acontecimiento internacional, por lo cual existen correspondencias con otras regiones: a mediados de siglo, la guerra de Crimea alentó la rebelión de los cipayos en India y las matanzas de cristianos de Alepo en 1860; la revolución de Urabi y los sucesos del Sudán tuvieron repercusiones en Heyaz: un takruri mahdista intentó levantar a la población de Hadda, con el resultado de muchas cabezas cortadas; la derrota italiana en Abisinia o la rusa en Japón fueron otros factores que llevaron a manifestar en forma violenta el descontento acumulado.

Sin embargo, la recurrencia de este tipo de episodios a lo largo del siglo muestra que eran sobre todo la reacción de grupos que estaban siendo desplazados de sus posiciones tradicionales por el avance de los europeos y sus protegidos, y por la maquinaria del imperio otomano: dueños de barcos que sufrían la competencia de los vapores, vendedores de agua perjudicados por un acueducto, comerciantes locales arrinconados por los indios y griegos, beduinos a los que el ferrocarril les impedía seguir alquilando sus camellos y servicios, honrados negreros. El carácter desesperado de estos esfuerzos, destinados al fracaso desde un comienzo, revela a la vez la impotencia de los grupos tradicionales y su ignorancia de los cambios que estaban ocurriendo: en 1855, los rebeldes proponían atacar el barco inglés anclado en Yedda y desafiar a las potencias europeas con el apoyo de los beduinos.

Por primera vez en muchos siglos, Heyaz debía acatar

disposiciones dictadas desde una capital imperial y que eran vistas como imposición de los europeos; la rebelión se mostró inútil repetidas veces y la desesperanza se reflejó en doctrinas apocalípticas durante la rebelión mahdista; Muhammad Abduh recordaba a un reportero del Pall Mall Gazette una antigua tradición según la cual Meca sería destruida por los abisinios, y a la que la alianza entre los ingleses y el negus otorgaba vigencia⁵; Snouck Hurgronje escuchó durante su estadía en Meca ideas sobre el próximo fin del mundo y casi todos los estudiantes seguían con atención los sucesos de Sudán, ansiosos de que el Mahdi cruzara el Mar Rojo y alcanzara las Ciudades Santas⁶.

II

Formas de resistencia.

Más efectivas que la rebelión mostraron ser otras formas de resistencia usadas por los jerifes para evitar la presión otomana. Distintos elementos de la población revelaron ser fácilmente movilizables: los jerifes nombraban a los jeques, distribuían dádivas, y eran considerados los dirigentes de la resistencia contra el avance turco; todo esto les allegaba popularidad en algunos medios: los beduinos se mostraban agresivos por épocas, y no es dudoso que los jerifes, ligados a ellos por generaciones, pudieran regular su tranquilidad; las capas populares se revelaban igualmente sensibles a las indicaciones dadas desde arriba, y capaces de molestar a los extranjeros o de cortar los caminos impidiendo el abastecimiento de las ciudades, si era necesario.

El prestigio de las Ciudades Santas les valía aliados

preciosos en la corte de Estambul, con los que solía mantener correspondencia el imam, y que podían suprimir o neutralizar medidas hostiles; además, tradicionalmente los jerifes se habían ocupado de la organización de la peregrinación y de los festejos, y no eran fácilmente remplazables. Otros contactos valiosos se hallaban en el extranjero: personalidades islámicas que con mayor frecuencia, dadas las mejores condiciones de viaje, visitaban las Ciudades Santas y hacían donaciones; o gobiernos musulmanes, sobre todo príncipes indios muy ricos y los jedives (aun después de la ocupación británica), como fue señalado.

Las clases altas de Heyaz se beneficiaron económicamente con las nuevas condiciones. Aunque la región sufrió con la invasión comercial extranjera, Yedda se enriqueció desde fines del siglo xix como puerto de entrada de la importación⁷. El crecimiento de la parte residencial de Meca, que en época d Hurgronje se elevaba dos o tres metros sobre la kaaba, es indicio de gran actividad edilicia. La riqueza y su concentración también se debían a que la cantidad de peregrinos aumentó; el fenómeno merece apartado.

III

Cantidades de peregrinos.

El número de peregrinos aumentó constantemente en la segunda mitad del siglo xix; algunas cifras, un poco menos inseguras que las de siglos previos, permiten afirmarlo; también lo permiten algunos hechos: en época de Giovanni Finati (1814) se daba a todo peregrino un certificado de su realización del havy; cuando Burton

comenta esta observación de Finati, señala que el crecido número de peregrinos ha hecho ya imposible esta práctica⁸; de manera similar, se quiso eliminar a principios de nuestro siglo la costumbre de dormir en el valle de Mina, posiblemente porque la cantidad de fieles causaba demoras⁹. Terminadas las ceremonias, pregoneros recorrían las calles incitando a la partida; la gente que llegaba con la esperanza de morir en el lugar era desalentada y se le relataba que cualquiera que muriera en santidad era transportado a Meca por los mismos camellos alados encargados de eliminar de su suelo el cadáver de todo el que fuera indigno de yacer en él¹⁰; el precio de las víctimas para Mina aumentaba con la mayor demanda, los ricos mataban menos animales, los pobres ninguno¹¹. La mayor afluencia se debe a mejores condiciones de transporte y seguridad, a la nueva riqueza de vastos sectores musulmanes, a la protección consular europea que muchos gozan y a la plena incorporación al Islam de regiones hasta entonces marginales.

Las caravanas decaen a partir de la introducción del vapor y del ferrocarril; el viaje del jeque mauritano Ahmad, entre 1829 y 1834, se había llevado a cabo enteramente por vapor, con escalas en Europa¹²; como él, la mayoría prefería los medios modernos de locomoción. Hubo un pequeño repunte de las caravanas debido al cólera, ya que se podían evitar las cuarentenas, pero el último relato musulmán sobre el viaje en caravana es de 1900; las líneas férreas que se fueron construyendo acercaban a los peregrinos al Mar Rojo, y desde ahí se embarcaban en vapores; la construcción del Ferrocarril Heyazí facilitó más aun el transporte. Desde el Golfo

Pérsico también había vapores, unos dieciocho que pertenecían a la compañía Naseri, fundada por comerciantes de Shiraz y Bushir y navegaban bajo pabellón inglés, con capitanes ingleses y a veces indios, y algunos parsis como intérpretes; cada año, la agencia de la Compañía en Yedda repartía centenares de billetes gratis para los pobres o los derviches¹³.

Había hasta el siglo xx nostálgicos que recordaban las ventajas del camino terrestre, donde los caminantes podían conocer localidades a su paso, marchar en libertad, enterrar a sus muertos por el camino, aumentar el sentimiento religioso de las comarcas que atravesaban y ganar más méritos ante Dios; las caravanas transportaban el mahmal, el Corán alude a los peregrinos "a pie o en camellos de rápida carrera" (5:28). Algunas caravanas subsistieron hasta los años 30: las de Yemen, Neyd, las que unían Meca y Medina, Medina y Yanbo¹⁴; hasta 1942 se siguieron publicando las tarifas del transporte en camello¹⁵.

La comodidad de los nuevos medios era relativa: trenes y barcos viajaban sobrecargados, los vapores europeos distinguían entre sus pasajeros "civiles", en buenas condiciones, y "peregrinos, emigrantes y convictos", a los que reservaban los peores lugares; los patrones de los barcos fijaban un precio a la partida pero en medio del mar detenían el barco y exigían un bakshish suplementario; los pasajeros, apretujados y bajo el sol, terminaban por dárselo. Otros capitanes realizaban maniobras fraudulentas que ponían en peligro a los pasajeros: en 1873 tres capitanes venden su provisión de carbón en Yedda y esperan que

remolcándose mutuamente puedan llegar a Suez; uno de los barcos queda encallado en medio del Mar Rojo, con sus pasajeros expuestos al hambre y la sed, otro llega a vela hasta Tor y consigue algo de leña; temiendo represalias, el capitán y sus oficiales del buque encallado abandonan en medio del mar a los peregrinos, que deben ser rescatados por un vapor egipcio; el tercer barco también encuentra inconvenientes, ningún cónsul interviene¹⁶. El tren tardaba 72 horas desde Damasco y se nos asegura que la multitud atestaba los asientos, o los vagones descubiertos donde se erigían tiendas que eran desarmadas antes de pasar por algún túnel¹⁷.

Pese a lo relativo de la comodidad y seguridad, la baratura y rapidez del viaje era mucho mayor que antes y a ello hay que atribuir indudablemente el auge de los nuevos medios de transporte.

En Meca, algunos decían que los ricos habían dejado de concurrir, que no se veían los séquitos suntuosos de indios o turcos del pasado; posiblemente se trate de una ilusión óptica: la clientela tradicional, individuos riquísimos y turbas desarrapadas, estaba siendo superada en número por sectores medios. El hecho preocupó a las burocracias coloniales o nacionales: suponía un gran drenaje de dinero, problemas varios para los cónsules y la contaminación de los nativos por absurdas ideas de libertad, igualdad y panislamismo. En Indonesia, algunos círculos holandeses propusieron restringir la peregrinación; Snouck Hurgronje se opuso con razón a tal medida: la misma alentaría lo que quería limitar y empeoraría las relaciones entre el gobierno holandés y sus

súbditos¹⁸. Otros gobiernos coloniales también pusieron trabas a la peregrinación de los pobres; aunque estas eran a menudo burladas, y desde Africa siguieron llegando, hasta hace pocas décadas, peregrinos miserables a pie, la exigencia de comprar anticipadamente el pasaje de ida y vuelta y de pagar una fianza, así como el mayor control de las fronteras, provocaron algún cambio en la composición social de los peregrinos.

Además, nuevas regiones islámicas, hasta entonces olvidadas, se hacían presentes: algunos malayos musulmanes habían emigrado en el pasado a la colonia del Cabo, habían adquirido la lengua y a veces algo de sangre holandesa; a fines del siglo xix fueron descubiertos por árabes y turcos, que solícitamente se preocuparon de reavivar su religión, y los indujeron a cumplir con la peregrinación¹⁹. Los musulmanes chinos, cuya visita a las Ciudades Santas había sido prohibida en 1785, empezaron a redescubrir Mang k'o y Me-ti-na; en 1842 Ma fu-ch'u, eminente intelectual de Yunnán, publicó en árabe un corto relato de su peregrinación, este fue traducido al chino en 1861 por un discípulo. En 1874 otro chino de Yunnán realizó la peregrinación: su diario de viaje siguió edificando a sus compatriotas musulmanes y hoy nos instruye²⁰. A principios del siglo xx, para no parecer inferiores a sus correligionarios, tenían un bazar chino en Meca donde vendían vajilla de plata o joyas²¹.

De mayor importancia fue la contribución de los peregrinos de

las Indias holandesas. El Islam existía desde unos siglos antes en la región pero amplió durante el siglo xix su área geográfica y experimentó una renovación religiosa que resultaba en una mayor voluntad de cumplir con la peregrinación. Además, la incorporación de las Indias al mercado mundial, si bien empobreció a muchos, también resultó en la acumulación de grandes riquezas; la posición de la mujer en la cultura indonesia hacía que participara en la peregrinación en mucho mayor número que otras regiones. Burckhardt conoció en el camino algunos indonesios, la mayoría de la costa india oriental; eran pocos y de carácter que no agradó al suizo. En la segunda mitad del siglo el panorama había cambiado. Snouck Hurgronje, que como funcionario holandés notó tempranamente la importancia del fenómeno, describió el movimiento de peregrinos: estos llegaban en barcos de bandera holandesa o inglesa; su organización, docilidad y limpieza, así como su generosidad, eran admirables. Por iniciativa de Hurgronje se abrió un consulado holandés en Yedda que brindaba protección y apoyo médico a los peregrinos; eran clientes muy apreciados y se ganaron el nombre de "arroz del Heyaz"²².

Los chiitas persas habían tenido siempre problemas para realizar la peregrinación. No tanto de parte de los heyazíes, tolerantes, sino de los turcos y los wahabíes; la presión turca en Heyaz había obligado a menudo en el pasado a tomar medidas contra los persas; las conquistas wahabíes añadieron dificultades; Palgrave escribió con fruición sobre las disputas entre sus odiados

wahabíes y sus no menos odiados persas: estos debían pagar un tributo que cada año crecía para atravesar la península; en una ocasión, esto no bastó para que se hiciera perder una caravana en el desierto y murieran todos sus miembros²³. La piadosa vigilancia de los otros peregrinos añadía más dificultades a los chiitas: se los oía insultar por lo bajo las tumbas de Abu Bakr, Omar y Osmán (el segundo era hipócritamente saludado: "Ya Humar"); se los acusó de profanaciones y de depositar porquerías en los santuarios (lo cual no es difícil de creer, si consideramos la inmensa suciedad que caracterizaba a la caravana persa)²⁴; muchos viajaban en la caravana siria, donde eludían los tributos del camino, pero eran colocados en la cola, donde más peligro había. A partir de Muhammad Ali, que eliminó toda restricción, acudieron en mayor número, pero aun entonces no faltaban ocasiones para apalearlos²⁵.

La situación cambió en la segunda mitad del siglo. La navegación de vapor y el fortalecimiento del reino rashidí, cuyas entradas provenían en gran parte de la caravana persa, permitió eludir el peligro saudí. En época de Burton ya no iban a la cola²⁶. El Ferrocarril Heyazí era utilizado por un número grande de persas. A partir de la guerra rusoturca de 1877 obtuvieron permiso para celebrar su fiesta de Moharram en Yedda, y poco después en Meca. Se instaló un cónsul persa en Yedda; su protección no fue eficaz, ya que solía ponerse de acuerdo con los guías persas para la explotación de los peregrinos; parece que la revolución de 1906 significó alguna mejoría aunque las reyertas con los sunnies continuaron²⁷.

La pacificación colonial de regiones africanas y la represión de la trata negrera permitieron que muchos individuos se desplazaran a pie desde rincones remotos, a veces del Africa atlántica, hasta los puertos del Mar Rojo. La explotación algodonera del Sudán también ayudó, ya que muchos peregrinos podían trabajar en la recolección y así ganar como para costear su viaje hasta Meca²⁸.

Del mismo modo, llegaban en crecientes cantidades súbditos rusos del Cáucaso y Asia Central, favorecidos por los barcos de vapor y el ferrocarril y el permiso de realizar el hayy que desde 1905 otorgaron las autoridades zaristas²⁹; llegó a haber un floreciente tráfico de rublos, comprados en Heyaz y luego vendidos con ganancia en Estambul. Muchos bojaras, como eran llamados, se integraron a la aristocracia comercial de Heyaz: dos de ellos formaban parte de la delegación de cuatro comerciantes que visitó al jerife en febrero de 1917.

Al final del periodo asoma un ejemplar hasta entonces insólito: el europeo converso al Islam que viaja sin disfraz; Lord Headley planeó su hayy en 1914, aunque el estallido de la guerra hizo que lo pospusiera hasta 1923; tras sus huella marcharían, en las décadas siguientes, Eldon Rutter, Lady Evelyn Cobbold, Edouard Dinet, St. John Philby y otros.

Las mayores cantidades de devotos beneficiaron una economía

que vivía de ellos. Los jefes estaban atentos a la situación económica del Indico, enviaban agentes de reclutamiento de peregrinos, o viajaban en número creciente a Indonesia, donde eran recibidos espléndidamente y no siempre se comportaban como era esperado. Los peregrinos además de dinero significaban prestigio y contactos de utilidad política.

V

Nuevo papel de Hevaz en el Islam.

La mayor concurrencia de peregrinos es un aspecto más de la autoconciencia islámica del siglo xix, estimulada por el avance europeo. Las Ciudades Santas tuvieron un papel cada vez más importante en el desarrollo de esta autoconciencia; al llegar a La Meca, los peregrinos de regiones marginales podían constatar el gran poder del Islam, hasta entonces conocido sólo por leyendas sobre su pasado y futuro; ahora veían el gran número de peregrinos, de variadas regiones, oían la propaganda oficial otomana y llegaban a juzgar el poder de la Puerta muy superior al real.

Las ceremonias permitían el intercambio de noticias sobre el Islam y sobre los europeos; los viajes en vapor a veces comprendían escala en algún puerto del Mediterráneo; muchos conocían a sus administradores coloniales, otros habían aprendido, en sus

andanzas, francés, italiano, o el inglés más coloquial; musulmanes de educación europea, inclusive ligeramente agnósticos, llegaban a Heyaz y describían: Hadji Khan, corresponsal del Morning Post inglés; al Batanuni, funcionario de Abbas II; Saleh Soubhi, médico egipcio muy activo en la lucha contra el cólera, o un persa que sabía francés sin detestar a los franceses y conocía a Darwin sin imitar a los europeos³⁰. Se nos repite que las discusiones sobre política internacional abundaban, junto con los juicios en parte fabulosos: sobre Inglaterra eran siempre hostiles, asegura Hurgronje, antibritánico él mismo, aunque otros recogieron leyendas más benignas, según las cuales Mahoma había enviado predicadores a Inglaterra, que no habían podido convertir a la isla pero sí asegurar su benevolencia hacia los musulmanes; sobre Holanda el mismo testigo dice haber oído un comentario favorable, de alguien que prefería su gobierno al de los chinos; Rusia era respetada por su dureza, se entendía su autocracia y se agradecía su tolerancia religiosa; Francia era objeto del mayor desprecio debido a su demencial gobierno republicano, donde las decisiones eran tomadas entre el tumulto y los disparos³¹.

Esta realidad fue notada por los teóricos del panislamismo, que señalaron la importancia de la peregrinación como lugar de encuentro de los musulmanes, y la incluyeron en sus proyectos: se habló de un Parlamento panislámico en Meca, personalidades de la lucha antieuropea visitaron Heyaz: Abd al Qader, Shamil, al Afgani. Inclusive apuntó la idea de hacer del imam de Meca un califa³². Del lado europeo hubo autores que centraron en Meca su temor a una

reacción islámica: en 1851 un libro sobre la propaganda musulmana en Africa y las Indias habia señalado la existencia de un complot islámico mundial conducido por los jerifes; a los acontecimientos en India y Argelia se atribuía igualmente un origen mequí; más tarde, se consideró que la ideología hamidiana contaba entre los jerifes con uno de sus apoyos básicos³³.

Por varias razones, Meca se convirtió en un centro de enseñanza para todo el Islam, paralelamente a cierto desprestigio de al Azhar, universidad asentada en un territorio proclive a las novedades y dominado por los europeos. Nuevamente nos son útiles las listas de Brockelmann, quien señala la presencia de intelectuales, sobre todo teólogos pero también un historiador, en el Heyaz de fines del siglo xix³⁴. La idea de crear una universidad islámica en Medina fue resultado, entre otras cosas, del nuevo papel intelectual de la región.

Los jerifes mostraron cautela ante estos movimientos de ideas. El panislamismo era la ideología oficial otomana, había representantes encargados de su difusión en la región: el indio Sayyid Fadl para las costas del Mar Rojo, el jeque Ahmad Asad para las Ciudades Santas y Yemen. Mientras el panislamismo tuvo un defensor en Ali Haydar Bajá, pretendiente de la familia jerifial que vivía en Estambul como rival de la casa reinante, los miembros de esta no le brindaron una acogida incondicional: el imam Hussein ibn Muhammad (1877-80) impidió su difusión hasta su muerte³⁵; sus sucesores no colaboraron activamente³⁶. El activismo, aun islámico, contenía un fermento peligroso; muchos de los nuevos peregrinos

tenían una mentalidad moderna adquirida en su relación con europeos; algunos bojara se revelaron partidarios de las ideas de la revolución Rusa de 1906 y durante la guerra desarrollaron una propaganda antirrusa que obligó a expulsarlos de Heyaz; grupos indios también ocasionaron entonces molestias y sufrieron la misma suerte; después de la guerra se consideraron el ala más renovadora del Islam y chocaron con Ibn Saud debido a sus ideas y su pretensión de llevar a cabo tratativas en inglés.

VI

Nueva autonomía heyazí.

Tras la reafirmación del siglo xix, el poder otomano sobre Heyaz se fue esfumando y los jerifes recuperaron gran parte de su autonomía. Varios factores lo hicieron posible: la debilidad otomana, tras su crisis financiera y las guerra con Italia y los países balcánicos, provocó el debilitamiento de la posición turca en Arabia; esta se manifestó en la imposibilidad de detener el avance de sus aliados rashidíes sobre los oasis occidentales, de auxiliarlos eficazmente contra Ibn Saud (en 1902), en el fracaso de la expedición otomana a Qasim (1905)³⁷, el retroceso en Sinaí ante Lord Cromer (1906), la guerra desafortunada con Italia (1911), el compromiso en Yemen, que afirmó el poder de Yahya (1911), en la retirada de al Hasa (1914).

Por otro lado, los jerifes aprovecharon el prestigio y el dinero que los cambios arriba esbozados representaron. Inclusive Abdul Hamid fue poco amigo de suprimir la autonomía heyazí, los

subsidios hacia la región siguieron siendo generosos y fueron aumentando progresivamente, debido al mayor número y mayores exigencias de los nómadas y ciudadanos, y a la política panislámica, sin que se utilizaran estos subsidios como arma política, aunque su administración sufrió una reforma³⁸. Los jefes pudieron triunfar también sobre los intentos de los Jóvenes Turcos; las oficinas del Comité de Unión y Progreso en Heyaz murieron de muerte natural, ya que los métodos modernos de comité eran totalmente extraños a la región. Las escuelas otomanas sólo fueron frecuentadas por los hijos de funcionarios y militares turcos; faltaban en medios rurales y beduinos, y en las ciudades los árabes las rehuían: además del carácter extraño de su enseñanza se temía que la asistencia revelara a las autoridades los individuos alfabetos pasibles de conscripción, por ello continuaban usando los kuttab y madrakas tradicionales³⁹. De los cuatro periódicos oficiales iniciados en 1908, sólo sobrevivió el controlado por el imam, mientras los de Estambul, en árabe y turco, perecieron⁴⁰; la lengua turca, aunque usada en Heyaz, no logró imponerse, y los periódicos se quejaban de la dificultad para encontrar traductores⁴¹. La moneda más utilizada era, junto al viejo tálero, la rupia india. El ferrocarril fue detenido. A partir de 1908 los valies tuvieron una duración mínima en el cargo, de un año o menos, y su poder apenas se extendía fuera del radio de acción de las guarniciones. A pesar de la frecuencia con que se mencionan los planes de los Jóvenes Turcos para reducir al imam a un control más estricto, los informes europeos insisten en que la presa turca sobre Heyaz se

debilitaba⁴²

La autonomía benefició al grupo familiar de los Dawi Awn. Este grupo había llegado al poder por primera vez gracias a Muhammad Ali, que quiso apartar a los familiares de Galib, demasiado apegados a la autonomía de la región. El hijo de Galib, Abd al Muttalib, pudo más tarde ocupar el cargo de imam, pero fue el único ajeno a los Dawi Awn a partir de 1813; son notables algunas características de este personaje: ha sido descrito como un fanático enemigo de los extranjeros, encabezó la única rebelión armada contra los otomanos en 1856 y parece representar típicamente el gobernante despiadado pero con apoyo popular derivado de la resistencia al extranjero que impulsó su familia; Burton notó que Galib, cuyo cadáver fuera encontrado incorrupto en su tumba, era considerado un santo, y se rezaban plegarias sobre su cuerpo⁴³. Inclusive el boato del que se rodeaba Abd el Muttalib remitía a la vieja tradición heyazi: estandartes de plumas de avestruz, trompetas que anunciaban la oración matutina del jerife, guardia negra con armadura, sombrillas, recitadores del Corán a su alrededor; ropajes amplios y sobrecargados; toda esta pompa, que aún recordaban algunos viejos interrogados por Gerald de Gaury, había rodeado al imam Abd el Muttalib, pero el mismo reconocía que su época había pasado, desplazada por el vapor y el telégrafo⁴⁴.

Otro fue el estilo de los otros jerifes. La presencia de estos en la corte y el parlamento de Estambul, la educación moderna que

recibieron, de la que dan detalles las Memorias del rey Abdallah, y que comprendía el estudio del inglés y el francés, todo ello da cuenta del tiempo transcurrido. También obras como el palacio construido en Taif por arquitectos italianos al servicio del imam Ali, antecesor de Hussein que había vivido en El Cairo⁴⁵. Al mismo tiempo, los jerifes desarrollaron contactos con medios europeos inéditos hasta entonces: ya durante el reinado de Hussein (1877-1880) numerosos europeos visitaron Taif⁴⁶ y entre 1884-5 residió en Meca Snouck Hurgronje, expulsado sólo por las intrigas ante los turcos del cónsul francés⁴⁷.

El último imam y sus hijos ampliaron estos contactos con los europeos y entablaron relaciones con los nuevos movimientos nacionalistas. Se trataba de buscar un contrapeso a la injerencia de los Jóvenes Turcos. El nombramiento de Hussein, en 1908, provino del sultán y el gran visir; los Jóvenes Turcos, que aún no habían afirmado plenamente su poder, lo toleraron, pero su candidato era un miembro de la familia rival de los Zayd, el jerife Ali Haydar, que se mantuvo como pretendiente en Medina hasta el fin de la guerra. En los años siguientes, el sector laico y progermano de los Jóvenes Turcos fue monopolizando el poder, de manera que los contactos del imam en la Puerta, que continuaron subterráneamente hasta el final de la guerra, tuvieron cada vez menos influencia.

El restablecimiento de la Constitución abrió el Parlamento de Estambul a representantes del imam. Los nombramientos fueron objetados: el de Feisal por la edad, el de Hasan el Shayba, relacionado con la familia, por no saber escribir el turco ni el

árabe; los dos, sin embargo, mantuvieron sus escaños junto con Abdallah y su situación les permitió establecer contactos con los diputados de las otras provincias árabes; la naturaleza de estos contactos es problemática. Se dice que treinta y cinco representantes del Parlamento enviaron en 1911 un escrito a Hussein reconociendo su supremacía religiosa y solicitándole que apoyara un levantamiento antiturco; pero conocemos este ofrecimiento sólo a través de una traducción francesa en la obra de Khairallah⁴⁸. De todos modos, se trata de diputados con menguante poder a partir del reforzamiento de la dictadura de los Jóvenes Turcos. Los contactos de Feisal con las sociedades secretas nacionalistas árabes, la siria y la iraquí, tampoco prometían mucho, si consideramos el escaso papel que aún durante la guerra estas tuvieron.

En el curso de dos visitas a Abbas Hilmi, Abdallah se entrevistó con Kitchener en El Cairo: la primera vez en 1912, visita que, si existió, está envuelta en misterio. La segunda fue en 1914, en esta ocasión Abdallah acudió al representante inglés para quejarse del nuevo vali otomano, para recordar que su familia siempre había tratado bien a los peregrinos indios súbditos ingleses, que en caso de abusos contra el imam, las tribus del desierto defenderían a este contra los turcos; a continuación solicitó el envío de cuatro ametralladoras y el apoyo naval inglés. Kitchener acogió con suma frialdad los ofrecimientos y en sus informes a Lord Grey afirmó solícito que no los había alentado mínimamente⁴⁹. De todos modos, los jefes se apartaban de su política tradicional de neutralidad y aislamiento, sentando las

bases de una alianza con Gran Bretaña que duraría hasta la época nasserista.

VII

Los jerifes y la modernidad.

La mayor relación de los jerifes con grupos políticos externos no significó la aceptación de novedades técnicas o políticas, que se consideraban peligrosas para la estabilidad de la dinastía. Aunque había entre la población tolerancia hacia las creaciones europeas, el gobierno vio la peligrosidad de algunas: los automóviles amenazaban a los transportistas locales y estaban prohibidos, excepto algunos para uso oficial (pero no personal de Hussein, que siempre prefirió montar en mula antes que subir a un coche⁵⁰); el hecho tendría más tarde consecuencias graves en el plano militar, ya que la guerra del desierto empezaba a ser motorizada, y se asistía a las algazúas en coche de los saudíes. El único teléfono era el utilizado por las autoridades para informar de Yedda a Meca sobre el número de peregrinos (marcando el 1 se hablaba directamente con el imam)⁵¹; la tumba del Profeta no tuvo luz eléctrica hasta 1907 y las cámaras fotográficas parece que sufrieron restricciones⁵². Sólo novedades como las máquinas para fabricar hielo y gaseosa, o las estilográficas, nada peligrosas, encontraban libre paso.

El gobierno era igualmente enemigo de las novedades políticas, paternalista y autoritario; las ideas de la familia jerifial eran sumamente conservadoras⁵³. Se tenía asegurada alguna popularidad

entre los beneficiarios de dádivas, que Hussein aumentó incluyendo distribuciones de café; o los beduinos, que mantuvieron fidelidad hacia la dinastía cuando esta se instaló en sus tronos jordano e iraquí. Por otro lado, la oposición era perseguida; hubo imprentas que desde 1908 editaron varios periódicos, y periódicos de otros países árabes llegaban hasta recónditos rincones de Arabia⁵⁴, pero la prensa era oficial y controlada, y fuera de ella en Heyaz sólo se imprimían documentos oficiales y obras de religión, derecho o historia aprobadas por los ulama; la oposición sólo podía editar folletos subversivos en el extranjero, por ejemplo en Túnez o Singapur, o podía recurrir a la Puerta, a veces con algún resultado. Hurgronje informa que era peligroso escribir crónicas locales, y señala el ejemplo de una de ellas, que circulaba manuscrita y a la que faltaban por lo común las seis últimas hojas, relativas a los acontecimientos más recientes⁵⁵. Las novedades educativas fueron perseguidas, tales como la enseñanza de lenguas europeas, el envío de estudiantes al extranjero, el uso de docentes egipcios⁵⁶. Hussein y su familia se revelaron muy cautos ante los nuevos fenómenos; hubo una política de laissez faire frente a la industria de los peregrinos: aunque hay noticia de fijación de precios oficiales para alojamiento y servicios, la mayor afluencia de peregrinos no encontró una respuesta apropiada de los jerifes y el resultado fue una gran explotación y carencia de protección a los peregrinos⁵⁷, fenómenos que provocarían, al final de la primera Guerra Mundial, clamor general en el Islam, exigencia de internacionalizar las ciudades santas y reformas de parte de Ibn

Saud, que puso coto a abusos, mendicidad y bakshish.

En la primera década de nuestro siglo se conformó en Heyaz un sistema que guarda relación con el de otras regiones del mundo, basado en la consolidación de un grupo político autoritario, estable, próspero y conservador. Este régimen enfrentaba continuas presiones de parte del gobierno de Estambul, y se mostraba crecientemente obsoleto; sin embargo, podía haber subsistido sin el cambio en la orientación política tradicional inducido por la primera Guerra Mundial.

Notas

1. Ochsenswald (1980); Ochsenswald (1984).
2. Duguet (1932), p.145.
3. Sobre estas, Ochsenswald (1973).
4. Phillip (1985).
5. Amin (1953), p.60-1.
6. Hurgronje (1970), p.195.
7. Issami (1963), cap.4.
8. Giovanni Finati, en Burton (1893), Apéndice VI, p.396.
9. Hadji Khan (1909), p.176.
10. Courtellemont (1896), pp.100ss.
11. Courtellemont (1896), p.143.
12. Morris (1977).
13. Kazem (1912), p.151.
14. Duguet (1932), p.42 n.
15. Long (1979), p.49.

16. Duguet (1932), p.141.
17. Bonin (1909), p.431.
18. Sobre la política holandesa y la figura de Snouck Hurgronje, Benda (1958).
19. Hurgronje (1970), cap.4.
20. Cordier (1911).
21. Hadji Khan (1909), p.258.
22. Hurgronje (1970), cap.IV; Van der Meulen (1941); Reid (1966).
23. Palgrave (1866), t.I, pp.279 ss.; Bayly (1965) duda de la exactitud de esta historia.
24. Atestiguaron esta suciedad, inusual en los campamentos árabes, Blunt (1882), p.321, y Hadji Khan (1905), p.228
25. Burton (1893), t.II, p.168; Batanuni, cit.en Gaudefroy-Demombynes (1923), p.147.
26. Burton (1893), t. 2, p.64.
27. Kazem Zadeh (1912) relata detalles sobre la peregrinación de los persas.
28. Tweed (1934); este autor siguió el camino de la peregrinación desde Jartum hasta Yedda, en el periodo de entreguerras.
29. Hadji Khan (1905), p.90.
30. Hadji Khan (1905), p.175.
31. Hurgronje (1970), cap.IV.
32. Hourani (1962) y Landau (1990) reseñan algunas de estas ideas, fácilmente rastreables en los índices, s.v. Heyaz, Mecca, etc.
33. Avril (1868), p.220, que cita *De la propagande musulmane en Afrique et dans les indes.*- Paris: 1851. Hurgronje (1901) refuta argumentos semejantes de un libro de Depont y Coppolani sobre las cofradías islámicas; datos sobre la realidad de la agitación panislámica en Indonesia, en Reid (1967).
34. Brockelmann (1949), vol.2, pp.649-652.
35. Landau (1990), p.69.
36. Cf. lo dicho en nota anterior: Hurgronje (1901) señala el error de perspectiva del libro de Depont y Coppolani en que se denuncia un complot panislámico entre Abdul Hamid, el imam y las cofradías de guías; tal acuerdo no existe.
37. Grohmann, art. "Qasim" en EJ.
38. Ochsenswald (1975).
39. Alami (1975); Dohaish (1978), p.100.
40. Ochsenswald (1973), p.304; Alami (1975).
41. Dohaish (1978), p.100.
42. Amr (1978), que cita informes consulares ingleses.
43. Burton (1893), t.I, p.340, n.3.
44. De Gaury (1951), p.253.

45. Philby (1952), p.104.
46. Hurgronje (1888), p.173. Al parecer este autor recogió una tradición oral en Hcyaz; no encontré otra mención de estos visitantes.
47. Hurgronje (1885) relata el asunto con pormenores.
48. Khairallah (1919), pp.32-3.
49. Sobre estas entrevistas Dawn (1973), cap. 1 y 2, resume y critica las principales fuentes: Antonius (1939), y las memorias de Abdallah y Wahba.
50. Morris (1959), p.71.
51. Mucke (1927); Morris (1959), p.20.
52. Así deja entender el fotógrafo Courtellemont, pero sobre esta afirmación, así como sobre la realidad de su viaje a Meca, existen dudas. Al final de la guerra sabemos de un fotógrafo instalado en Meca con amplia clientela.
53. Las mismas serán tratadas en una sección del capítulo siguiente.
54. Hcyaz (Meca, 1908-1919), Shams al Haqīqa (Meca, 1909), Al Hcyaz (Medina, 1916-17). Dohaish (1978), p.4.
55. Hurgronje (1970), p.163.
56. Dohaish (1978), passim.
57. Long (1979), p.28 habla de "unbridled laissez faire".

Capítulo 8
La Revuelta Árabe
I
El imam ante la guerra.

A comienzos del siglo xx, los jefes habían logrado restablecer el equilibrio tradicional entre una gran autonomía interna e importantes fuentes de ayuda exterior. La llegada al poder de los Jóvenes Turcos pareció significar un peligro para tal equilibrio, pero el nuevo gobierno careció de fuerza, y se vio enfrentado a demasiados fracasos externos como para hacer realidad sus intenciones. El estallido de la primera Guerra Mundial comprometió su situación.

Teatro secundario de la guerra, Heyaz podía haber salido de ella, como el Yemen de Yahya, o el Nayd de Ibn Saud, sin grandes cambios en el sistema. La primera estrategia de los jefes fue la pasividad secularmente probada. Heyaz era extraordinariamente vulnerable ante otomanos e británicos, quienes ejercían el habitual control sobre los envíos de dinero y víveres y sobre el flujo de peregrinos. Los puertos heyazíes, con fortificaciones ridículas, eran sumamente vulnerables; el corte de los envíos de granos y arroz de Egipto e India significaba hambre; una interrupción de las peregrinaciones que partían de los territorios coloniales de Francia e Inglaterra era aun más ruinosa que las medidas del gobierno de Estambul.

En estas condiciones, el imam intentó durante algún tiempo un camino intermedio, por el cual se obedecían en lo indispensable las órdenes de Estambul y al mismo tiempo se buscaba evitar la cólera inglesa; se logró así que fueran tolerados los envíos de granos y

los puertos heyazies fueran librados de bombardeos. Esta política de equilibrio fue abandonada cuando el imam aceptó, en un apartamiento radical de la política heyazi, una alianza con sectores extranjeros ya conectados antes de la guerra, las sociedades nacionalistas y la Oficina inglesa en El Cairo. Iniciaba así la Revuelta Árabe, cuyo tratamiento requiere de una serie de consideraciones previas.

II

Europeos y guerra en Arabia.

La penetración alemana en Arabia era embrionaria cuando estalló la guerra. La amistad turcogermana y sus corolarios, como el proyecto del Ferrocarril de Bagdad, las colonias alemanas en Siria o la expansión de la Deutsche Orient Bank, habían llevado a cierta presencia en Arabia: asesoramiento militar y técnico, que incluyó la dirección de Meissner Bajá para el Ferrocarril Heyazi, alguna explotación de petróleo o fosfatos en el Mar Rojo, la actuación de exploradores como el alemán Carl Raswan o el checo Alois Musil. Sin embargo, cuando estalló la guerra los alemanes apenas asomaban a la región; en Yemen, sus intereses estaban en manos del cónsul italiano, aun cuando Italia se inclinaba cada vez más hacia la Entente¹; se utilizaron hombres valiosos, pero no siempre adecuados para la tarea: el barón Max von Oppenheim desde Estambul, Leo Frobenius, quien pasó por Yedda poco antes de Lawrence. Algunos planes esbozados durante la guerra revelan inexperiencia y falta de un apoyo firme: un burdo proyecto de ataque a la posición francesa en Somalia, para el cual no se

encontró nada mejor que apelar al espíritu patriótico de la esposa alsaciana de Monfreid, y que llevó a la rápida captura de sus agentes, von Holz y el austriaco Kermelich².

Mejor organizada estuvo la misión von Stotzingen³, que debía conectar por telégrafo las provincias árabes con el Africa Oriental Alemana; como objetivo secundario figuraba la creación de un periódico en Heyaz; von Stotzingen sabía árabe, así como su ayudante Karl Neufeld, que había sido prisionero del Mahdi durante doce años y se casó en el curso de la expedición con una beduina; un árabe los acompañaba, y contaban con cierta cantidad de dinero, en oro y táleros de María Teresa. Aunque recibida afablemente por Feisal, la misión se vio obstaculizada por las sospechas de los mismos turcos, ataques beduinos y por fin el estallido de la Revuelta Árabe, por lo que regresó en junio de 1916.

A esta inexperiencia se aunaba la hostilidad de los turcos y árabes, supuestos aliados. Ello se ve en la aventura de algunos marinos, víctimas de las guerra naval, que lograban alcanzar las playas de Arabia: en marzo de 1915 el capitán von Möller fue masacrado por los árabes bajo los muros de Lith, junto con cinco de sus marineros⁴. Poco después tuvo lugar la aventura de los marinos del Emden⁵; provenientes de la isla de Keeling, en el extremo Indico, el capitán y los marinos de este barco alemán pudieron llegar ocultamente, gracias a su valentía y recursos, hasta Hodeida, y de ahí se acercaron a Yedda para reunirse con las tropas turcas (abril de 1915); el recelo constante, las emboscadas y los tiroteos que les brindaron tanto los turcos en Yemen como los

beduinos y los jerifes, los llevaron a ganar Siria en forma de fuga.

Italianos y franceses tuvieron interés y posibilidad de acción sólo en algunas regiones. Los primeros en Yemen, los segundos en la costa africana. Nuevamente nos son útiles los relatos autobiográficos de Henry de Monfreid, quien recorrió el Mar Rojo en esos años. Los gobernadores de Yibuti, ignorantes del país y sus costumbres, se limitan a mantener el status quo; su principal enemigo son los ingleses, quienes se preocupan muy poco por las alianzas establecidas en Europa y controlan con severidad las naves francesas. En Heyaz fue fuerte la rivalidad francoinglesa, que trasunta en los libros de Lawrence y del coronel Brémont. Los rusos al parece tuvieron algunos intereses en Etiopia, justificados por una presunta identidad confesional, y que llevaron a la presencia de una fuerte colonia rusa. La aparición de rusos blancos como aviadores y choferes al servicio de los hachemíes, después de la guerra, y la temprana presencia diplomática soviética en Arabia sugieren que existían lazos mal registrados en las fuentes.

Lo anterior indica que los únicos competidores fuertes en Arabia eran turcos e ingleses.

III

Otomanos en Arabia.

En 1914 había en la península unos quince mil soldados turcos⁶ que controlaban varias guarniciones en las principales ciudades y en las rutas; su superioridad armamentista sobre los árabes era indiscutible y gozaban de variadas alianzas entre bandidos,

pequeños señores, una confederación importante como los rashidies o el imam Yahya de Yemen; la comunicación con el centro era posible por el ferrocarril, que siguió funcionando hasta el final de la guerra, a pesar de los sabotajes continuos, gracias a la gran cantidad de material rodante que había sido acumulada en Medina por los alemanes, que planeaban continuar la construcción del ferrocarril hacia el sur; el abastecimiento estaba también asegurado por las rutas del desierto, de control difícil, y la complicidad de los jefes beduinos, incluido Ibn Saud⁷. Si bien las tropas turcas no desplegaron mucha capacidad combativa en las ciudades heyazíes, que fueron rápidamente conquistadas, se revelaron enemigos respetables. Contaban con un jefe como Fakri Bajá, comandante de la guarnición de Medina, que parece haber conocido el arte de la guerra junto al de la masacre de armenios; Fakri estaba dotado de un fuerte espíritu religioso y, animado por una visión del mismo Profeta, rehusó rendirse a pesar de las presiones de enemigos y superiores; sólo después el colapso general de los ejércitos turcos consintió en entregarse con 456 oficiales y 34 cañones; no quiso entregar su espada, que depositó sobre la tumba del Profeta⁸. También contaba la Puerta con un aventurero como Eshref Bey, bandido y revolucionario famoso por sus hazañas, que fue capturado por Abdallah cuando se dirigía con armas, correspondencia y dinero a Yemen⁹. Además, los turcos eran temibles porque usaban métodos brutales y en general mostraron un absoluto desprecio hacia las tradiciones relativas a las Ciudades Santas, que se tradujo en el bombardeo de Meca.

La posición de Gran Bretaña en Arabia.

Los objetivos tradicionales ingleses en la zona eran la seguridad en el Golfo Pérsico y en el Mar Rojo; el primero era la ruta hacia los pozos petroleros del sur de Irán, el segundo la yugular entre la India y Europa, ahora con una importancia nueva, por el envío de las tropas indias destinadas al frente europeo. El gobierno indio, con una experiencia secular en las relaciones con el Golfo, ordenó el envío de una expedición que ocupó Fao y Basra (noviembre 1914); frente a las fuerzas locales, los pequeños sultanes o Ibn Saud, siguió su política, análoga a la turca, de subsidios, tratados parciales y ninguna interferencia directa¹⁰.

En el otro extremo de Arabia, el gobierno inglés no consideraba muy importante Heyaz; tras unos meses de guerra, se vio la poca utilidad que tenía para sus enemigos; en Egipto había suficiente número de tropas como para rechazar cualquier ataque frontal, y una flota respetable; no se veía al Mar Rojo como un flanco peligroso: turcos y alemanes, si bien podían mantenerse a la defensiva en tierra, no osaban asomarse al mar. Los barcos ingleses que lo patrullaban eran a veces viejos, sus tripulaciones desembarcaban en Arabia para almorzar y mantenían alguna comunicación pacífica con los puertos del sur¹¹. Un desembarco bélico en la costa árabe no era considerado: el puesto de Aqaba, una guarnición con 350 hombres, representaba alguna molestia, pero su importancia no debía de ser grande, ya que fue tomado en dos ocasiones por fuerzas inglesas y luego abandonado otra vez a los

turcos ante la falta de efectivos para guarnecerlo; las tropas turcas en las ciudades de Heyaz mantenían la comunicación con Yemen, pero ni la intervención anglofrancesa ni la Revuelta Árabe interrumpieron esta comunicación, que continuó hasta el fin de la guerra, gracias a la guarnición de Medina, que por alguna razón no se quiso expulsar, y la ya citada complicidad de los jefes del desierto.

V

La importancia de Heyaz en la guerra.

Otomanos e ingleses mantenían alguna atención sobre Arabia, pero esta región no constituía un teatro principal de la guerra; carecía de importancia estratégica o económica, y tampoco podía esperarse de la península un suministro importante de combatientes, ni siquiera de carne de cañón¹². El valor de los árabes en una guerra moderna era insignificante; esta verdad fue establecida sin piedad por los críticos de de T.E.Lawrence, pero aun la obra de este último permite entrever lo que señalan otros autores: las partidas árabes sólo servían para pequeñas sorpresas y actos de sabotaje, o para disparar durante todo el día, parapetados tras las rocas, contra una guarnición igualmente parapetada, hasta acabar las municiones. Además, su constancia y fidelidad eran siempre dudosas: la Legión Árabe, antes de su eliminación, inspiró páginas elogiosas del coraje de sus miembros, pero también de quejas sobre su falta de cohesión y poca utilidad; los jeques se presentaban entusiastas arrastrando tras de sí a hombres y hasta niños, declaraban siempre un número mayor de combatientes, para recibir

dinero y armas en proporción; luego, se retiraban durante las batallas para prepararse café, se dispersaban al primer choque y las deserciones eran frecuentes, de lo que sobran ejemplos: hasta un 30% en el camino entre Meca y Yedda, hasta 400 hombres por día en Uey, ante la impunidad que suponía la falta de prisiones. Los jefes de Arabia sirvieron a ambos bandos: ayudaron a las tropas de von Kressenstein en su ataque a Egipto, a los turcos sitiados en Medina, y a los refugiados que salían de esta ciudad y encontraban beduinos dispuestos a alquilarles camellos; el emir Nuri Shaalan, proinglés, tenía un hijo que sólo a último momento abandonó el bando turco, y algunas tribus recibían al mismo tiempo ayuda de ambos lados; la falta de pago por adelantado hacía que pasaran al enemigo, o que saquearan caravanas para resarcirse; en Yanbo, había personalidades que negociaban con los víveres enviados por los ingleses.

Los otomanos vieron desde el comienzo esta realidad; Wehib Bey, comandante de la 22ª división de Heyaz, proponía arrestar inmediatamente al imam Hussein y evacuar completamente Arabia, para reocuparla tras la guerra; los Jóvenes Turcos rechazaron esta propuesta y la región entró en alguno de los planes iniciales: se veía su utilidad para mantener la comunicación con Yemen y el Indico, para el envío de propaganda panislámica a Sudán y Egipto y para el bloqueo del Mar Rojo, sea mediante ataques navales y submarinos o la colocación de minas desde Aqaba, amenaza esta que se realizó e hizo subir los precios de los seguros marítimos de 1/2 a 2%¹³. Aun cuando se vio la poca utilidad estratégica de Arabia

y se perdieron posiciones en la zona, los turcos rehusaron abandonar Medina; según Lawrence, eran víctimas de la astucia inglesa, que los obligaba a inmovilizar tropas y distraer recursos; probablemente la verdadera razón fue la determinación de conservar un pie en uno de los santuarios del Islam, tras la pérdida de Meca en 1916 y de Jerusalén en 1917.

El escaso peso militar de Arabia fue también percibido con toda claridad también por los administradores ingleses en India: sus mensualidades a Ibn Saud fueron poco generosas e interrumpidas cuando su apoyo ya no servía.

Por el contrario, los pagos hechos en el frente occidental fueron cuantiosos: seis millones de libras en total. Una intervención de esta magnitud en un territorio poco importante estratégicamente exige un análisis del plan inglés en Arabia, así como de sus antecedentes y presupuestos.

VI

El plan árabe de los ingleses.

La formulación del plan inglés de acción en Arabia era la siguiente: atraer al imam de Heyaz, de gran prestigio espiritual en el Islam, con la promesa de ponerlo a la cabeza del califato, en sustitución del padisha, y de un reino formado por el Arabistán otomano; el esquema lograría el apoyo de los grupos nacionalistas árabes y neutralizaría el llamado otomano al yihad.

Este plan conocía varios antecedentes. La acción de Napoleón en Arabia estuvo influida por su sobrevaloración de la importancia del imam de Meca. En 1833-4, el cónsul inglés Wood, causante de

otros malentendidos en las relaciones angloárabes, informó de un plan de Muhammad Ali, apoyado por Francia, para erigir un califato independiente en Arabia, plan del que no hay otra prueba. En 1860 se formuló un proyecto inglés semejante: sugería ofrecer el califato al imam como medio de contrarrestar la influencia francesa en Egipto¹⁴ ; en las décadas siguientes, se mencionan esquemas parecidos en las cancillerías europeas, en 1911 Guillermo II atribuía el plan del califato árabe a Kitchener, anotando al margen de un telegrama de Kinderlen que aquel contaba con el apoyo de musulmanes indios y egipcios para oponerse al dominio turco¹⁵ y también la prensa musulmana denuncia intrigas en este sentido.

El plan de la Revuelta Árabe, pues, gozaba ya de una venerable antigüedad; sin embargo su formulación resiente numerosos equívocos que la diplomacia europea había acumulado en su trato con los gobernantes musulmanes, equívocos relativos al poder y prestigio del imam, a la naturaleza del califato, del nacionalismo árabe, y del yihad.

El prestigio del imam de Meca provenía de su descendencia del Profeta, descendencia más creíble que la de otras dinastías con igual aspiración. La misma conllevaba respeto hacia las personas de los jefes, manifestada por el más humilde beduino o por el padisha, pero de ninguna manera este respeto redundaba en prestigio político. En el siglo xix, varios teóricos del panislamismo otorgaron un papel principal a Meca y a la peregrinación, como aglutinadores de los musulmanes¹⁶; al Kawakibi llegó a pensar en un congreso islámico en La Meca, cuyas actas redactó haciendo creer

a muchos que había tenido lugar. Sin embargo, la opinión tradicional sobre los jerifes era más severa; abundaban los individuos que reclamaban tal título y a muchos no se les reconocía; se mencionaba la impiedad de la familia; Ibn Saud declaraba que todos los jeques de Arabia tenían mayores títulos de nobleza que el señor de la Meca¹⁷.

La versión del nacionalismo árabe que nos ofrecen T. E. Lawrence, George Antonius o K.T.Khairallah está muy influida por su visión de los nacionalismos europeos: un ideario originado en un renacimiento literario, que se organiza en sociedades secretas civiles y militares y lleva a cabo una labor conspirativa; también la extensión del término "árabe" a todos los arabófonos resiente una influencia europea. Por ello, toda la visión del nacionalismo árabe que subyace en el plan inglés de la Revuelta está desdibujada: el ideario nacionalista no había alcanzado a principios de la primera Guerra Mundial formulaciones muy audaces; la mayoría de sus sostenedores, fuera de la posición extrema de al Kawakibi y de emigrados árabes de París, New York o Buenos Aires, se conformaban con una exaltación del arabismo y pensaban en una autonomía dentro del Estado otomano; en un sistema caracterizado por eternas luchas de poder, el arabismo era utilizado como cobertura ideológica frente a grupos rivales, también árabes, que apoyaban el otomanismo. Confirma lo anterior el hecho que la Revuelta no tuvo eco fuera de Arabia; sólo adhirieron a ella algunos oficiales prisioneros y no hubo deserciones ni levantamientos masivos contra los turcos hasta la última etapa,

cuando eran evidentes tanto la victoria inglesa como la desintegración otomana¹⁸ .

Otra interpretación europea de influencia fue la relativa al califato. En Europa se lo solía ver como una dignidad que se mantenía viva en el Islam y estaba detentada por el padisha, reconocido como jefe espiritual de todo el Islam. Estas afirmaciones no dan cuenta de toda la complejidad relativa al califato. La dignidad había perdido actualidad, el título era usado, pero no como elemento principal, en la titulación otomana; junto a ellos la usaban otros gobernantes y también, en distintas regiones islámicas, oficiales menores, maestros y hasta sastres y peluqueros¹⁹; desde hacia unos siglos, el pensamiento político vacilaba en su explicación de la dignidad; algunos habían pensado en un califato árabe centrado en el imam de Meca, otros pensadores, fuera del círculo de los ulama, se dejaron influir por la idea europea del califa-papa. Pero esas no eran de ninguna manera las ideas dominantes. Al final de la guerra, el coronel Brémont vio el peligro que representaba la frecuente mención del califato en la correspondencia europea; nota al respecto que la institución había mostrado no ser indispensable y su experiencia en el servicio colonial marroquí le aconsejaba no atraer la atención hacia el este "de poblaciones acostumbradas a regirse por sí mismas"²⁰

Por fin, el avance europeo sobre las tierras islámicas había originado varios movimientos de resistencia, que se basaron necesariamente en un llamado religioso; la frecuencia de estos movimientos originó una mayor reflexión sobre el yihad en círculos

islámicos. En Europa, los movimientos y la reflexión consiguiente llevaron a que varias potencias europeas atribuyeran una gran potencialidad al yihad como elemento de movilización. En Alemania, las ideas del barón Max von Oppenheim, gran viajero y conocedor de medios musulmanes, influyeron directamente sobre el kaiser, a quien los informes del barón entusiasmaron al punto de anotar "gut, richtig"²¹ en sus márgenes; ya estallada la guerra, el barón von Wangenheim, embajador alemán en Estambul dijo a su colega norteamericano Morgenthau que su país confiaba poco en la capacidad militar turca, que su interés principal era la proclamación del yihad, con el que se levantaría la población musulmana contra ingleses y rusos²². Académicos como Goldziher y Becker, o el emperador, eran otros propugnadores del yihad, mientras que los militares se mostraban escépticos. La idea continuó durante la guerra con la fundación del periódico al-Yihad, editado por los alemanes en árabe y otras lenguas como elemento de propaganda en los campos de concentración que reunían a musulmanes²³. Del otro bando, tuvo mucho peso la opinión de oficiales ingleses que habían conocido en Sudán la potencialidad de la movilización religiosa; a diferencia de los oficiales en servicio en la India, estos mostraron gran preocupación por lograr que el imam de Meca no endosara el yihad.

Temores y esperanzas parecen infundados; los europeos habían experimentado el poder del yihad en regiones muy peculiares: Sudán, Tripolitania, el Cáucaso, Aceh, donde poblaciones primitivas y de /re/islamización reciente se vieron enfrentadas a una invasión

européa masiva. Al parecer, los musulmanes no compartían su optimismo: fue emitida una extraña proclama²⁴; el embajador norteamericano Morgenthau cuenta cómo sus temores ante posibles masacres de extranjeros fueron recibidas con la más perfecta calma por Enver Bajá, sabedor del poco eco que la proclamación de la guerra santa iba a recibir²⁵.

Del otro lado, Hussein rehusó llamar al yihad, resistiendo a solicitudes tanto turcas como inglesas; Lawrence explica esta actitud por la presencia de cristianos y musulmanes en ambos bandos, pero probablemente se deba a que el imam conocía su mundo más que los europeos.

VII

La actuación del plan.

De esta forma, varias ideas inexactas habían circulado por los gabinetes europeos durante décadas y originado proyectos acerca de un levantamiento nacional árabe dirigido contra los turcos y encabezado por el califa de Meca. Tales proyectos nunca habían trascendido, y apenas hay noticia de un eco árabe a los mismos, fuera de ciertos círculos muy influidos por Europa: Blunt menciona haber oído esquemas de un califato en manos del jerife de boca de un embajador persa, armenio cristiano, y de un periodista cristiano católico, que al parecer recibía dinero del jedive Ismail; este, ya fue mencionado, sostenía ideas semejantes desde un periódico napolitano. Nada prueba que existiera un ideario muy difundido²⁶.

Tampoco el Foreign Office se mostró entusiasta (aunque al parecer aceptaba las suposiciones incorrectas del plan) ya que se

prefería mantener las buenas relaciones con la Puerta; en la primera década del siglo xx, el acercamiento turcogermano pareció sentar las bases para un cambio de situación, pero la experiencia india hacía que los ingleses recelaran de los movimientos nacionales islámicos: ante la noticia de un congreso de gobernantes árabes en Kuwait, que podría ser germen de un movimiento nacionalista árabe dirigido contra la Puerta, Louis Mallet escribió a Grey preocupado por el efecto que una "destrucción del califato" podría tener sobre los musulmanes indios²⁷. Como se vio, Kitchener rechazó los ofrecimientos de Abdallah y se preocupó por dejar bien asentado en el Foreign Office que de ninguna manera había alentado al imam. Sólo la guerra y la alianza de Estambul con los Imperios Centrales llevaron al acercamiento con el gobierno de Meca; sin embargo, este primer acercamiento, obra de Kitchener (octubre 1914), era sólo una invitación a los "árabes de Heyaz", contra la invasión turca; sólo al año siguiente algunos sectores revivificaran e impusieran paulatinamente el plan de la Revuelta Árabe.

Aun en 1914 Heyaz era una región desconocida: el manual que para uso militar redactó entonces Hogarth es una recopilación de noticias de los relatos clásicos de viajes, algunos ya centenarios; ni siquiera se sabía cómo redactar la correspondencia con el imam de Meca, por lo que las cartas de Mac Mahon salieron repletas de formulismos turcopersas poco usados en la región²⁸; los políticos y militares de El Cairo, a diferencia de los de la India, conocían

poco Arabia, pero constituían otro de los centros de decisiones cuya variedad en la diplomacia inglesa llevaba a contradicciones, que las urgencias de la guerra multiplicaban, y a la posibilidad de múltiples influencias. Estos hechos ayudan a explicar por qué pudo resucitarse un plan tan débilmente fundamentado, relativo a una región de poco interés estratégico y que significó gastos desproporcionados y promesas que después no se mantuvieron; después de la guerra se habló de la "ignorancia y fervor mal aplicado", de los dirigentes de El Cairo, asesorados por un conjunto de expertos, entre los cuales los más prominentes eran arqueólogos y viajeros sin gran experiencia política²⁹, y llevados más allá de sus intenciones por figuras controvertidas como el desertor iraquí Muhammad al Faruki³⁰ o T.E. Lawrence.

Del lado musulmán, los gobernantes siempre habían visto, con más astucia, que las ideas del Foreign Office se ajustaban poco a la realidad, pero que era posible aprovechar su persistencia en las mentes europeas. De este modo, los sultanes presentaron el título califal y las pretensiones a una jefatura universal islámica como elemento de negociación ante los europeos; aun tras sus derrotas militares, conservaron por tratado una supervisión religiosa en Bosnia, Libia y Bulgaria³¹. El yihad también fue utilizado en este sentido: Abdul Hamid podía alertar al embajador inglés durante las guerras Balcánicas que, aunque hasta el momento no se había desatado una cruzada, esta podría suscitarse el día de mañana, con lo cual el mundo occidental y especialmente el imperio británico tendrían que temer. Elementos negociadores semejantes eran los

temores expresados de fomento europeo a las actividades de los nacionalistas árabes; estos, por su parte, habían ocultado las feroces peleas localistas habidas en el Congreso reunido en París en 1913 y emitido un manifiesto, en francés, lleno de propósitos razonables³².

En 1916, el imam y sus hijos siguieron la misma táctica; su correspondencia con los europeos muestra que habían entendido los supuestos por estos mantenidos y empleaban sus mismos términos; hablaban de la nación árabe y de la instauración de un califato. Se trataba de un discurso para los ingleses, un análisis de las ideas políticas de los dirigentes mequíes muestra que en su universo mental esta fraseología resultaba extraña.

VIII

La ideología de Hussein³³.

No existía en el círculo del imam un gran entusiasmo nacionalista; un hijo de Hussein era de madre turca y mantuvo una actitud reservada; muchos conservaban fuertes lazos con la Puerta y eran de cultura turca; el mismo Hussein tenía, junto con su esposa turca, un conocimiento deficiente del árabe, que escribía incorrectamente, o por lo menos su prosa estaba repleta de fórmulas turcopersas que la hacían a ratos ilegible; su proclama, hostil al Comité de Unión y Progreso, se esmera en aclarar que los jerifes siempre fueron los primeros en reconocer a los sultanes otomanos "(que el polvo de sus tumbas sea bendito y el Paraíso su demora)", observaron sus leyes y apoyaron sus expediciones militares; también

Abdallah muestra en sus Memorias aprecio a la figura de Abdul Hamid, quien no hizo matar a nadie, asegura, a diferencia de los Jóvenes Turcos³⁴.

El rechazo hacia el gobierno turco se apoyaba en concepciones extremadamente conservadoras. La proclama de Hussein, de acuerdo con la teoría clásica sunni, veía la Ummah musulmana, no la nación árabe, como el elemento sustantivo; el gobierno turco era culpable por haberse apartado de la sharia: las leyes de la herencia favorables a las mujeres, el aflojamiento de las normas relativas al Ramadán en el ejército, los cambios en las leyes sobre pruebas, eran innovaciones condenables; ideas semejantes expresa la proclama de los ulama de Meca: el Comité de Unión y Progreso es el gran pervertidor de las costumbres, quien lo dude, que vaya a Estambul y verá con sus ojos a mujeres musulmanas expuestas sin velo ante la mirada de los extraños. Abdallah se mostró incapaz de tolerar el comunismo, en la continuación de sus Memorias escritas muchos años después, pero revelaba ideas más acordes con la época: deben adoptarse las leyes modernas, opinaba, y luego se encontrará en el Corán alguna razón para justificarlas; veía la excelencia de la nación árabe y probablemente se deba a su iniciativa el discurso que hallamos en la correspondencia jerifial con los ingleses y en los titulares de al Qibla, el periódico oficial; se habla ahí de nación árabe, y de los derechos de los armenios, cuestión nacional por encima de toda cuestión religiosa; sin embargo, no llegó a adherir a las ideas extremas de al Kawakibi, donde el factor nacional domina al religioso.

En la cuestión del califato, las declaraciones para uso interno son más cautas que las declaraciones dirigidas a MacMahon: la declaración de los ulama de Meca dejaba la cuestión para un solución futura; a principios de 1918, el periódico oficial aclararía que el imam renunciaba al califato³⁵

IX

El carácter de la Revuelta Árabe.

La Revuelta Árabe aparece como la última jugada del imam para mantener el status quo secular; su alianza con los movimientos nacionalistas árabes fue puramente táctica; sus hijos, que adhirieron más estrechamente a la alianza, le desobedecieron en forma creciente, a medida que el avance hacia el norte cambiaba la situación. Se trataba de eliminar la tradicional protección imperial egipcia u otomana y sustituirla por la protección inglesa, que se mantendría a raya mediante el apoyo que el Islam brindaría a su centro religioso, mientras que las nuevas provincias árabes suministrarían la base económica de la que carecía Heyaz. Las cartas de Hussein a Mac Mahon, tras una rápida alusión a la instalación del califato, se ocupan de este asunto principal: la fijación de las fronteras del futuro Estado árabe. No había la intención de introducir cambios en la estructura social y política: gobernante muy autoritario y conservador, Hussein solicitó se tuviera en cuenta, para cualquier ordenamiento futuro, las distintas condiciones que regían en las otras provincias y en Heyaz. Las reformas aquí introducidas fueron mínimas: alguna fiscalización del comercio de esclavos y de los abusos contra los peregrinos; la

eliminación del sistema escolar turco llevó a su sustitución por otro de tres niveles, exclusivo para varones y en el que faltaba la enseñanza de lenguas extranjeras y destacaba la del Islam³⁶.

La Revuelta fue un asunto dinástico, la apoyaron los jerifes y los beduinos, que vieron una fuente inesperada de ganancias. La guerra arrojó mucho dinero a Heyaz; con el vocabulario que desplegaría años más tarde en su magnum opus, A. Toynbee señala cómo, con la desconfianza instintiva de los bárbaros hacia las cosas de la civilización (plenamente justificada en este caso), los árabes de los dos bandos exigían pagos en oro y al contado; los ingleses pagaron e intentaron recuperar algo de este oro introduciendo manufacturas indias en Arabia, con poco éxito ya que ahí se prefería emplear las monedas como adorno para los vestidos o los mangos de los puñales³⁷. Por algún tiempo, el dinero corrió libremente en Arabia y se podía derrocharlo: los beduinos que rodeaban a Lawrence vestían espléndidamente, se mostraban insolentes hacia los ingleses y hasta comían diariamente; Brémond vio a uno que pagó una esterlina por una cajetilla de fósforos y rechazó el cambio; los precios aumentaron, la esterlina se convirtió en la unidad monetaria y el valor de la rupia cayó³⁸. La popularidad de Feisal entre los beduinos, que lo siguió hasta su reinado iraquí, se debe a su educación en el desierto pero también a esta prosperidad de la época de la guerra.

Por el contrario, la Revuelta contó con poca participación de los ciudadanos de Heyaz; estos, de variado origen, tenían motivos para añorar el gobierno turco; en el centro del Islam, beneficiado

tradicionalmente por las donaciones de la Puerta e ignorante de la realidad europea, el poder de Estambul parecía invencible, se consideraba al padisha como "amo del mundo", al que estaban sometidos los seis sultanes infieles³⁹; la alianza con los europeos fue objeto de escándalo en varias regiones musulmanas, sobre todo en la India, y el escándalo tuvo eco en Heyaz. Además, la burocracia había sido reducida y muchos habían perdido sus puestos; la experiencia que tenía Hussein de la administración pública otomana le había enseñado que cualquier burocracia, por mejor pagada que estuviera, siempre buscaría ganancias ilícitas, por lo que era inútil pagar sueldos altos. En cuanto a los comerciantes, el imam pensaba que siempre evadían impuestos y, aunque no los evadieran, su monto era devorado por los funcionarios, por lo que consideraba más efectivos los saqueos periódicos a los comerciantes, que en gran número se fueron o redujeron al mínimo sus negocios⁴⁰; el Código Civil otomano había perdido vigencia y con ello se había originado confusión; además la Revuelta contaba, para disgusto de los ciudadanos, con la adhesión de los beduinos. Entre los heyazíes parece haber dominado una posición acomodaticia como la de Sayid Muhammad al Tayil, director de Aduanas de Yedda que traspasó sucesivamente su fidelidad de los turcos a Hussein y de este a Ibn Saud⁴¹; en Medina, la población apoyó a los turcos: el ferrocarril había hecho crecer la ciudad en habitantes y actividad edilicia y el antiguo santuario alejado amenazaba con superar a Meca; también otras ciudades tocadas por el ferrocarril, como Ma'an, Tabuk y al Ula se habían beneficiado y la interrupción

del servicio las perjudicaba. Es posible que hayan compartido tal indiferencia los pocos cultivadores de los oasis, como el solitario habitante de Kurr, que sólo vio en la Revuelta ocasión para vender verduras a Lawrence y sus hombres⁴².

La adhesión del imam y sus hijos no fue en ningún momento sólida, y durante toda la guerra mostraron su ambigüedad acostumbrada: cuando aún pertenecían al bando turco, rehusaron prestar ayuda a la tripulación del Emden; el estallido de la Revuelta sorprendió a los dirigentes turcos Enver y Yemal en Heyaz, y sin embargo, no fueron apresados, ya que el imam argumentó que los deberes de la hospitalidad se lo impedían, y los dejó que se refugiaron en Medina; la mención del nombre del sultán en la iotba de los viernes se mantuvo hasta 1917 ó 1918. La correspondencia entre Feisal y los turcos continuó durante la guerra: Lawrence asegura que era para ahondar las brechas entre elementos clericales y nacionales, pro y anti-germanos; es posible que su juego fuera menos sutil y honrado: el ministro de relaciones exteriores del imam, un profesor sudanés al parecer muy cínico, aseguraba ante la inercia inglesa (1916) que siempre quedaba el recurso de tratar con los turcos y mantuvo contactos con Max von Oppenheim, que desde Medina le ofrecía obtener de Estambul un iradé con garantías; desde la publicación del llamado tratado Sykes-Picot, que los turcos comunicaron a Feisal, los esfuerzos de acercamiento se multiplicaron: Abbas Hilmi, el jedive depuesto, había concluido un tratado con los alemanes; Liman von Sanders asegura que en agosto de 1918 Feisal ofreció traicionar a los ingleses y poner su

ejército al servicio del 4º Ejército turco, al tiempo que informó que los ingleses preparaban una ofensiva desde la costa; esta maniobra tenía la finalidad de asegurar la garantía turca de constituir un Estado árabe; Estambul no creyó en la realidad de estos ofrecimientos, que dejó caer⁴³.

X

Consecuencias de la Revuelta.

Hussein y sus hijos no estuvieron a la altura de la empresa que acometieron. Las fuerzas que habían convocado eran demasiado extrañas; a pesar de la experiencia centenaria y los contactos cortesanos y parlamentarios de Estambul, se hallaron incómodos en el mundo de la política europea; carecían además de la talla de Ibn Saud, rey del desierto que supo captar la admiración de propios y extraños; Faisal debió parte de su fracaso diplomático en Europa a su desconocimiento del inglés y del francés, tal como asegura su amigo George Antonius; su hermano Abdallah, aunque poeta renombrado, tampoco pudo nunca dominar el inglés y dejó unas Memorias de muy pobre elaboración. Los juicios elogiosos sobre el imam, provenientes de Lawrence y Antonius, amigos de la dinastía, quizás aciertan al referirse a la calidad humana de sus miembros, pero encontramos también conceptos menos elogiosos sobre el imam de parte de quienes vieron la dimensión política de su obra: "difícil e irrazonable", "molestia ruidosa y malcriada", "muñeco dependiente del oro inglés", "ni Hussein ni Abdallah muestran tener un grano de entendimiento político, estratégico o táctico..." aseguraron

algunos testigos europeos, y anécdotas ridículas sobre las extrañezas del imam empezaron a circular en los medios diplomáticos; del lado islámico, Rashid Rida, que había ofrecido su colaboración a Hussein al comienzo de la guerra, se apartó después y llegó a hablar de él y de sus hijos como "el mayor desastre que haya caído sobre el Islam", corruptos e ineficientes, culpables de haber abierto las puertas a los ingleses y haber engañado a sirios y palestinos⁴⁴.

El juicio de Rida tiene fundamento; durante la guerra, fue inevitable el ingreso masivo de europeos a Arabia: mientras que asesores alemanes penetraban hasta Medina, se veían en Heyaz franceses e ingleses; estos últimos afirmaron su dominio de varios aspectos de la vida heyazí, controlaban el servicio de navegación y las comunicaciones telegráficas, el puerto y el hospital de Yedda, el servicio de correos, para el que imprimían las estampillas; la moneda inglesa se había impuesto, aunque continuaban la heterogénea circulación habitual; el comercio de esclavos fue por primera vez objeto de algún control.

Las potencias europeas no pudieron sustituir a los protectores musulmanes, defraudaron a los jefes y no impidieron que los invasores del desierto les arrancaran su dominio secular. Esta realidad obliga a reconsiderar las consecuencias de la alianza anglo heyazí; después de la guerra, individuos como el antiguo gobernador de Yedda o el viejo Hurgronje llegaron a opinar que sólo se había "comprado sangre árabe con oro inglés"⁴⁵.

En realidad, más que la perfidia inglesa, es de culpar la

acción audaz de los jefes, que se apartaron del aislamiento acostumbrado y la acostumbrada ambigüedad ante las potencias, lo que significó su ruina. El imam Yahya, que logró conservar el aislamiento que aseguraba su autocracia, les recriminó con sapiencia:

"...los cristianos os mostraron un hermoso árbol cubierto de follaje verde, y en vuestro apresuramiento a refugiaros bajo su sombra, no habéis visto que el árbol estaba desprovisto de raíces, y no habéis sospechado que su follaje caería al primer ardor del sol"⁴⁶.

Notas

1. Mucke (1929), cap.xi.
2. Monfreid (1932), p.264.
3. Sobre la misión von Stotzingen, Maugh (1937), que traduce un artículo del Orient Rundschau de Berlín.
4. Mucke (1929), p.179 n.1.
5. La aventura del Emden es relatada por su capitán M.von Mucke, con variadas noticias sobre la situación árabe del momento, Mucke (1929).
6. Aur (1978) p.93; Larcher (1926), p.491 habla de 23.000 hombres.
7. Troeller (1976), p.182; Silberfarb (1980), p.175.
8. Sobre la defensa de Medina, Tibawi (1971).
9. Lawrence (1963), p.169.
10. Sobre la política angloindia durante la guerra y sus diferencias con el F.O., Troeller (1971), Silberfarb (1980).
11. Morris (1959), p.39; Mucke (1929), pp.112 ss.
12. Críticas a la actuación de los árabes en al guerra, Brémond (1931) pp.86, 87, 112,116, 129n.3, 142, 157, 200, 260, 284 ss.; Vickery (1923), p.51-2.
13. Brémond (1931), p.162 n.5.

14. Temperley (1964), p.422.
15. Lepsius et al. (1926), t.30, pte.1, pp.50-51.
16. Mencionan varias de estas opiniones Hourani (1962), p.268 y Landau (1990), pp.24, 32, 34-5, 82, etc.
17. Proclama de Ibn Saud, en Diniet (1930), p.211; Larcher (1926), p.503.
18. Expone estas ideas Dunn (1973), en los varios ensayos que componen el volumen.
19. La identidad de nombres no implicaba, por supuesto, confusión de funciones.
20. Brémond (1931), p.35; sobre las opiniones decimonónicas respecto al califato, Arnold (1924), pp.163 ss; Arnold (SEJ); Gibb (1962).
21. Landau (1990), p.97.
22. Morgenthau (1919), p.149.
23. Heine (1980).
24. Traducción en Larcher (1926), p.45-7.
25. Morgenthau (1919), p.156.
26. Hourani (1962), p.268.
27. Carta de L.Mallet a Lord Grey, en Cooch & Temperley (1926-38).
28. Antonius (1939), p.168.
29. Zeine (1960).
30. Tauber (1990).
31. Arnold (1923).
32. Relata estas peleas Huin (1953). El manifiesto en Cooch & Temperley (1926-1938).
33. Dunn (1976).
34. Abdullah (1960), cap.3; proclama de Hussein y los u]am en Horne & Austin (1923), pp.234-55.
35. Brémond (1931), p.256.
36. Alami (1975).
37. Toynebee (1927), pp. 273, 274 n.1, 283.
38. Brémond (1931), pp. 87, 162 n.1, 275.
39. De Gury (1961), p.264.
40. Philby (1925), pp.339 ss.
41. Philby (1925), p.336-7.

42. Lawrence (1963), p.238.
43. Brémond (1931), pp. 129, 256, 85, 103, 111.
44. Resume estos juicios Troeller (1976), p.147.
45. Meulen (1957), p.82.
46. Brémond (1931), p.335.

Bibliografia.

Abdullah

Memoirs of King Abdullah of Transjordan.- Ed.P.P.Graves.- London: Jonathan Cape, 1950.

Abir, M.

"Relations between the government of India and the Sharif of Mecca during the first invasion of Egypt, 1798-1801", Journal of the Royal Asiatic Society (1965), pp.33-42.

"The 'Arab Rebellion' of Amir Ghalib of Mecca (1788-1813)", Middle Eastern Studies, 7 (1971), pp.185-200.

Abu-Manneh, Butrus

"Sultan Abdulhamid II and the Sharifs of Mecca (1880-1900)", Asian and African Studies /Jerusalén/, 9 (1973), pp.1-21.

Alami, Jamal

"Education in the Hijaz under Turkish and Sharifian rule", Islamic Quarterly, vol.19 (1975), pp.42-47.

Albuquerque, Afonso de

Comentários do grande Afonso de Albuquerque.- 4.ed.- Coimbra: Imprensa da Universidade, 1923.

Aldington, Richard

Lawrence l'imposteur.- tr.fr.- Paris: Amiot-Dumont, 1954.

Amer, Mustafa

"An Egyptian explorer in Arabia in the 19th Century", Bull.de la Soc.Royale de Géog.d'Egypte, 18 (1932-34), pp.29-45.

Amr, Saleh Muhammad al-

The Hijaz under Ottoman Rule 1869-1914: Ottoman Vali, the Sharif of Mecca, and the Growth of British Influence.- /Riyad/: Riyadh University Publications, 1978.

Amin, Osman

Muhammad Abduh.- Tr.ingl.- Washington: American Council of Learned Societies, 1953.

Amin, Samir

La nation arabe.- Paris: Ed.du Minuit, 1976.

Antonius, George

The Arab Awakening.- Philadelphia: J.B.Lippincott, 1939.

Arnold, T.W.

The Caliphate.- Oxford: Clarendon Press, 1924.
art. "Khalifa", en: SEI, p.236.

- Avril, Adolphe A.
L'Arabie contemporaine; avec la description du pèlerinage de la Mecque.- Paris: A. Maillet, 1858.
- Badia y Leblich, Domingo (Ali Bey)
Viajes por Africa y Asia /.../.- tr. esp.- Pról. de Guillermo Diaz-Plaja.- Barcelona: Olimpo, 1943.
Viajes por Marruecos, Tripoli, Grecia y Egipto.- tr. esp.- Pról. de Juan Goytisolo.- Barcelona: Olañeta, 1982.
- Baldry, John
 "The Yamani Island of Kamaran during the Napoleonic Wars", Middle Eastern Studies, 16 (1980), pp.246-266.
- Batou, Jean
 "L'Egypte de Muhammad Ali, pouvoir politique et développement économique", Annales (Economies, Sociétés, Civilisations) (1991), pp.401-428.
- Beccari, G.B.
Guida descrittiva, economica e commerciale dei porti più ragguardevoli del Mar Rosso; il pellegrinaggio musulmano ed il Canale di Suez.- Montevarchi: Galassi, 1880.
- Beckingham, C.F.
 "Some early travellers in Arabia", Journal of the Royal Asiatic Society, 1949, pp.155-176.
 "Dutch travellers in Arabia in the Seventeenth Century", Journal of the Royal Asiatic Society, 1951, pp.64-81.
- Benda, Harry J.
 "Christiaan Snouck Hurgronje and the foundation of Dutch Islamic policy in Indonesia", The Jr. of Modern History vol.30 (1958), pp.338-347.
- Bidwell, Robin
 "The Brémond mission in the Hijaz, 1916-17: a study in inter-allied co-operation", en Arabian and Islamic Studies: Articles Presented to R.B.Serjeant.- (R.Bidwell &G.R.Smith eds.)- Harlow: Longman, 1983, pp.182-195.
- Bird, James.
 "Observations sur les moeurs des peuples qui habitent la côte méridionale d'Arabie et les rivages de la Mer Rouge, et remarques sur la géographie ancienne et moderne de cette contrée et sur la route de Kosir à Kenh par le désert", Nouv. Ann. de Voyages t.6, 2^o série (1835), pp.162-191.

- Blake, G & King, R.
 "The Hijaz Railway and the pilgrimage to Mecca", Asian Affairs, 3 (1972), pp.317-325.
- Blunt, Anne
Voyage en Arabie: pèlerinage au Nedjed, berceau de la race arabe.- tr.fr.- Paris: Hachette, 1882.
- Bonin, Charles-Eudes
 "Le chemin de fer du Hedjaz", Annales de Géographie, t.17 (1909), pp. 416-432.
- Boutan, L
Voyage dans la Mer Rouge.- Lille: Le Bigot, 1892. Extracto de la Revue Biologique du Nord de la France.
- Boxhall, Peter
 "The diary of a Mocha coffee agent", Arabian Studies, I (1974), pp.102-118.
- Braude, Benjamin
 "Palgrave and his critics, the origins and implications of a controversy: Part One, the Nineteenth Century -the Abyssinian imbroglio", Arabian Studies, 7 (1985), pp.97-138.
- Braudel, Fernand
El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II.- 2^oed.- Trad. esp.- México: FCE, 1976.
- Brémond, E
Le Hedjaz dans la Guerre Mondiale.- Préf.Franchet d'Esperey.- Paris: Payot, 1931. 351 pp.
- Brockelmann, Carl
Geschichte der Arabischen Litteratur.- Leiden: Brill, 1949.
- Brunschwig, R.
 art. "abd", en: EI (2^oed), vol.I, pp.35-37.
- Buhl, Frans (y N.Elisséeff)
 art. "Adhri'at", en: EI (2^oed), vol.I, p.194.
- Burckhardt, John Lewis
Notes on the Bedouins and Wahabys.- London: H. Colburn, 1830, 2 vols.

Travels in Arabia, comprehending an Account of those Territories in Hedjaz which the Mohammedans regard as Sacred.- London: H.Colburn, 1829. 2 vols.

- Burton, Richard F.
Personal Narrative of a Pilgrimage to al-Madīnan & Meccah.-
 London:Tylston and Edwards: 1893 (reimpr.N.York: Dover, 1964),
 2 v.
- Capper, James
Observations on the Passage to India through Egypt and across
 the Great Desert, with Occasional Remarks on the Adjacent
 Countries, and also Sketches of the different Routes.- London:
 W.Faden, 1783.
- Casas, Augusto
Ali Bey: vida y aventuras de don Domingo Badia.- Barcelona:
 Luis Miracle, 1943.
- Cattaui, René
Le règne de Mohamed Ali d'après les archives russes en
 Egypte.- Le Caire: Soc.Royale de Geogr.d'Egypte, 1931.
- Cattaui, René & Georges
Mohamed Ali et l'Europe.- Préface de M.F.Charles-Roux.- Paris:
 Geuthner, 1950.
- Cezzar, Ahmed Pasha
Ottoman Egypt in the Eighteenth Century.- Ed. and tr. by
 Stanford J. Shaw.- Cambridge: Harvard Univ.Press, 1962.
- Colin, G.S.
 art. "Çay", en: EI (2°ed), vol.II, pp.17-18.
- Colombe, Marcel
 "Islam et nationalisme à la veille de la première Guerre
 Mondiale", Revue Historique, t.223 (1960), pp.85-98.
- Cook, Michael
 "The expansion of the first Saudi State: the case of Washm",
 En: The Islamic World; Essays... B.Lewis (C.E.Bosworth et al.
 eds.).- Princeton, N.J.: Darwin Press, 1989, pp.661-699.
- Cordier, G.
 "Un voyage à la Mecque", Revue du Monde Musulman, 14 (1911),
 pp.510-513.
- Courtellemont, Gervais
Mon voyage à la Mecque.- Paris: Hachette, 1896.
- Chaudhuri, K.N.
 art. "Kahwa" en: EI (2°ed), vol.IV, pp.449-455.

Chelhod, J.

"L'Arabie du Sud vue par Carsten Niebuhr", Revue de l'Occident Musulman et de la Méditerranée, 18 (1974), pp.19-44.

DAMASCUS and the Mecca Railway", National Geographic Magazine nov.1901, pp.408ss.

Das Gupta, Ashin

"Trade and politics in 18th Century India", en: Islam and the Trade of Asia (D.S.Richards ed.)- Oxford: Bruno Cassirer, 1970, pp.181-214.

Dawn, C.Ernest

"Ideological influences in the Arab Revolt", En: The World of Islam; Studies... Philip K. Hitti (James Kritzeck & R.Bayly Winder eds.)- London: Macmillan, 1960, pp.233-248.

"The amir of Mecca al-Husayn and the origin of the Arab Revolt", Proc.of the American Philosophical Soc., vol.104 (1960), pp.11-34.

"The rise of Arabism in Syria", Middle East Journal, vol.16 (1962), pp.145-168.

From Ottomanism to Arabism.- Urbana: Univ.of Illinois Press, 1975.

De Gaury, Gerald

Rulers of Mecca.- London: Harrap, 1951.

Descoudray, M.

"Voyage à la Mekke dans les années 1826-1827", Annales des Voyages, 2^e série (1829), pp.198-217.

Dictionnaire universel théorique et pratique du commerce et de la navigation.- Paris: Librairie de Guillaumin et Cie., 1859.

Didier, Charles

Séjour chez le Grand-Chérif de la Mekke.- Paris: Hachette, 1857.

Cinquante jours au désert.- Paris: Hachette, 1857.

Dinet, Edouard

Le pèlerinage à la maison sacrée d'Allah /etc/.- Paris: Hachette, 1930.

Dohaish, Abdullatif Abdullah

History of Education in Hijaz up to 1925.- El Cairo: Dar al Fikr al Arabi, 1978.

Duguet, Firmin

Le pèlerinage de la Mecque au point de vue religieux, social et sanitaire.- Paris: Rieder, 1932.

Edwards, F.M.

"George Forster Sadleir (1789-1859) of the 47th Regt.; the first European to cross Arabia", Journal of the Royal Central Asiatic Society, 44 (1957), pp.38-49.

Elwell-Sutton, L.P.

art. "Çay-Khana", en: EI (2°ed), Suppl.Fasc.3-4, pp.169-170.

Essner, Cornelia

"Cholera der Mekkapilger und internationale Sanitätspolitik in Aegypten (1866-1938)", Welt des Islams, 32 (1992), pp.41-82.

Farah, Caesar E.

"Anglo-Ottoman confrontation in the Yemen, 1840-9", Arabian Studies, 8 (1990), pp. 137-169.

Farhi, David

"Nizam i Çedid; military reform in Egypt under Mehmed Ali", Asian and African Studies /Jerusalén/, vol.18 (1972), pp.151-183.

Farmer, Henry George

"Meccan musical instruments", Journal of the Royal Asiatic Society (1929), pp.489-505.

Farnie, D.A.

East and West of Suez; the Suez Canal in History 1854-1956.- Oxford: Clarendon Press, 1969.

Findley, Carter Vaughn

"A Muslim Pilgrim's progress: Asci Dede Ibrahim Halil on the Hajj, 1898", En: The Islamic World; Essays... Bernard Lewis (C.E.Bosworth et al.ed.).- Princeton, N.J.: Darwin Press, 1989, pp.479-512.

Fletcher, Max E.

"The Suez Canal and world shipping", Jr.of Econ.Hist., vol.18 (1958), pp.556-573.

Fresnel, Fulgence

"L'Arabie vue en 1837-1838", Journal Asiatique 6° Série (1871), pp.5-164.

García Gascón, Eugenio

"La estación de Hiyaz de Damasco", Bol.de la Asoc. Española de Orientalistas, Año 24 (1988), pp.411-417.

- Gaudefroy-Demombynes, Maurice
Le pèlerinage à la Mecque.- Paris: Neuthner, 1923.
- Gautier, E.-F.
 "Les villes saintes de l'Arabie", Annales de Géographie, t.27
 (1918), pp. 115-131.
Moeurs et coutumes des musulmans.- Paris: Payot, 1955.
- Gibb, Hamilton A.R.
 "Some considerations on the Sunni theory of the Caliphate",
 En: Studies on the Civilization of Islam.- Princeton, N.J.:
 Princeton Univ.Press, 1962, pp.141-150.
- Glubb, J.C.
 "The Bedouins of Northern Arabia", Journal of the Central
 Asiatic Society, 22 (1935), pp.13-31.
- Gobineau, Arthur de
Trois ans en Asie.- Paris: Bernard Grasset, 1923.
- Gooch, G.P. & Harold Temperley (eds)
British Documents on the Origins of the War 1898-1914 -
 London: Foreign Office, 1926-1938, vol.X, pte.2.
- Gran, Peter
Islamic Roots of Capitalism: Egypt 1760-1840.-Foreword by Afaf
 Lufti Al-Sayyid Marsot.- Austin & London: Univ.of Texas Press,
 1979.
- Grant, Christina Phelps
The Syrian Desert: Caravans, Trade and Exploration.- London:
 A. & C. Black, 1937.
- Grohmann, Adolf
 art. "al-Kasim" en EI, vol.II, pp.845-6.
 art. "Kunfuda" en EI, vol.II, p.1189.
 art. "Sawakin" en EI, vol.IV, pp.192-3.
- H.E.B.
 "Mr.George Antonius, C.B.E.", Journal of the Royal Central
 Asiatic Society, 29 (1924), pp.285-6.
- Hadji Khan
With the pilgrims to Mecca: the Great Pilgrimage of A.H.1319;
 A.D.1902.- by Hadji Khan ...and Wilfrid Sparroy.- Intr.
 A.Vambéry.- London & New York: John Lane, 1905.
- Haim, Sylvia G.
 "The Arab Awakening, a source for the historian?", Welt des
 Islams n.s., vol.2 (1953), pp.237-250.

- Hamidullah, Muhammad
 "Le pèlerinage à la Mecque", en: Les pèlerinages, (Sources Orientales, 3).- Paris: Ed. du Seuil, 1960, pp.89-139.
- Hansen, Thorkild
Arabia Felix: The Danish Expedition to Arabia of 1761-67.- Tring.- London: Collins, 1964.
- Hawley, Donald
The Trucial States.- London: George Allen & Unwin, 1970.
- Headley, Lord
 "Pilgrimage to Mecca", Journal of the Central Asiatic Society, 11 (1924), pp.20-35.
- Heine, Peter
 "Al-Gihad- eine Deutsche Propagandazeitung im I. Weltkrieg", Welt des Islams n.s., vol.20, n.3-4, pp.197-199.
- Hess, Andrew
 "The evolution of the Ottoman seaborne empire in the age of the oceanic discoveries", American Historical Review 85 (1970), pp.1892-1919.
- Hogarth, David George
The Penetration of Arabia: a Record of Western Knowledge concerning the Arabian Peninsula.- London: Alsten Rivers, 1905.
- Horne, Charles & Walter F. Austin (eds)
Source Records for the Great War.- /United States/: National Alumni, 1923.
- Hourani, Albert
Arabic Thought in the Liberal Age 1789-1939.- London: Oxford Univ. Press, 1962.
- Hunwick, J.O.
 "Salih al Fullani (1752/3-1803): the career and teachings of a West African 'Alim in Medina", en In Quest of an Islamic Humanism: Arabic and Islamic Studies in Memory of Mohamed al Nowaihi.- (A.H.Green ed.)- Cairo: American University in Cairo Press, 1984, pp. 139-153.
- Hurgronje, Christiaan Snouck
Verspreide Geschriften.- Bonn & Leipzig: Kurt Schreider, 1923.
 "L'Arabie et les Indes Néerlandaises", Revue d'Histoire des Religions, 57 (1908), pp.60-80.
 "Aus Arabien", VG iii, pp.1-13 (= Münchener Allgemeine Zeitung, 16 nov.1885).

"Les confréries religieuses, la Mecque et le Panislamisme", VG iv, pp.183-196 (= Revue d'Histoire des Religions 44 /1901/, pp.262-281).

"L'eau du puits Zemzem à La Mecque", VG, ii, pp.21-23 (= Recueil des travaux chimiques des Pays-Bas, t.V, n.6 /1886/, pp.266-270).

"Qatadah's policy of splendid isolation of the Hijaz", VG, ii, pp.357-362 (= A Volume of Oriental Studies... E.G.Browne.- Cambridge: 1922).

"Über eine Reise nach Mekka" VG iii, pp.45-63 (= Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin, 14 /1887/, pp.138-153).

"Ethnographisches aus Mekka", VG iii, pp.125-135 (= Internationales Archiv für Ethnographie 1 /1888/, pp.146-154).

Mekka.- Haag: Martinus Nijhoff, 1888. 2 v.

Mekka in the Latter Part of the 19th. Century; Daily Life, Customs and Learning; The Moslems of the East Indian Archipelago.- Leiden : Brill, 1931. /Reprint: Brill, 1970/.

"Notes sur le mouvement du pèlerinage de la Mecque aux Indes Néerlandaises", Revue du Monde Musulman, 15 (1911), pp.397-413.

Ingram, E.,

"A preview of the Great Game in Asia. 1: The British occupation of Perim and Aden in 1799", Middle Eastern Studies. 9 (1973), pp.3-18.

"From trade to empire in the Near East- 1: The end of the spectre of the overland trade, 1775-1801", Middle Eastern Studies., 14 (1978), pp.3-21.

Issawi, Charles

The Economic History of the Middle East. 1800-1914.- Chicago & London: The Univ.of Chicago Press, 1966.

"The decline of Middle Eastern trade 1100-1850", En: Islam and the Trade of Asia (D.S.Richards ed.).- Oxford: E.Cassirer, 1970, pp.245-266.

Iyas, Ibn

Journal d'un bourgeois du Caire.- tr.Gaston Wiet.- Paris: A.Colin, 1955.

Jarvis, C.S.

"Sinai", Journal of the Royal Central Asiatic Society, 22 (1935), pp.32-51.

"The goat standard", Journal of the Royal Central Asiatic Society 24 (1937), pp.318-326.

Jomier, Jacques

art. "Amir al Hadjdj", en: EI (2° ed), vol.I, p. 456.
(y F.Buhl), art. "Mahmal", en: EI (2°ed), vol. VI, pp.44-46.

Le mahmal et la caravane égyptienne des pèlerins à la Mecque.-
Le Caire: Institut Français d'Archéologie Orientale, 1953.

Kamal, Ahmad

The sacred Journey, being Pilgrimage to Mekkah.- N.York:
Duell, Sloan and Pearce, 1961.

Kammerer, Albert

La Mer Rouge, l'Abyssinie et l'Arabie depuis l'Antiquité.-
Le Caire: Soc.Royale de Géographie d'Egypte, 1929.

Kazem Zadeh, Hossein

"Relation d'un pèlerinage à la Mecque", Revue du Monde Musulman, 19 (1912), pp.144

Kelly, J.B.

"Mehemet Ali's expedition to the Persian Gulf 1837-1840",
Middle Eastern Studies, vol.1 (1965), pp.350-381, vol.2
(1965), pp.31-65.

Khairallah, K.T.

Le problème du Levant; les régions arabes liberées; Syrie, Irak, Liban.- Paris: Ernest Leroux, 1919.

Kiernan

L'exploration de l'Arabie; depuis les temps anciens jusqu'à nos jours.- tr.fr.- Paris: Payot, 1938.

Kimche, D.

"The opening of the Red Sea to European ships in the late Eighteenth Century", Middle Eastern Studies, 8 (1972), pp.63-71.

Kortepeter, C.Max

"The rise of king 'Abd al 'Aziz ibn Sa'ud during the era of Ottoman Sultan 'Abd al Hamid II (1876-1909), En: The Islamic World; Essays... B.Lewis (C.E.Bosworth et al. eds).- Princeton, N.J.: Darwin Press, 1989, pp.733-769.

- Kour, Zaki
 "Why the British took Aden", Middle East International, n.56 (1976). pp.28-29.
- Labrousse, H
 "Les expéditions maritimes françaises du xviii siècle en Mer Rouge et au Yémen", En: Océan indien et Méditerranée (V^o Coll. Int. Hist. Maritime.- Lourenço Marques, 1962).- Paris: Sevpen, 1964, pp.391-411.
- Lamartine, Alphonse de
Voyage en Orient.- En: Oeuvres complètes.- Paris: Gosselin, Furne, Pagnerre, etc, 1850, t.6.
- Landau, Jacob M.
 "A new manuscript of the Muslim pilgrimage", en: V Congrès International d'Arabisants et Islamisants (Bruxelles- Centre pour l'Etude des Problèmes du Monde Musulman Contemporain, 1970), pp.309-316.

The Politics of Pan-Islam: Ideology and Organization.- Oxford: Clarendon Press, 1990.
- Landen, Robert Geran
Oman since 1855; Disruptive Modernization in a Traditional Arab Society.- Princeton: Princeton Univ.Press, 1967.
- Larcher, M
La Guerre turque dans la Guerre Mondiale.- Préf.Franchet d'Esperrey.- Paris: Chiron-Berger-Levrault, 1926.
- Lawrence, T.E.
Seven Pillars of Wisdom, a Triumph.- London: Jonathan Cape, 1963.
- Lawson, Fred H.
The Social Origins of Egyptian Expansionism during the Muhammad 'Ali Period.- N.York: Columbia Univ.Press, 1992.
- Lepsius, Joh,; Albrecht Mendelssohn Bartholdy & Friedrich Thimne (eds), Die grosse Politik der Europäische Kabinette 1871-1914.- Berlin: Deutsche Verlagsgesellsch.für Politik, 1926, t.30, pte.1,
- Lesseps, Ferdinand de
Egypte et Turquie.- Paris: Henri Plon, 1869.
- Levtzion, Nehemia & John O.Voll
 "Introduction", En: Eighteenth Century Renewal in Islam (N.Levtzion & J.Voll eds).- Syracuse: Univ.Press, 1987, pp.3-20.

- Lewis, Bernard
art. "al Haramayn", en EI (2^{ed.}), vol.VI, pp.44-46.
- Lewis, Geoffrey
"The Ottoman proclamation of Jihad in 1914", Islamic Quarterly, vol.19 (1975), p.157-163.
- Long, David Edwin
The Hajj Today; A Survey of the Contemporary Mekkan Pilgrimage.- Albany: State University of New York Press, 1979.
- McNeill, William H.
Plagues and Peoples.- Garden City, N.Y.: Anchor, 1976.
- Malécot, Georges
"Quelques aspects de la vie maritime en Mer Rouge dans la première moitié du xix. siècle", L'Afrique et l'Asie Modernes, n° 164 (1990), pp.22-43. /Escrito en 1979/.
- Maunsell, F.R.
"One thousand miles of railway built for pilgrims and not for dividends (Damascus to Mecca)", National Geographic Magazine feb.1909, pp.156-172.
- Meulen, Daniel van der
"The Mecca Pilgrimage and its Importance to the Netherlands East Indies", Muslim World 31 (1941), pp.48-60.

The Wells of Ibn Saud.- N.York: Praeger, 1957.
- Monfreid, Henry de
Les secrets de la Mer Rouge.- Paris: Grasset, 1932.
Aventures de mer.- Paris: Grasset, 1932.
La croisière du hachich.- Paris: Grasset, 1933.
"Pearl fishing in the Red Sea", National Geographic Magazine, vol.72 (1937), pp.597-626.
- Montagne, Robert
"Notes sur la vie sociale et politique de l'Arabie du Nord: les Shammar du Nejd", Revue des Etudes Islamiques 1934, pp.61-79.

La civilisation du désert; nomades d'Orient et d'Afrique.- Paris: Hachette, 1947.
- Morgenthau, Henry
Mémoires de l'ambassadeur Morgenthau.- tr.fr.- Paris: Payot, 1919.
- Morris, James
The Hashemite Kings.- London: Faber & Faber, 1959.

- Mucke, H. von
L'équipage de l'Ayasha; aventures des rescapés de l'"Emden".
 tr.fr.- Paris: Payot, 1929.
- Munzinger, Werner
Studi sull'Africa Orientale.- trad. ital.- Roma: Voghera
 Carlo, 1890.
- Niebuhr, Carsten
Beschreibung von Arabien.- Kopenhagen: Möller, 1772
 /reimpr.Graz: Akad.Druck u.Verlaganstalt, 1969/.
- Norris, H.T. (ed)
The Pilgrimage of Ahmad, son of the Little Bird of Paradise -
 Warminster: Aris & Phillips, 1977.
- Ochsenwald, William M.
 "The Financing of the Hijaz Railroad", Welt des Islams, 14
 (1973), pp.129-149.
- "Opposition to political centralization in South Jordan and
 the Hidjaz, 1900-1914", Muslim World, 63 (1973), pp.297-306.
- "Ottoman subsidies to the Hidjaz, 1877-1866", International
 Journal of Middle Eastern Studies, 6 (1975), pp.300-307.
- "Muslim-European conflict in the Hiyaz: the slave trade
 controversy, 1840-1895", Middle Eastern Studies, 16 (1980),
 pp. 115-126.
- Religion, Society and the State in Arabia: the Hiyaz under
 Ottoman Control, 1840-1908.- Columbus: Ohio State Univ.Press,
 1984.
- Palgrave, William Gifford
Narrative of a Year's Journey through Central and Eastern
 Arabia (1862-1863).- 3^oed.- London & Cambridge: Macmillan &
 Co., 1866. 2 vol.
- Pankhurst, Richard
An Introduction to the Economic History of Ethiopia: from
 Early Times to 1800.- London: Lalibela House, 1961.
- "Indian trade with Ethiopia, the Gulf of Aden and the Horn of
 Africa in the xixth. and early xxth Century", Cahiers
 d'Etudes Africaines, vol.14, n.55 (1974), pp. 453-497.
- Parkinson, C. Northcote
 "British operations in the Red Sea 1799-1801", Journal of the
 Royal Central Asiatic Society, 25 (1938), pp.248-259.

- Parry, V.J.
art. "Barud", en: EI (2^{ed.}), vol.II, pp.1092-1098.
- Pelly, Lewis
Report on a Journey to Riyadh in Central Arabia (1865).-
reimpr. with an Intr.by R.L.Bidwell.- New York: Oleander,
1978.
- Philby, H.St.John
"The recent history of the Hijaz", Journal of the Royal
Central Asiatic Society 12 (1925), pp.332-348.
Arabian Jubilee.- London: Robert Hale, 1952.
Sa'udi Arabia.- London: Ernest Benn, 1955.
- Philipp, Hans-Jürgen
"Der Beduinische Widerstand gegen die Hedschasbahn", Welt des
Islams, 25 (1985), pp.31-83.
- Pirenne, Jacqueline
A la découverte de l'Arabie: cinq siècles de science et
d'aventure.- Paris: Le Livre Contemporain, 1958.
- Pitts, Joseph
A True and Faithful Account of the Religion and Manners of the
Muhammadans.- Exeter, England: Bishop and Stone, 1704.
4^{ed.}- London: Longman, 1738.
- Planhol, Xavier de
Les fondements géographiques de l'histoire de l'Islam.- Paris:
Flammarion, 1968.
- Plessner, M.
art. "Kusair", en: EI, vol.II, p.1224.
- Rabinowitz, Dan
"Themes in the economy of the Bedouin of the South Sinai in
the Nineteenth and Twentieth Century", International Journal
of Middle Eastern Studies, 17 (1985), pp.211-228.
- Ramm, Agatha
"Great Britain and the planting of Italian power in the Red
Sea", English Historical Review, 59 (1944), pp.211-236.
- /R'assal/
"Voyage de Tanger à la Mecque par El Hasan Mohammed el
R'assal", Revue du Monde Musulman, 4 (1908), pp.1-20.

Raymond, André

Artisans et commerçants au Caire au xviii siècle.- Damas: Institut Français de Damas, 1973-4.

"La conquête ottomane et le développement des grandes villes arabes: le cas du Caire, de Damas et d'Alep", Revue de l'Occident Musulman et de la Méditerranée, 27 (1979), pp.115-134.

Reid, Anthony

"Nineteenth century Pan-Islam in Indonesia and Malaysia", The J. of Asian Studies, vol.26 (1967), pp.267-283.

Robinson, Arthur E.

"The mahmal of the Moslem Pilgrimage", Journal of the Royal Asiatic Society (1931), pp.116- 127.

Rocque, Jean de la

Voyage de l'Arabie Heureuse... /etc/.- Amsterdam: Steenhouwer et Uytwerf, 1716.

Rochet d'Héricourt, C.E.X.

Voyage sur la côte orientale de la Mer Rouge, dans le pays d'Adel et le royaume de Choa.- Paris: Bertrand, 1841.

Roff, William R.

"Sanitation and security; the imperial powers and the nineteenth century hajj", Arabian Studies 6 (1982), pp.143-160.

Roux, F. Charles

"L'Egypte de 1801 à 1882", En: Histoire de la nation égyptienne (Gabriel Hanotaux ed.)- Paris: Société de l'Histoire Nationale, 1936, t.VI.

Sabry, M

L'Empire égyptien de Mohamed Ali et la question d'Orient (1811-1849).- Paris: Geuthner, 1930.

Salibi, Kamal S

"Middle Eastern parallels: Syria-Iraq-Arabia in Ottoman times", Middle Eastern Studies. 16, (1979), pp.70-81.

Sayyid Marsot, Afaf Lufti al-

Egypt in the Reign of Muhammad Ali.- Cambridge: Cambridge Univ.Press, 1984.

A Short History of Modern Egypt.- Cambridge: Cambridge Univ.Press, 1985.

- Segur Dupeyron, P. de
 "La Syrie et les bédouins sous l'administration turque; II, la caravane de la Mecque", Revue des Deux Mondes, 2^e Série, t.10 (1855), pp.339-359.
- Shahafy, M.S.M. el-
 "The military organisation of the first Sa'udi state", The Annual of Leeds Univ. Oriental Society, vol.7 (1969-1973), pp.61 -74.
- Silberfarb, Daniel
 "The Anglo-Najd treaty of 1915", Middle Eastern Studies, 16 (1980), pp.167-177.
- Silvera, Alain
 "The origins of the French expedition to Egypt in 1798", Islamic Quarterly, vol.17 (1974), pp.20-30.
- Soubhy, Saleh
Pèlerinage à la Mecque et Médine, précédé d'un aperçu sur l'islamisme et suivi de considerations générales au point de vue sanitaire et d'un appendice su la circoncision.- Le Caire: Imprimerie Nationale, 1894. 129 pp.
- Sourdel, J.
 art."Khalifa", en: EI (2^eed.), vol.IV, pp.937-947.
- Spamer, Otto
Illustriertes Handels-Lexikon.- Leipzig: Otto Spamer, 1876.
- Stanton, H.W. (& Claude-Léon Pickens)
 "The Meccan Pilgrimage", Muslim World 24 (1934), pp.229-235.
- Stephens, John Lloyd
Incidents of Travel in Egypt, Arabia Petraea and the Holy Land.- Norman: Univ.of Oklahoma Press, 1970.
- Tauber, Eliezer
 "The role of Lieutenant Muhammad Sharif al Faruqi; new light on Anglo-Arab relations during the First World War", Asian and African Studies /Jerusalén/, 24 (1990), pp.17-50.
- Temperley, Harold
England and the Near East: the Crimea.- London: Frank Cass, 1964.
- Tibawi, A.L.
 "The last knight of the last Caliph", Islamic Quarterly, vol.15 (1971), pp.159-163.
- Toussaint, Maurice
Histoire de l'Océan Indien.- Paris: PUF, 1961.

- Toynbee, Arnold J.
Survey of International Affairs. - London: Oxford Univ. Press, 1927, t.I.
- Trautz, Mona
 "A forgotten explorer of Arabia: G.A.Wallin", Journal of the Royal Central Asiatic Society, 19 (1932), pp.131-150.
 "Adolf von Wrede", Journal of the Central Asiatic Society, 20 (1933), pp.550-567.
- Tresse, René
Le pèlerinage Syrien aux villes saintes de l'Islam. - Paris: Chaumette, 1937.
- Troeller, Gary
 "Ibn Sa'ud and Sharif Husain: a comparison in importance in the early years of the First World War", Historical Journal, 14 (1971), pp.627-633.
The Birth of Saudi Arabia: Britain and the Rise of the House of Sa'ud. - London: Frank Cass, 1976.
- Tuchscherer, Michel
 "Le pèlerinage de l'émir Sulayman Gawis al-Qazdugli, sirdar de la caravane de la Mekke en 1739", Annales Islamologiques, 24 (1988), pp.155-206.
- Turki, Abd al Majid
Récits de pèlerinage à la Mekke: étude analytique. Journal d'un pèlerin avec une préface de Lakhdar Souami, par ... et Hadj Rabah Souami. - Paris: Maisonneuve et Larose, 1979.
- Tuson, Penelope
 "Lieutenant Wyburd's journal of an excursion into Arabia", Arabian Studies, 5 (1979), pp.21-36.
- Tweed, Owen
 "Un unbeliever joins the Hadj", National Geographic Magazine, vol. 65 (1934), pp.761-789.
- Varthema, Ludovico di
Travels. - tr.ingl. - London: Hakluyt, 1863.
- Veinstein, G.
 "Les pèlerins de la Mecque à travers quelques inventaires après décès ottomans (xvii-xviii siècles)", Revue de l'Occident Musulman et de la Méditerranée, 31 (1981), pp.63-71.

- Vickery, C.E.
 "Arabia and the Heyaz", Journal of the Central Asiatic Society
 10 (1923), pp.46-67.
- Voll, John O.
 "Hadith scholars and tariqahs: an ulama group in the 18th.
 century Haramayn and their impact in the Islamic world", Jr.of
 Asian and African Studies, 15 (1980), pp.264-273.
- Walker, J.
 art. "Suez", en: EI, vol.IV, p.521.
- Wallin, Georg Aug.
 "Notes taken during a journey through part of Northern Arabia,
 in 1848", Journal of the Royal Geographic Society, 20 (1851),
 pp.293-344.
- Waugh, Telford
 "The German Counter to Revolt in the Desert", Journal of the
 Royal Central Asiatic Society, 24 (1937) pp.313-317.
- Wiet, Gaston
 art. "Ali Bey", en: EI (2° ed), vol.I, pp.402-3.
- Winder, Richard Bayly
Saudi Arabia in the Nineteenth Century.- N.York-London:
 Macmillan-St.Martin Press, 1965. xiv-312 pp.
 art. "Madina" en EI (2° ed), vol.IV, pp.994 ss.
- Yapp, M.E.
 "The Euphrates Expedition", En: The Islamic World,
 Essays...B.Lewis (C.E.Bosworth et al. eds.).- Princeton,
 N.Jersey: Darwin Press, 1989, pp. 891-915.
- Zaidi, Z.H.
 art. "Hidjaz Railway", en: EI (2°ed), vol.III, pp.364-365.
- Zeine, N.Zeine
The Struggle for Arab Independence.- Beirut: Khayats, 1960.
- Zwemer, Samuel M.
 "Al Haramain, Mecca and Medina", Muslim World 38 (1947, pp.7-
 15.